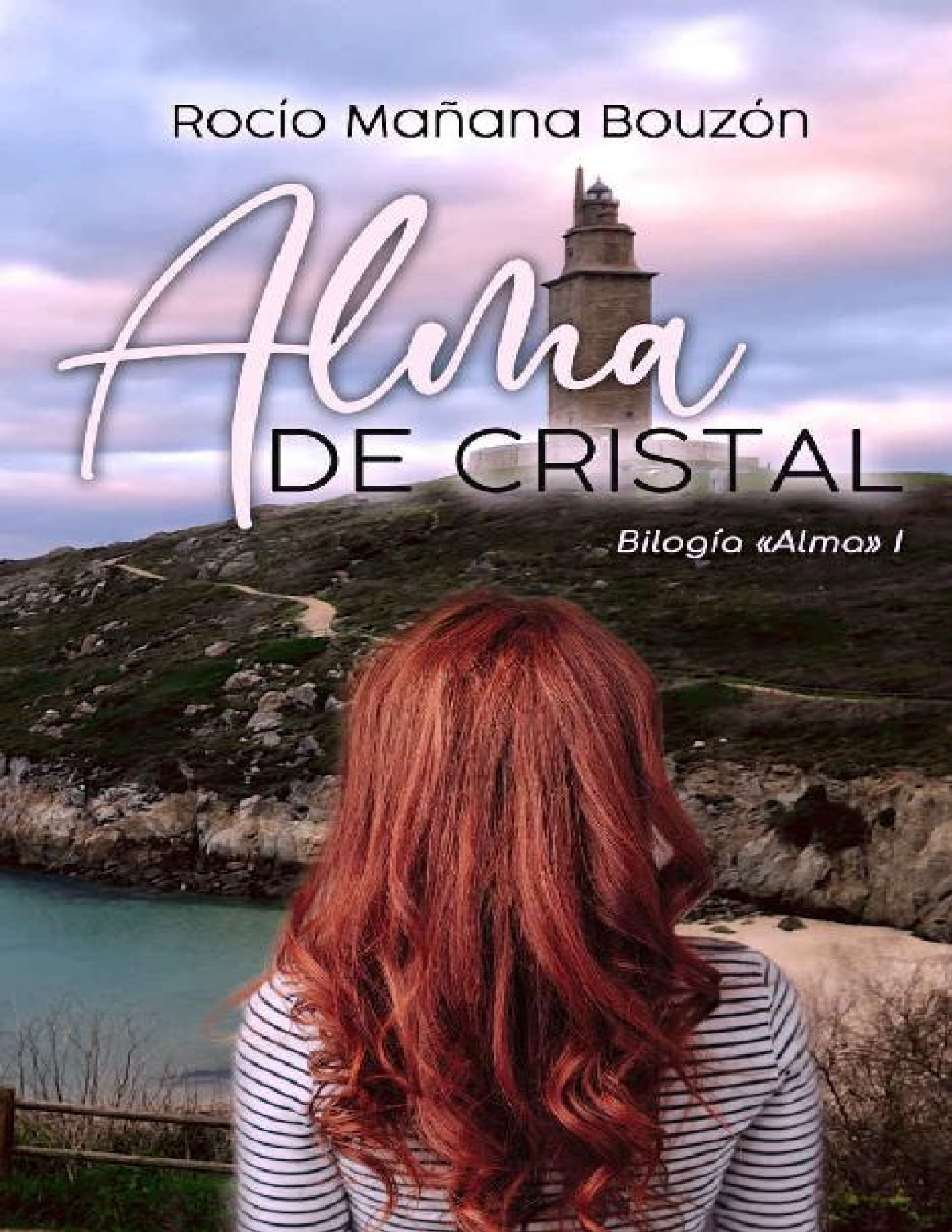


Rocío Mañana Bouzón

Alma DE CRISTAL

Bilogía «Alma» I



Rocío Mañana Bouzón

Alma
DE CRISTAL
Bilografía «Alma» I

Título: Alma de cristal.
© 2020, Rocío Mañana Bouzón.
De la cubierta y maquetación: 2020, Roma García.
De las ilustraciones del interior: 2020, Mónica Gallart.
De la corrección: 2020 Montse RD.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*Dedicado a todas esas personas que amaron,
sufrieron y aun así no perdieron la ilusión.*

Prólogo

Finales del 2017

Pronto haremos cuatro años, no es que no la quiera, pero siempre hemos estado juntos y se me hace un poco aburrido estar siempre con la misma chica. Ella es buena y seguiré con ella tras esta noche, solo es una noche, solo es un juego, una manera de desahogarme para después seguir con mi vida como si nada.

He quedado con Patricia en un motel a las afueras de la ciudad, no quiero que nos vean y que mi relación con Alma pueda irse a la basura. Cuando llego, sé que ella ya está allí, pues me ha mandado un mensaje indicándome el número de la habitación. Patricia estudió con nosotros en el instituto y siento que siempre ha habido una rivalidad entre ella y Alma, porque yo estaba con Alma y Patricia me deseaba, me lo dejó claro varias veces; cada vez que nos encontrábamos de fiesta intentó tener algo conmigo, y hoy, después de cuatro años, voy a cumplir su fantasía. Sabe que esto es algo solo de una noche, no quiero que se repita.

Toco en la puerta y me abre. Lleva puesto un picardías rojo que realza sus pechos, que muestra tras las transparencias del encaje. «Está para comérsela». Me invita a pasar y, mientras me estoy quitando la corbata, me tira sobre la cama, se pone sobre mí y empieza a besarme el cuello con deseo; ni siquiera hemos dicho una palabra y ya se ha puesto en acción.

Cuando terminamos, le recuerdo que no puede contar nada de lo que ha ocurrido hoy y me invita a quedarme esa noche con ella. Tendría que volver a casa, Alma y yo llevamos un año viviendo juntos y esto la podría alarmar.

—No puedo, tengo que volver a casa.

—Venga, ella ya te tiene todas las noches, por una vez que te quedes no pasará nada. —Me mira con ojitos de cordero degollado y acepto con la cabeza.

Se hace a un lado en la cama y golpea con la mano en el lado que ha quedado libre, invitándome a entrar. Me quito la camisa y los pantalones y me quedo solamente con los bóxer negros.

—Buenas noches —susurra, abrazándome por la espalda y dándome besos por el cuello.

—Tengo que llamar a Alma, dame un segundo —digo mientras la aparto y cojo el teléfono de la mesilla—. Hola cariño, mira que hoy no puedo ir a dormir a casa, estoy con Pedro, está fatal, voy a quedarme con él en su piso, en este estado tengo miedo de que haga una tontería. Vale, hasta mañana, buenas noches, preciosa.

Apoyo la cabeza en la almohada y Patricia vuelve a abrazarme.

—Buenas noches.

•••

Hoy hace tres semanas de la primera vez que me acosté con Patricia, y aunque me dije que no lo volvería a hacer, ha vuelto a suceder. Nos estamos viendo más de lo que me gustaría, siempre en el mismo motel, en la misma habitación. La segunda vez que estuve con ella, la culpa no dejaba de susurrarme en el oído que aquello estaba mal, pero ahora no tengo ningún tipo de remordimiento. Sé que no debería hacerlo porque amo a Alma, pero nuestra vida sexual se ha vuelto un poco rutinaria con el paso de los años y con Patricia cada vez es diferente, todo es deseo, siento la necesidad de arrancarle la ropa cada vez que la veo.

•••

Hoy hemos quedado las dos pandillas, la de Alma y la mía, para salir por una de las discotecas más populares de Madrid. Y nada más entrar, la veo, ella también me ve y me guiña un ojo, miro nervioso a Alma que no se ha percatado de nada y suspiro.

—Vamos a la pista —me dice.

—Vamos.

Mi mirada se cruza con la de Patricia y me pongo nervioso, solo espero que no se acerque a mí. Necesito tomarme una copa para tranquilizarme, así que me dirijo a la barra más cercana.

—Te echo de menos —susurran en mi oído, y un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

—¡¿Pero qué haces?!

—No digas que tú no me echas de menos a mí —dice rozando mi pierna con la palma de su mano.

—¿Estás loca? Pueden vernos.

—Podemos irnos al baño, ahora, venga, si estoy notando que tú también te mueres por tocarme —añade mientras acaricia mi erección.

—En cinco minutos nos vemos en el baño de mujeres del fondo —accedo, y le doy un sorbo a mi roncola.

Termino la copa y voy hacia el baño. Entro y me sorprendo de no ver a nadie, a lo que doy gracias. Voy al baño del fondo y golpeo la puerta, esta se abre y una mano me arrastra al interior. Nos estamos besando mientras ella me baja la cremallera del pantalón y mete la mano bajo mi bóxer, sacando mi pene mientras lo acaricia, haciendo que mi deseo suba. La apoyo contra una de las paredes del baño y la pongo a una altura adecuada para penetrarla. Aparto su ropa interior y la penetro con fuerza.

Entonces, escucho a un par de chicas entrar en el baño.

—Lo noto raro, no sé ni dónde se ha metido.

—Alma, te he dicho mil veces que Ricardo no me da buena espina, sé que lleváis mucho tiempo juntos, que ha sido tu primer novio, pero no es necesario que estés toda la vida con él.

—Lo sé, Azul, pero es que lo amo.

—No sé, yo hablaría con él, porque no es normal que salgamos todos juntos y él se pira —añade Iria.

—Lleva unos días muy raro, no sé qué le pasa.

—Le pasa que pasa de tu culo, que le aburres, no me extrañaría que se estuviese tirando a otra.

—No digas eso, Luna, se encontraría con algún colega.

Escucho como salen del baño y aparto a Patricia de mí; escuchar su voz me ha sacado del embrujo donde ella me tiene, no puedo seguir haciéndole esto. Salgo del baño sin molestarme siquiera en mirar si hay alguien, vaya sorpresa la mía cuando me encuentro a Luna, una de las mejores amigas de Alma, repasándose el labial en el espejo.

—¡Ricardo! ¿Qué coño haces aquí?

—Es que había mucha cola en el baño de chicos —digo sin poder evitar un pequeño tartamudeo en mi voz.

—Pero si no había nadie. —Ante mi nerviosismo, Luna se acerca a mí y no duda en mirar dentro del baño del que acabo de salir, y la ve—. ¡No me lo puedo creer! Ya verás cuando se entere Alma, te va a dejar, por fin, te va a dejar.

Le agarro el brazo en un intento por atrasar la situación, no me creo que haya sido tan estúpido de acceder a este juego, aquí, donde está ella.

—Suéltame, me haces daño.

—Suéltala, Ricardo, nos han pillado.

La suelto y Luna sale corriendo del baño. Me quedo quieto y miro con asco a la mujer que hace cinco minutos me tenía entre sus piernas. Se ha acabado, he jodido mi relación con Alma por puro sexo, nada más, no hay ningún sentimiento que me una a esta mujer, solo un deseo irrefrenable que acaba de arruinar la relación que tenía con la mujer de mi vida.

Agosto

“El secreto del cambio es enfocar toda tu energía, no en la lucha contra lo viejo, si no en la construcción de lo nuevo.” Sócrates.

11 Agosto 2018



Hacia meses que no sabía nada de él, incluso había comenzado a olvidarlo. Cuando intentaba recordar su rostro, no era más que una imagen borrosa en mi cabeza, y eso estaba bien, lo malo era que los recuerdos seguían allí. No podía evitar recordar aquellos cuatro años de relación en cada rincón de aquella ciudad. Necesitaba escapar de aquel lugar, de esta ciudad que no me traía más que recuerdos, de una época en la que me creí feliz. Nadie sabía que me ocurría esto, desde que Ricardo se había ido, me había encerrado en mí misma. Había dejado de estar con mis amigos. Me había alejado de mi familia, de los recuerdos, del qué dirán y, sobre todo, me había alejado de mi abuela que, por los años que Ricardo llevaba en nuestra familia, no era capaz de comprender que él se había ido, que no iba a volver, y que ella me lo recordara no hacía más que causarme dolor.

Así fue como yo me alejé de todo lo que quería, de todo lo que me había hecho bien, y ¿para qué? Para que no me recordara a la persona que más había amado en mi vida, esa persona que me hizo sonreír hasta en mis días más tristes, y ahora que él no estaba, ya ni recordaba cómo era mi sonrisa.

Mi teléfono empieza a sonar, ¿quién será? La verdad es que no me apetece hablar con nadie, así que sin mirar quien me llama le doy a colgar. No pasa ni medio minuto y vuelve a sonar. «Pero qué pesados —pienso—, no se dan cuenta que no quiero saber de nadie. Que no me apetece hablar, que necesito tiempo para mí, para estar sola». Vuelvo a colgar y de nuevo vuelve a sonar el teléfono, por lo que me decido por fin a cogerlo.

—¿Sí?

—Por fin me coges, hija.

—¿Mamá? ¿Por qué me llamas?

—Pues... —Un silencio al otro lado del teléfono, está buscando una excusa, lo sé—. Porque quería saber de ti. —Vale, esa no ha sido una excusa muy buscada.

—Estoy bien, mamá, si es eso lo que te preocupa.

—No es que piense que estés mal, pero hace mucho que no vienes a vernos. Entiendo que estés ocupada, pero tanto tu padre como yo queremos saber de ti.

—Vale, mamá, prometo que esta semana iré a veros.

—Tu abuela te echa de menos, ¿cuánto hace que no la ves? —La abuela..., me la tenía que recordar. Yo quería a mi abuela, y claro que deseaba verla, pero me aterraba la idea de que me recordara a Ricardo—. Desde que no estás con Ricardo nos tienes muy abandonados, nos tienes preocupados, Alma.

—Mamá, estoy bien, no tienes que preocuparte. Prometo que esta semana iré a veros, a ti, a papá y a la abuela.

—Eso espero.

—Ahora tengo que colgar, mamá, que me tengo que ir a trabajar —le digo con el fin de colgar, pues este es mi día libre.

—Vale, hija, te quiero.

En la que me había metido, ahora tendría que ir a ver a mis padres, y lo que para mí aún era peor, iba a tener que ir a ver a mi abuela, y yo la quería muchísimo, pero... no quería que me preguntara nuevamente por Ricardo. ¿No entendían que lo quería olvidar? ¿Era tan difícil de entender? Sé que la solución no era borrarlo y ya está, como si nunca hubiera existido, pero no se me ocurría otra manera para dejar de pensar en él.

Me puse nerviosa con solo recordar su nombre: Ricardo. El hombre del que había estado enamorada media vida, con el que había compartido cuatro años de esta, los más maravillosos diría yo, hasta aquella fatídica noche. Recordaba esa noche en bucle en mi cabeza, no entendía cómo, después de cuatro años, podía haber hecho algo así. ¿Irse con otra la misma noche que sale conmigo, para que una de mis mejores amigas se lo acabe encontrando en el baño?

Vuelve a sonar el teléfono. «¿Quién será esta vez?». Es Luna, una de mis mejores amigas, la que se encontró la escena hace unos ocho meses. Mientras estoy inmersa en estos pensamientos, el teléfono sigue sonando. «¡Luna! ¿Qué querrá esta ahora?».

—¿Sí?

—Tía, ¿qué es de ti? ¿Te has olvidado de nosotras?

—No... pero no tengo ganas de hablar.

—Bueno, pues no hables, pero un café con nosotras no te va a venir mal.

—Sé que no me va a venir mal, pero de verdad que no me apetece.

—Me da igual que te apetezca o no, vas a salir hoy de casa porque te mandamos nosotras y punto.

—Que no, tía, que no quiero.

—Que nos da igual que quieras o no, ahora estamos aquí todas y solo faltas tú, así que prepárate que en media hora vamos a por ti.

—Vale... pero no esperéis que sea el alma de la fiesta, ni que hable mucho.

—Que hables no es lo importante, lo importante es que salgas de casa. Así que en media hora nos tienes en la puerta.

Mira que eran pesadas mis amigas, pero cómo las quería, joder, si las quería. Eran únicas, la verdad es que creo que sin ellas estaría realmente hundida. Nadie más que ellas sabían lo que me ocurría, lo que estaba sufriendo desde que Ricardo se había ido. Ni mi familia, ni mis vecinos, nadie más que ellas conocían la verdadera razón de la ruptura.

Decido que el pijama no es el mejor vestuario para salir a tomar un café con mis amigas, así que, voy directa a mi armario y lo abro. La verdad es que toda mi ropa tiene demasiado color para el ánimo que tengo, por lo que termino optando por unos leggings negros y una sudadera que compré en el viaje de segundo de bachiller a Italia. No era la típica sudadera de “*I LOVE ROMA*”, ni siquiera era la de “*Università di Roma*”, si no que era una sudadera que había encontrado en un pequeño mercadillo en la ciudad de Florencia y que ponía una frase en italiano que me había fascinado, “*l'amore non deve aspettare, devi cercarlo*”, y que tenía una traducción, así como “el amor no hay que esperarlo, hay que buscarlo”. Ya estoy lista, mi moño desenfadado me parece suficiente para salir a tomar un café y, además, “es la moda”. Suena el timbre, ¿ya ha pasado media hora? Cojo el bolso y me dispongo a bajar las escaleras sin ni siquiera asegurarme de que son ellas, y maldito el momento en que lo hago.

Al salir por el portal lo veo allí plantado, con una sonrisa y un ramo de flores en la mano. «¿Un ramo de flores? Pero si sabe que detesto las flores, bueno, las flores no, pero los ramos de flores, sí».

—¿Qué haces aquí?

—Quería verte. Necesitaba verte y saber cómo estabas —dice, agarrándome la mano con

suavidad—. Te echo de menos.

—Estoy bien —contesto, haciendo que suelte mi mano—. Justo ahora iba a salir a tomar un café con las niñas.

—Me alegro de que estés bien. Bueno, pues entonces no te molesto más. Toma, sé que no te fascinan los ramos de flores, pero no sabía qué traerte.

—No tenías que traerme nada, más bien, no tenías que venir hasta aquí para nada.

—No te pongas así, solo quería que habláramos.

—No hay nada de qué hablar, Ricardo. Nuestra historia terminó y ahora necesitamos tiempo para superarlo, igual algún día podemos llegar a ser amigos de nuevo, pero por el momento no.

—No me digas eso, Alma, todo fue un error, un error de una noche, y estoy seguro de que tú aún me quieres y que me echas de menos al igual que yo te echo de menos.

Bajo la mirada, no puedo evitar llorar al oír sus palabras, al recordar todo lo que me ha hecho. Él, al que creía el amor de mi vida, me había traicionado en una noche, como si lo nuestro no valiera nada para él, y ahora viene a arreglarlo. ¿Arreglar qué? No hay nada que arreglar, solo deseo que mis amigas lleguen de una vez y me salven de aquello antes de que Ricardo note que estoy llorando.

—¡Alma! —Una voz conocida y salvadora resuena a mi espalda.

—Me tengo que ir —digo sin ni siquiera alzar la mirada. Me giro y levanto la cabeza, justo para que Luna vea mis ojos y mire quien está conmigo. No se puede creer que sea él.

Me coge de la mano y dice:

—Alma, nos tenemos que ir, las chicas nos están esperando. Hola, Ricardo, si no te importa me la llevo. —Y me arrastra, una vez más, salvándome la vida. Así es Luna, la chica que siempre aparece en el momento indicado para salvarme, y es que así nos habíamos conocido, pero esa es otra historia que ya os contaré más adelante.

Ricardo se queda con cara de tonto (bueno, en realidad, esa era su cara siempre), mientras ve como Luna me arrastra hasta su coche.

—¿Qué hacía ese ahí? En serio, ¿qué pintaba ese gilipollas en tu portal? —dice Luna mientras cambia de marcha.

—No sé qué hacía ahí. Yo solo bajé porque pensé que erais vosotras. Por cierto, ¿dónde están las demás? —digo intentando cambiar de tema.

—Están en la cafetería de siempre, esperándonos. Cuando te llamé no estábamos juntas, pero sí teníamos claro que íbamos a tomar un café todas hoy, y en ese todas, tú estás incluida.

—Sois la hostia, de verdad.

El resto del viaje hacia la cafetería de siempre es en silencio. Miro por la ventana, observando esa ciudad que tantos recuerdos bonitos me trae, y otros tan dolorosos. No puedo creerme que hace unos meses todo fuera tan perfecto y ahora Ricardo ya no esté y toda mi vida haya cambiado; todo ese futuro que había planeado se ha esfumado en una sola noche.

Llegamos a la cafetería y allí están las de siempre, las “Aliadas”: Iria, Adela, Daniela y Azul. Mis chicas, que conmigo y Luna formamos, desde hace años, un grupo de amigas inseparables.

Ya están sentadas en la que es nuestra mesa, porque es la única en toda la cafetería que tiene sitio para seis personas, y en esta cafetería tan pequeñita es raro que haya grupos tan numerosos, por eso tenemos la suerte de que siempre esté libre.

—No os vais a creer lo que me encontré al ir a buscar a esta a su casa —dice Luna señalándome con el hombro—. Allí, en su entrada, con un ramo de flores, estaba Ricardo. De verdad, no entiendo cómo puede tener tanta cara de aparecer en tu puerta con flores, como si no hubiera pasado nada.

—Quería hablar... —digo sin alzar la cabeza, mirando a la mesa como si quisiera contabilizar todos los nudos que tiene aquella madera.

—¿Hablar? No hay nada de qué hablar. Este tío es gilipollas, de verdad.

—Luna, calla, no quiero hablar de él ni de lo que ha ocurrido hoy, ¿vale? No ha pasado y punto.

—¿Cómo que no quieres hablar? —preguntan las cinco a coro.

—No, no quiero hablar. Estoy cansada de esta historia, quiero olvidarme de todo esto lo antes posible y listo.

—A ver, Alma, esa no es la solución y lo sabes —dice Iria mirándome, bueno, la verdad, no sé si me está mirando porque yo no quiero alzar la cabeza y cruzarme con sus miradas de lástima—. Tienes que entender que nos preocupamos por ti y que todas, incluida tú, sabemos que hacer como si nada hubiera pasado no es la solución.

—Me voy a ir.

—No, tú no te vas a ir de aquí.

—No digo de aquí, ahora. Si no que me voy a ir de Madrid, esta ciudad tiene demasiados recuerdos para mí.

—¿Pero a dónde te vas a ir? —pregunta Adela cogiéndome de la mano. Alzo la mirada y su rostro muestra preocupación.

—He pensado en irme a alguna ciudad más pequeña, en la que sea más sencillo iniciar una nueva vida.

—¿Lo tienes claro? —dice Azul, esto empieza a parecer un interrogatorio en el cual todas se han puesto de acuerdo para hacer una pregunta cada una.

—Sí, lo tengo claro. Llevo unos días pensándolo.

—Bueno, pues si lo tienes claro, nosotras te ayudaremos —dice Luna.

—¿Ayudarme? ¿Cómo?

—Lo primero, vamos a buscar una ciudad perfecta para ti. ¿Qué estás buscando?

—Una ciudad pequeña, no hace falta que haya estado en ella, lo único que me importa es que no tenga recuerdos para mí con Ricardo.

—Vale, una ciudad en la que no hayas estado con Ricardo...

—A Coruña —manifiesta entusiasmada Iria—. Ahí no has estado con él, has estado conmigo. La conoces, es una ciudad pequeña, y creo que es un buen sitio para empezar una nueva vida.

—¿A Coruña? Bueno, sí, podría ser una opción, al menos conozco a tus primos, y en caso de necesitar ayuda los tendría a ellos, ¿no?

—Claro, mis primos sabes que te ayudan sin ningún problema.

—Bueno, pues A Coruña es una buena opción.

—Ahora solo hay que prepararlo todo —dicen las cinco al mismo tiempo. «Qué suerte tengo con vosotras», pienso yo.

12 Agosto 2018



Menos mal que para hoy no tengo ninguna cita, ayer me pasé con las cervezas y no creo que pudiera trabajar en condiciones, y no quiero crearme una fama diferente a la que tengo.

Me levanto y voy hacia la cocina, desde donde escucho la ducha, lo cual me parece bastante raro puesto que vivo solo. «¿Quién coño está en mi ducha? ¿Ayer me traje alguna chica a casa? Ni me acuerdo, pero creo que no. Vamos, ayer fue noche de chicos. Estuvimos los tres, Hugo, David y yo, como siempre». El agua de la ducha deja de correr; sea quién sea, pronto lo sabré. De la ducha sale David acompañado de una chica. «¿Una chica? ¿Pero este qué coño hace usando mi casa como picadero?».

—Hola, Sebas, esta es... ¿cómo te llamabas?

—Me llamo Laia, David, no hagas como que no te acuerdas. —«Pobre ilusa, piensa que David está jugando y lo más seguro es que de verdad no se acuerde de su nombre. Es mi amigo y lo quiero, pero con las mujeres es un poco capullo».

—Claro, nena, me has pillado —dice guiñándome un ojo—. Sebas, ella es Laia. Nos conocimos anoche, y como no teníamos a donde ir, y tú tienes una habitación de más, vinimos aquí, no te importa, ¿no?

—Claro que no —le digo entre dientes. «¡Pues claro que me importa que use mi casa de picadero! Es mi casa, no un picadero, joder».

—¿Ves? Te dije que Sebas era la hostia y no le importaría.

—Muchas gracias, Sebas —dice Laia con una sonrisa.

«De verdad, me está dando pena esta chica, piensa que David es un tío legal, de esos que te llaman al día siguiente y con los que vas al cine y haces cosas de pareja, y yo sé muy bien que no es así, aunque ojalá me equivoque».

—Bueno, yo voy a desayunar. David sabe dónde están las cosas, por si queréis desayunar algo vosotros.

—No te preocupes, tío, que me la voy a llevar a desayunar unos churros con chocolate al Bonilla, puedes venirte.

—No, gracias, me quedo con el café en casa, no me apetece mucho salir ahora.

—Bueno, como quieras, nosotros nos vamos —dice cogiendo las chaquetas que dejaron la noche anterior tiradas en el sofá y entregándole a Laia la suya.

—Adiós —digo con una sonrisa en la cara. «Por fin me dejan solo».

Me voy directo a la cocina, cojo una taza y pongo la máquina a funcionar, necesito un café bien cargado para despejarme después de la noche de ayer. No recuerdo mucho, pero ahora que lo pienso, es verdad que David se fue a mitad de la noche del pub irlandés donde estábamos tomando unas 1906. Fijo que se fue detrás del culito de Laia. «Vaya tío, abandonar a los amigos por un

polvo, pero bueno, eso tiene perdón, lo peor es que se trajo al ligue a mi casa sin preguntar, como si nada. Creo que voy a tener que cambiar la copia que tengo para emergencias de lugar si quiero evitar que David vuelva a usar mi casa como si fuera el Motel Jardín».

Mientras me tomo el café pienso que hoy es un buen día para dar una vuelta por el paseo marítimo y despejarme, ya que es mi día libre. Cojo la mochila que siempre tengo lista en la puerta y me voy. Vivo en plena Calle Real y a estas horas no hay todavía mucha gente por la calle. De aquí al paseo no hay más que cinco minutos. Al llegar, veo que hay algo más de gente por aquí, todo corredores y paseantes que madrugan para hacer sus ejercicios diarios. ¿Correr o andar? Esa es la decisión que debo tomar. Bueno, creo que me siento lo suficientemente bien para correr un poco, así que, con decisión, emprendo la carrera. Esto es lo mejor que hay para despejarse y olvidarse de todo. «¡Qué maravilla! Después de una hora corriendo, ya no queda nada de la mini resaca que tenía esta mañana».

Vuelvo a casa y me dispongo a organizar mis citas para mañana. Esto de ser autónomo es lo que tiene. Pero no pasa nada, es una gozada trabajar en lo que quiero y, en el estudio, tanto Ale como yo estamos en las mismas circunstancias, al fin y al cabo, no podemos hacer otra cosa que alquilar un estudio entre los dos y ser cada uno autónomo. Miro mi *Instagram* y voy a los mensajes directos para organizar las citas de esta semana. Tengo un mensaje nuevo. Lo miro y veo que es una chica que quiere cita para dentro de unas semanas, para hacerse algo relacionado con A Coruña. «¿Pero qué clase de petición más rara es esta?». Lo normal es que ya tengan claro el diseño cuando me piden cita, así que, por curiosidad, ojeo su cuenta. Nada más entrar, lo primero que me sorprende es que en su biografía aparece que es de Madrid, y aunque no es la primera cliente que aprovecha unas vacaciones para tatuarse conmigo, si es la primera que quiere que le tatúe algo relacionado con la ciudad sin vivir en ella. Decido escribirle, a ver si me puede decir algo más sobre el tatuaje que quiere.

Buenos días, soy Sebas, el tatuador. Quería preguntarte si tienes algo claro sobre el diseño del tatuaje 13:50

Buenos días, soy Alma. La verdad es que lo único que sé es que quiero comenzar una nueva vida en A Coruña y quiero comenzarla con un tatuaje que represente ese cambio. 13:52
Pues creo que algo relacionado con el mar podría ser un buen diseño para ese tatuaje.13:53

Sí, además el mar es algo que me encanta de A Coruña. Aquí en Madrid, de donde soy, claramente, no hay mar. 13:54

Me veo tentado a volver a entrar en su perfil, solo por curiosidad, y pulso sobre su foto. Entro en su perfil y veo que es una chica muy mona. Pelirroja, pecosa y con ojos oscuros, casi negros. La verdad es que no está nada mal, pero es una cliente y eso es algo prohibido. No es que haya una ley que lo prohíba como tal, pero yo sí que me he prohibido a mí mismo el tener cualquier tipo de aventura con una cliente después de lo que me sucedió en el pasado.

¿En qué parte del cuerpo tienes pensado hacerte el tatuaje? ¿Y de qué tamaño sería? Lo digo para ir haciendo el diseño. 14:00

Pues mi idea era hacérmelo en la muñeca y algo pequeño, que represente A Coruña y nada más, quiero que sea un recuerdo de los momentos que he pasado y los que voy a pasar en esa maravillosa ciudad. 14:02

Me impresiona que una madrileña ponga A Coruña y no La Coruña como aquellos chicos con los que había tenido una discusión un día en los comentarios de una foto. Como *Los españolitos*, había decidido apodarlos, pero al parecer, Alma no era de esas chicas que españolizan los

nombres.

Pues algo pequeño, tamaño muñeca, que represente A Coruña, puede ser una ola y la silueta de la Torre de Hércules o algún monumento emblemático de la ciudad. 14:05

Me gusta esa idea, aunque creo que preferiría algo relacionado con María Pita, la historia de esa mujer me fascina. 14:07

Esto sí que es alucinante. «¡Conoce a María Pita y su historia! ¿Pero un tatuaje relacionado con María Pita y pequeño? Esto se me hace más complicado».

Bueno, creo que voy a tener que dar más de una vuelta a ese tatuaje. 14:10

Siento complicarte la vida con mi tatuaje, pero no quiero ser la típica chica que tiene un tatuaje con la Torre de Hércules, además creo que María Pita no solo representaría A Coruña, sino que también la fuerza de la mujer y mi propia fuerza. 14:12

Genial, pues dame unos días y te daré un diseño. 14:13

Perfecto. 14:14

Creo que ya tengo plan para esta tarde, tengo que dar con ese diseño. Me parece que puede ser una pasada de tatuaje y que me daría fama, no solo en esta ciudad, sino también en otras como Madrid. Luego, más veraneantes vendrían a tatuarse a mi estudio, me pedirían citas desde todos los rincones del planeta y... Vale, puede que esté soñando un poco, pero de ilusiones también se vive. Me paso la tarde haciendo bocetos, pero ninguno me convence.



Alma:

Chicas, me voy a tatuar. 14:15

Iria:

¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? 14:15

Alma:

Como lo leéis, me voy a tatuar en cuanto llegue a A Coruña, ya tengo cita con un tatuador que me está haciendo el diseño. 14:16

Luna:

Esa es mi chica.

Me parece una pasada de idea. 14:16

Alma:

La verdad es que no lo pensé mucho. Solo me dije que quería algo que marcara el inicio de mi nueva vida. 14:17

Luna:

Seguro que no te arrepentirás. 14:18

Iria:

Piénsatelo bien, un tatuaje es para toda la vida. 14:18

Alma:

Ya está pensado chicas, me voy a tatuar en cuanto llegue a A Coruña, y estoy segura de que el tatuaje será una pasada. El tatuador me da buena espina y estuve viendo sus diseños en *Instagram* y son bestiales. 14:20

Iria:
Te vas a tatuar en un sitio que no conoces, con un tatuador que no conoces, creo que se te ha ido la olla. 14:21

Luna:
Pues a mí me parece una idea genial y todo el mundo se tatúa hoy en día con tatuadores que ven por *Instagram*, no es nada nuevo, yo también encuentro así a mis tatuadores. 14:22

Iria:
Tú no eres un buen ejemplo, Luna. Estás como una auténtica cabra. 14:23

Daniela:
Eh, no te metas con mi hermana. 14:24

Luna:
Dani, tranquila, no tienes que defenderme, soy mayorcita. 14:25

Daniela:
Bueno, no me meto más. Y Alma, la idea del tatuaje me parece una pasada, seguro que será chulísimo y cuando te lo hagas quiero que nos mandes una foto al grupo. 14:27

Alma:
Sin duda lo haré. 14:28

Tengo que hacer tantas cosas que creo que dos semanas no serán suficientes; decidir que me llevo y que dejo aquí, hacer la maleta, y avisar a mi familia y mi jefa de que me voy. La verdad, es que hoy no me apetece hacerlo. Ya sé, llamaré a mi madre y quedaré con ellos para comer mañana y así podré pensar bien qué decirles. Cojo el teléfono y marco el número que me sé de memoria.

—¿Alma?

—Hola mamá, quería preguntaros si mañana podía ir a comer a casa, tengo algo que contaros.

—Claro, hija. —En su voz se nota la ilusión con la que me lo dice, en parte es normal, después de tanto tiempo sin verme y sin apenas saber de mí.

—Pues eso es todo, mañana nos vemos. Un beso.

—Otro para ti, hija.

La verdad es que me da un poco de miedo ir a casa de mis padres y ver a mi abuelita, no por verla, que siempre es un placer, sino por miedo a que me pregunte una vez más por Ricardo, con todo lo que eso significa para mí... Recuerdos.



Llevo toda la tarde haciendo diseños, quiero que este tatuaje sea perfecto, la verdad es lo que siempre busco en mis diseños, pero este me hace una ilusión especial. He hecho una ola

minimalista con una lanza como la que tiene la estatua que hay en la plaza de María Pita y creo que, sin duda, es el diseño que más me gusta de todos los que he hecho. Son las diez de la noche, la tarde ha pasado como un suspiro y no sé si mandarle un mensaje ahora a la chica o esperarme unos días. La verdad es que le dije que tardaría unos días en hacerlo, pero si se lo enseño hoy, seguro que le causo una buena impresión.

Buenas noches, señorita. Ya tengo su diseño listo. ¿Quiere verlo? 22:00

Claro que quiero verlo. ¡Qué ilusión! 22:01

(Imagen)

Ahí lo tienes, espero que te guste. 22:02



Abro la imagen que me acaba de mandar, es una pasada. Me dan ganas de compartirlo con las niñas, pero quiero sorprenderlas cuando me lo haga. Le contesto al mensaje.

Es una pasada. Me encanta. Has dado en el clavo. Pero creo que me gustaría más sin la ola. 22:04

Me alegra que te guste. Pues quitaré la ola y guardaré el diseño. 22:05
Es domingo y mañana madrugo, por lo que decido no contestar al mensaje e irme a dormir.



Son las diez de la noche y ya tengo sueño. Me estoy haciendo un viejo y eso que tengo solo veintisiete años. Como es la vida. Por cierto, no sé nada de David y su ligue, por lo que me decido a mandarle un mensaje, a ver qué me cuenta antes de irme a dormir.

Eh, tío, ¿qué tal con el ligue de hoy? 22:10

Bien, tío, después de llevarla a desayunar a Bonilla le dije sutilmente que tenía planes en los que ella no estaba incluida. Así que fue pan comido deshacerme de ella. 22:12
Eres de lo que no hay, igual era la chica de tu vida y no le has dado ni una oportunidad. 22:13

¿Una oportunidad? Tío, tres polvos en una noche son bastantes oportunidades. Si no surgió tras eso, es que no hay futuro. 22:15

Aunque su comentario no me extraña, porque es mi amigo y lo conozco desde pequeño, me parece que es un poco Peter Pan en ese sentido, no quiere madurar y de ahí su miedo enorme al compromiso, porque David nunca ha tenido una relación, ni siquiera lo ha intentado, por lo que su miedo no es como el mío. Yo tuve una novia durante muchos años que me destrozó el corazón y desde entonces, no quiero que vuelva a ocurrir.

Flipo contigo, bueno tú sabrás lo que haces. Yo tampoco quiero nada serio, pero no trato así a las chicas. 22:16

Bueno, tío, pero es que lo tuyo es de otro mundo, no es solo que no las trates así, es que ni las tratas. 22:17

Yo sí que trato con mujeres, pero sé comportarme, no las trato como objetos, un día tu polla te va a meter en problemas, David. 22:18

Cuando llegue ese día ya veré qué hacer, por el momento, me toca disfrutar, que soy joven. 22:19

¿Joven? Ya estás cerca de los 30, *nenó*, no sé qué esperas para comportarte con madurez. 22:20

Bufff, no me rayes, *nenó*, que ya tengo bastante con mi vieja diciéndome que a ver cuándo le presento a una tía. Ni que hubiera tías tan locas para querer conocerla. 22:21
Si están tan locas como para acostarse contigo, seguro que alguna lo está para algo más. 22:22

Qué mal rollo, *nenó*, espero que no. 22:22

Me río sin poder evitarlo, este David está como una cabra, menos mal que lo conozco de toda la vida. Siempre juntos los tres, David, Hugo y yo, porque si no es posible que esos actos machistas que tiene hicieran que nuestra amistad a día de hoy fuese imposible.

Creo que hoy voy a ser peor que la Cenicienta, y aunque apenas sean las 22:30 voy a irme a dormir, tengo cansancio acumulado de salir anoche y mañana es un día más de trabajo. No sé qué es lo que hace que, justo cuando me voy a ir a dormir, mire por última vez el móvil, entre en *Instagram* y vaya a los mensajes privados para nuevamente ver a esa pelirroja. «Sí, la verdad, es realmente preciosa, qué pena que vaya a ser una clienta». Y con el pensamiento de esa pelirroja en la cabeza, me quedo dormido.

13 Agosto 2018



Suena el despertador. Lunes por la mañana. Un nuevo día en este Madrid que tanto me entristece actualmente, menos mal que hoy tengo que ir a trabajar y el tiempo en la tienda se me pasa volando. La verdad es que me encanta mi trabajo y eso que no es de lo mío, pero esta tienda *vintage* en la que trabajo es una auténtica maravilla y mi jefa es genial, súper comprensiva, creo que esto va a ser una de las cosas que más eche de menos de Madrid.

Llego al trabajo cinco minutos antes de la hora de apertura, no me gusta llegar tarde. Mi jefa todavía no ha llegado y el sábado yo no vine a trabajar, por lo que las llaves las tiene ella. Tendré que esperar. No tarda mucho en llegar con una sonrisa, labios rojos, un *eyeliner* negro rompedor y una camisa de leopardo que reconozco, es de la tienda. La verdad es que mi jefa tiene estilazo y hace que cualquier prenda usada sea digna de pasarela. Yo, sin embargo, llevo unos vaqueros y una sudadera FILA. Tengo suerte que mi jefa no me exija mucho en el vestuario pese a ser una tienda de ropa, pero siempre dice que no quiere que vaya incómoda, quiere que, lleve lo que lleve, esté a gusto.

—Buenos días, Alma.

—Buenos días, Clara. Tengo algo que comentarte que, la verdad, me da bastante pena. —No me creía que estas palabras salieran de mi boca. Nada más llegar y ya le iba a decir a mi jefa que me iba.

—Tú dirás —me dice mientras sube la reja del local.

—A ver, es que esto me resulta difícil de contar.

—Alma, no le des vueltas, lo que me tengas que decir dímelo y ya. —Así era mi jefa, directa.

—Me voy. No solo de aquí, si no que me voy de Madrid.

—Pero... ¿Qué ha pasado este fin de semana para que hayas tomado esa decisión?

—Ricardo... —Mi jefa sabía todo lo que había pasado con él. La verdad es que Clara, más que una jefa, era una amiga para mí. Siempre respetándola como jefa, pero tengo con ella la confianza para contarle esas cosas y ella la tiene conmigo.

—A ver, explícamelo bien.

—El sábado fui a tomar un café con las chicas y, hablando con ellas, les dije que me quería ir de aquí, a una ciudad más pequeña en la que nadie me conociera, y así lo decidí. Me voy a A Coruña.

—¿Y estás segura de eso? Mira que te vas sin nada y aquí lo tienes todo. Tu piso, trabajo, tus amigas y tu familia.

—Sí, lo he pensado bien y creo que es lo mejor, empezar una nueva vida en otra ciudad. —Quizás, decir que lo había pensado bien era exagerar un poco, pues era una decisión tomada en el momento, pero sí, lo había decidido y lo iba a hacer. El reto de una nueva ciudad no me daba miedo, más bien, pensar que iba a empezar una vida de cero me daba tranquilidad.

—¿Y qué día te vas?

—Aún no lo sé, tengo que preparar todo y luego ya me iré, pero espero estar allí para final de mes.

—Bueno, pues quiero que sepas que, hasta el mismo día que te vayas, aquí tienes trabajo, y en mí ya sabes que tienes una amiga para siempre.

—Gracias, Clara. Estaré encantada de trabajar contigo hasta el último día.

Después de esta conversación, la mañana pasó como si nada, no hablamos más del tema y nos ocupamos de atender a las pocas clientas que pasaron aquella mañana de lunes. La verdad es que las mañanas en la tienda eran algo aburridillas, pero siempre venía alguien a entretenernos, aunque fuera por cinco minutos. Ese día había venido una anciana a traernos la mitad de su armario de juventud, nos dijo que lo había guardado como un tesoro todos estos años, pero al pasar el tiempo y no tener una hija que lo disfrutara decidió venderlo y que por lo menos alguien lo usara. Eran una pasada de vestidos, faldas y camisas que, sin duda, habían sido cuidados como un tesoro, pues para ser telas de hace más de 40 años estaban como si las hubieran comprado ayer.

—Es una maravilla —dije sin poder evitarlo.

—Me alegro que te guste, jovencita —respondió la anciana—. Quiero venderlo, pues no tengo a quién dárselo.

—No dude que le pagaremos bien por estas prendas —añadió mi jefa.

—El dinero me da un poco igual a mi edad —confesó la señora con la voz un poco apagada—. Los guardé durante muchos años para una hija que nunca llegó. Ahora quiero que otras chicas disfruten de esta ropa.

—Estoy segura que se venderá en nada, cada vestido tiene algo que lo hace único.

—Son hechos a medida —añadió la señora—. Mi marido me mimaba mucho y siempre tenía una modista a mi disposición que me hacía las prendas que yo quería. La verdad, fui una mujer muy afortunada —dijo con un hilo triste en su voz.

—Y ahora estoy segura que alguien será igual de afortunada con sus prendas.

—Seguro que sí. Si no les importa, me lo pagan y así me voy ya, tengo otros asuntos que atender —argumentó la señora mirando el reloj.

—Claro que sí —dijo mi jefa.

En ese momento, me aparté de ellas y me dispuse a colocar algunas prendas que habían quedado tiradas en el probador. La verdad es que alguna gente no se preocupaba nada por la ropa y la dejaba como si esto fuera un rastro.

Entre unas cosas y otras, llega la hora de comer, por lo que me despido de Clara hasta la tarde y me voy directa a casa de mis padres. Por el camino, un hormigueo se apodera de mi tripa, estoy nerviosa, muy nerviosa, con mi jefa ha sido demasiado fácil, pero con mi familia... ¿cómo les voy a explicar que me voy a casi 600 kilómetros de casa? ¿Y que esta decisión la he tomado por lo que pasó con Ricardo? Van a flipar, bueno, quizás podría pintar un poco la historia de manera que no les suene tan raro. Sí, eso haré. Cambiaré la historia, les diré que me tengo que ir a hacer algo a A Coruña. Mientras voy pensando en eso, llego a casa de mis padres y, sin darme cuenta, ya he pulsado el timbre.

—Mamá, soy yo —digo por el telefonillo.

Una vez arriba, no sé muy bien qué hacer, ¿contárselo ahora? ¿esperar al postre? Mi madre me pilló en mis pensamientos y me pregunta:

—¿Alma, estás bien?

—Sí, mamá, estaba pensando en mis cosas.

—Vale, hija. Me pareció súper raro que nos llamaras para venir a comer hoy.

—Ya, sí, es un poco raro, pero es que tengo que contaros algo.

—Ya decía yo que esta no iba a ser una visita normal —dice mi padre desde el sofá.

—Papá, es una visita normal, solo que tengo que anunciaros algo.

—¿No estarás embarazada? —dice mi madre agarrándome la mano.

—No, mamá, qué cosas tienes.

—Bueno, vale, que tal si comemos y luego nos lo cuentas con el postre.

—Vale, mamá.

—Ve junto a la abuela que está deseando verte —me dice, señalando la habitación de mi abuela.

Así que, decidida, me voy a la habitación de mi abuela. Ella está sentada frente al escritorio dibujando, así era mi abuela, le encantaba pintar y dibujar para no perder la memoria, decía. Me siento en la cama, situada a su espalda, ella se gira y, al verme, su boca muestra una sonrisa de felicidad muy difícil de disimular.

—¡Alma, has venido! —dice con una voz entusiasta.

—Sí, abuela, aquí estoy. Te he echado mucho de menos. —La abrazo y digo—: Siento haber tardado tanto en venir.

—No pasa nada, cariño, lo importante es que ya estás aquí. —Así era mi abuela, tan buena y dulce que daban ganas de comérsela a besos.

—¡A comer! —grita mi madre desde el comedor.

—Venga, Alma, vamos a comer, que si no tu madre se enfada.

—Vamos, abuela.

La comida fue una comida más en casa, como si no llevara mil años sin pasar por ella. No se comentó nada sobre Ricardo, ni sobre qué era lo que tenía que contar. Al menos hasta que llegó el postre; mi madre había hecho un delicioso bizcocho de zanahoria (mi favorito) y mientras lo servía dijo:

—¿Qué es lo que nos tenías que contar, hija? —Se me atragantó un trozo de bizcocho y no pude evitar toser.

—A ver, es que no sé muy bien como empezar.

—Pues empieza por el principio —dijo mi padre queriéndose hacer el gracioso.

—Sí, claro, por el principio. —La verdad es que no había preparado mucho la historia—. Pues veréis, hace unos meses me apunté a una beca para trabajar en cualquier ciudad de España y me la han concedido.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro Alma! —exclamó mi abuela con una sonrisa en la cara—. ¿Y a dónde te vas?

—Pues, me voy a A Coruña.

—Está un poco lejos, ¿no? No había una ciudad más cercana, no sé, Segovia o Toledo, por ejemplo.

—Ya, mamá, pero tú no escoges a donde ir, son los de la beca quienes lo deciden.

—Bueno, ¿y cuánto tiempo dura la beca?

—Pues todo el curso escolar.

—La verdad es que no sabía que había becas para profesores, no sé, suponía que, al ser cosa de oposiciones, no habría de esas cosas —respondió mi padre con cara dubitativa.

—Pues ya ves, papá, las hay. Yo tampoco lo sabía, pero me avisaron de la universidad y me apunté y pues... me ha tocado.

—Nos alegramos por ti, cariño, no hagas caso a tu padre —interrumpió mi abuela.

—Si yo me alegro por ti, hija, pero no sabía que eso existía.

—No pasa nada, papá. Bueno, me tengo que ir a trabajar —pronuncié levantándome de la mesa.

—Pero hija, ¿cuándo te vas? —preguntó mi madre mientras cerraba la puerta de su casa, eso ya se lo diría otro día.

La tarde en el trabajo fue como siempre, con grupos de amigas que venían a cotillear y que se marchaban sin comprar como ocurría casi a diario, hasta que Clara sale del almacén con un vestido que reconozco al instante, es uno de los vestidos que ha traído la anciana aquella misma mañana. Es precioso, de un azul claro y entallado en la cintura. Me lo entrega y me invita a probármelo. En cuanto me lo pruebo, pienso que aquel vestido ha sido hecho para mí.

—Parece hecho a tu medida.

—Lo sé, es una preciosidad.

—Pues es para ti.

—¿Cómo?

—Desde que lo vi, supe que era ideal para ti.

—Muchísimas gracias. Es una maravilla.

—Considéralo un regalo para darte suerte en esta nueva aventura.

Al salir de trabajar, he quedado con las Aliada's para que me ayuden a organizar todo para el viaje, bueno, viaje no, más bien mudanza. Hemos quedado en mi casa, por lo que nada más salir me voy directa. Del trabajo a mi piso no hay mucho más de cinco minutos andando, así que antes de que ellas lleguen yo ya estoy allí.

Suena el timbre, ahí están.

—Subid, chicas.

Llevamos un buen rato delante de mi armario, mirando que ropa me voy a llevar y cual volverá para casa de mis padres, porque dos cosas tengo claras, no iba a seguir pagando un alquiler en Madrid y no me puedo llevar toda esta ropa para A Coruña.

—Yo creo que deberías llevarte la ropa que esté más nueva y que sepas que te vas a poner — comenta Dani en un momento de sabiduría.

—Jope, Dani, menos mal que te tenemos, yo que pensaba que lo mejor sería que se llevase la ropa vieja —contesta Luna con aire burlón. La verdad es que estas dos hermanas se pasan el día como el perro y el gato.

—Chicas, hemos venido a ayudar a Alma, no a hacer el tonto —instaura Iria dando un toque de sensatez al asunto.

—Sí, perdona —responden las hermanas a la vez (esto es algo que hacen a menudo, a pesar de no ser gemelas y llevarse tres años, coinciden muy a menudo a la hora de pensar y hablar, quizás por eso aún no se han matado).

—A ver, yo creo que debería llevarme la ropa de entretiempo, porque en A Coruña, por mucho calor que haga, no va a hacer el que hace aquí en Madrid, y el mes que viene ya empezará el otoño.

—Tienes razón, pero mira que el tiempo ha cambiado mucho en Galicia desde la última vez que fuiste, mis primos no dejan de decirme que hay olas de calor y que en noviembre aún hace buen tiempo —dice Iria.

—Bueno, pero no creo que lleguen a los 40° ni nada por el estilo.

—En A Coruña creo que no —se ríe Iria.

—Pues venga, lo primero, saquemos todo del armario y hagamos repartición.

Después de más de una hora y media vaciando el armario y repartiendo la ropa en montones, tenemos algo parecido a un rastro sobre mi cama.

—Bien, aquí está la ropa de verano y entretiempo que está nueva. Aquí la ropa que tienes que tirar, Alma, porque da asquito. Aquí la ropa de invierno, que yo creo que en nada te tendrás que llevar, a no ser que lo que dice Iria sea verdad... —dice Luna, siendo interrumpida por Iria.

—Pues claro que es verdad, me lo han dicho mis primos.

—Bueno, pues... la ropa de invierno, que igual no te hace falta ya que ahora A Coruña es el nuevo Caribe, la tienes en este montón, y este último es el de ropa apta para donar, pero que nosotras, como tus amigas, no consideramos apta para ti.

—Vale, chicas, muchas gracias. Creo que voy a necesitar un tráiler para llevar esto hasta casa de mis padres y el montón de A Coruña... ¿Creéis que eso me va a entrar en una maleta?

—En una maleta *extra-mega-grande* igual sí —comenta Adela mientras saca la lengua.

—Cómo os voy a echar de menos, chicas —pronuncio mientras las abrazo lo más fuerte que puedo.

—Y nosotras a ti —contestan las cinco al unísono.

Después de que mi casa tenga más parecido con el rastro de Madrid que con una casa, decidimos que por hoy es más que suficiente y que lo mejor es que nos vayamos a cenar por ahí. La cena, en uno de los lugares de hamburguesas más conocido de Madrid, nos deja con el bolsillo un poco tieso pero el estómago lleno, así que, en realidad, compensa. Después de cenar, nos despedimos y cada una para su casa; a saber dónde voy a dormir yo esta noche, porque en mi cama os aseguro que no.

16 Agosto 2018



Llevo toda la mañana trabajando en el estudio con unos cuantos tatuajes sencillos. La verdad es que parece que la gente atrevida que se hace tatuajes enormes haya desaparecido de la ciudad, aunque también es verdad que la época no ayuda, estamos en agosto, en Galicia, y hace un calor sepulcral, no creo que nadie tenga ganas de estar una semana encerrado en casa o huyendo del sol por un tatuaje.

Tanto tatuaje pequeño hace que no deje de pensar en el que tengo que hacer la semana que viene, el tatuaje de María Pita, aunque no sé en qué pienso más, en el tatuaje o en la chica. Esto no es normal en mí, ¿yo pensando en una chica? Vamos, si siempre he pasado de ellas, no las trato como mi amigo David, pero desde que mi exnovia, con la que llevaba desde los 15 años, me dejó, no he tenido la más mínima intención de conocer a otra mujer de esa manera. Es verdad que tuve una época de sexo desenfrenado con desconocidas que conocía por apps de ligoteo o de fiesta, pero eso se acabó, no me hacía bien ni a mí, ni a ellas.

Pensar en esa chica no creo que me haga ningún bien, ni siquiera la conozco y no dejo de pensar en ella, en su tatuaje, no sé cuántas veces he entrado en su perfil a cotillear sus fotos o ver su sonrisa. Tiene una sonrisa preciosa y se la ve una chica sociable, no sé, su *Instagram* está lleno de fotos con amigos o de fiesta, aunque también tiene alguna foto ella sola que parece sacada de una sesión de fotos. «Es realmente preciosa», no me creo que esté pensando estas cosas. ¿Pero quién es este hombre y qué habéis hecho conmigo? ¿Cómo una conversación normal con una futura clienta puede haberme afectado de esta manera? No lo entiendo. No entiendo qué pasa conmigo, ni con la situación. ¿Y si le hablo? No sé, puedo inventarme cualquier cosa sobre el tatuaje para hablar con ella, ¿le he dado día y hora? Voy a revisar los mensajes. No, no lo he hecho, pues ya está.

Hola Alma, soy Sebas, el tatuador de A Coruña. Me he dado cuenta de que no te he dado ni fecha ni hora para el tatuaje. 12:34

Ahora a esperar que lea el mensaje y que me conteste. Espera, ¿no debería preguntarle cuándo le viene bien? Sería lo normal, no creo que fuese a pensar nada raro si lo hago ahora.

¿Cuándo te vendría bien hacerte el tatuaje? 12:36

«Va a pensar que soy lento de cojones, mira que tardar dos minutos en escribir... siete palabras, espero que no se fije en la hora».

Han pasado dos horas, es hora de ir a comer y Alma aún no me ha contestado, igual no fue buena idea mandarle los mensajes, pero tampoco es tan raro, ¿no?

Voy a volver a mirar el *Instagram* a ver si hay algo nuevo. Espera, un mensaje, por favor que sea de ella. No, es otra persona interesada en el precio de un tatuaje pequeño. «¡Qué pesados!»

Bueno, voy a contestarle mientras voy a casa a comer, porque yo sí que contesto a los mensajes no como otras...

Hola Sebas, perdona que tardase en contestarte, es que estaba en el trabajo. Llego a A Coruña el 22 de agosto y tengo todo el tiempo del mundo para hacerme ese tatuaje, ya que me voy sin trabajo, por el momento. 14:15

Por fin ha respondido, no es que no quisiera contestarme, es que no podía. Bueno, voy a tomarme unos minutos mientras hago la comida para hacerla esperar un poco, no quiero que piense que estaba con el teléfono en la mano esperando su respuesta, aunque en realidad fuese así.

Ya me he hecho la comida y estoy a punto de comer, cuando pienso que ya ha pasado el tiempo suficiente para contestarle y... ¿a quién vamos a engañar? Me muero por hacerlo.

Bien, pues para después de esa fecha tengo el 24 de agosto casi toda la mañana libre, ¿alguna preferencia con la hora? 14:45

Como ya te dije, tengo todo el tiempo del mundo, así que dime tú la hora y allí me tendrás. 14:46

Pues creo que una buena hora serían las 10 de la mañana, si te parece bien. 14:47

Me parece perfecto, pues a las 10 nos vemos. 14:47

«¡Mierda! ¿Y ahora cómo sigo la conversación? Esperaba que me dijera que era temprano y que prefería otra hora». Miro el reloj y me doy cuenta de que, aunque Alma me diera pie, tampoco podría seguir con la conversación, tengo que marcharme al estudio, que tengo un cliente a las tres, un tonto que quiere tatuarse unas iniciales. «Ojalá apareciese un atrevido que me pidiera un tatuaje currado y no unas simples iniciales».

Son las ocho de la tarde, hora de cerrar, y doy gracias porque no tengo ganas de otra cosa que no sea irme a la cama, estoy agotado, puede que sea de tanto pensar en ella. El chico de primera hora quería tatuarse las iniciales de su gato. «¡De su gato! La gente está muy mal». No tuve mucho más trabajo en toda la tarde, dos amigas que vinieron a tatuarse juntas, me parece un gesto bonito, pero creo que también hay amistades que se rompen.

Llego a casa y, como no tengo muchas ganas de cocinar, cojo un yogur, un poco de avena y unas nueces, y me hago uno de esos mejunjes que me gustan tanto. Es una comida súper sencilla de hacer, rica y que te quita el hambre.

Quiero volver a hablarle a Alma, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo y no creo que sea normal que un tatuador empiece una conversación con una clienta como si fueran amigos de toda la vida, pero me gustaría tanto conocerla más y saber más de ella... Por lo que he visto en su *Instagram*, hace poco que se graduó, tiene fotos con un traje verde que combina con un top negro en las que está preciosa, y al pie de foto se puede leer «Graduación Magisterio 2018»; parece que es profesora. «Si ella quisiera, sin duda, dejaría que me diera unas clases». Ya desvarío, creo que ya es hora de irse a dormir y, nuevamente, siento que ella va a ser mi último pensamiento antes de caer en los brazos de Morfeo.

18 Agosto 2018



Son las 7 de la mañana y ya estoy en pie, el porqué es sencillo, quiero dejar hoy todo listo para el viaje y, para eso, necesito todo el día. Lo primero que tengo que hacer es llevar todas las cajas que he preparado para casa de mis padres, pues he decidido que, quitando algún marco con fotos, el resto de cosas me las dejo en Madrid y cuando llegue a A Coruña vida nueva, decoración nueva. Además, aún no tengo muy claro dónde voy a vivir, lo sé, es una locura, en cuatro días estaré en A Coruña y no tengo ni donde dormir, ni a donde llevar mis cosas, pero no pasa nada, creo que este cambio merece todos los riesgos.

Como ya he dicho, lo primero que voy a hacer es llamar a mis padres y llevar todas las cosas que me sobran a su casa, como no tengo coche, tienen que venir ellos con el suyo a por todo.

—Papá, buenos días, soy Alma. Sí, estoy bien. Es porque tengo que llevar unas cajas a casa, como te dije ayer, de cosas que dejo aquí en Madrid.

—¡Ah! Claro, hija. ¿Y cómo las vas a traer?

—Pues ahí está la cuestión, papá. Necesito que vengas con el coche a por las cajas.

—Vale, hija, no pasa nada, en media hora me tienes ahí.

—Vale, papá, hasta ahora.

Ese hasta ahora termina convirtiéndose en dos horas y son cerca de las 9 de la mañana cuando mi padre timbra en mi portal. Abro y los dos nos ponemos a bajar cajas. No llevamos mucho tiempo en ello cuando una voz a mi espalda me petrifica.

—¿Y esto? —Esa voz, es una voz que conozco de sobra y, probablemente, la que menos ganas tengo de escuchar en estos momentos.

Me giro y ahí está él, con esa cara de gilipollas que tiene desde el día que rompimos. «Vale, puede que esa cara de gilipollas le venga de fábrica y que yo tardara unos cuantos años en verla, pero ahora que la veo, me da asco, no sé cómo pude estar tanto tiempo ciega, pero es verdad, no hay más ciego que el que no quiere ver».

—Alma, ¿me vas a decir qué estás haciendo? ¿Qué son todas esas cajas? ¿Te mudas? —Tanta pregunta me está incomodando, pero me armo de valor para responderle.

—Hola, Ricardo. Estas cajas significan que me voy de este piso, las voy a llevar a casa de mis padres.

—¿Vuelves a casa de tus padres?

—No exactamente, mis cosas vuelven a casa de mis padres, yo me voy.

—¿Te vas? ¿A dónde te vas?

—A donde me vaya no es asunto tuyo.

—Vamos, hija. —Escucho decir a mi padre mientras cierra el maletero del coche. En ese momento se da cuenta de con quien estoy hablando y se acerca—. Ricardo, hola, cuánto tiempo. ¿Y tú por aquí?

—Nada, pasaba por aquí y os he encontrado —dice con una sonrisa mientras posa su mano en mi cintura acercándose a él. Mi padre nos mira incrédulo y yo no sé cómo reaccionar.

—¿Qué haces? —digo, soltándome de su agarre.

—Nada, tonta. Venga, dime, ¿a dónde te vas?

—No es algo que te importe. —Deseo que se acabe este incómodo momento.

—¿Cómo que no me importa?! ¡¿Pero tú quién te crees que soy yo?!

—¡Un gilipollas! Eso eres tú —le digo un poco más alto de lo que esperaba, por lo que mi padre se queda mirándome con cara de «¿quién es esta y qué han hecho con mi hija?».

—¡Mira, niñata de mierda, tú no me hablas así! —dice, agarrándome muy fuerte del brazo, tanto que me hace daño.

—¡Suéltame, me haces daño!

—¡Te ha dicho que la sueltes! —dice mi padre que, viendo lo que sucede, se ha acercado de nuevo a nosotros.

—No tiene nada que ver con usted, Emilio, es algo entre Alma y yo.

—Mira, me da igual lo que haya pasado entre vosotros, pero no te pienso permitir que trates así a mi hija. Así que suéltala ahora mismo o llamo a la policía. —Estas palabras hacen que me suelte y se vaya, sin despedirse.

—Gracias, papá —digo, agarrándome el brazo por donde Ricardo me agarró; me duele.

—Venga, vámonos, pequeña, ya está todo en el coche.

Nos subimos al coche y no tardamos mucho en llegar. Durante el camino le pido a mi padre que no le cuente nada de lo ocurrido a mamá, no quiero disgustarla. Él acepta a regañadientes guardarme el secreto. Esto no debe salir de aquí, ni siquiera las Aliada's deben saberlo, nunca les he contado que Ricardo, algunas veces, se ponía violento. Me gustaría decir que hoy, en la calle, fue la primera vez que lo vi así, pero no es cierto, pues desde el momento que nos fuimos a vivir juntos descubrí un Ricardo nuevo, uno que no me gustaría haber conocido nunca.

Una vez en casa de mis padres, coloco todo en mi antigua habitación y, sin que dé tiempo a que me cuenten mucho, me voy, aunque con miedo de que mi padre le cuente lo ocurrido con Ricardo a mi madre, pero no puedo estar mucho más tiempo aquí, tengo que acabar todos los preparativos. En cuatro días estaré de camino a A Coruña y aún no he comprado ni el billete.

Llego a casa y llamo a Luna; con una de mis amigas será suficiente para lo que tengo que hacer hoy, no quiero estar sola después de lo sucedido hace unas horas. No le doy muchas explicaciones y le pido que venga a mi casa para acabar con los preparativos. La verdad es que lo que me queda lo podría hacer yo sola, pero como ya he dicho, no quiero estar sola si me lo vuelvo a encontrar y, visto cómo Luna le plantó cara el otro día, estoy segura de que es la mejor compañía en estos momentos.

Luna no tarda en llegar a mi casa, y le enseño cual es la ropa que me voy a llevar y que aún tengo amontonada sobre la cama. Las maletas las tengo al lado, pero todavía no he metido nada.

—¿Aún tienes todo así? —pregunta sorprendida ante el montón que hay sobre mi cama.

—Sí, aún quedan cuatro días para irme, ¿y si quiero ponerme algo de esto? —digo, agarrando un puñado de ropa en la mano.

—No me cuentes excusas, eres una vaga y siempre dejas todo para el último momento. —Sonríe, qué bien me conoce mi amiga.

—¿Qué tal si me acompañas a por el billete?

—¿Qué aún no has comprado el billete? —Me mira sacudiendo la cabeza, como diciendo «eres un desastre», y sí, lo soy—. Quedan cuatro días para irte.

—Cuatro días es más que suficiente para lo que me queda por hacer.

—¿Te quedan más cosas que comprar el billete?

—No, nada más, creo.

—Crees... bueno, venga, vámonos.

No tardamos mucho en llegar a la estación Sur de autobuses y allí me acerco a una taquilla de Alsa para comprar el billete.

—Hola, querría un billete para A Coruña el 22 de agosto.

—Un momento, señorita.

—Así que te vas a A Coruña. —Esa voz, que consigue erizar toda mi piel, no es de otra persona, sino de él.

—¿Qué haces aquí? —digo, mientras miro detrás de él en busca de Luna.

—Tu amiga no está, fue al baño.

—Ricardo, vete, por favor.

—No me voy a ir, no sin que me escuches, Alma —dice, agarrándome por el mismo sitio que esta mañana, pero esta vez no me aprieta.

—Disculpe, señorita. Aquí tiene su billete, son 19'85€.

—Muchas gracias —digo cogiendo el billete. Ricardo todavía no me ha soltado y sentir su respiración tan cerca, me aterra.

—Ahora podremos hablar con tranquilidad —dice tirando de mí hacia una esquina de la estación, donde Luna no nos podrá ver cuando salga del servicio.

—¿Puedes soltarme, por favor? —Me mira con duda, pero termina cediendo. Me suelta.

—No te muevas. ¿Sabes que te quiero, verdad? —dice apartándose un mechón de la cara y mirándome con unos ojos que, en este punto de la historia, me dan más miedo que seguridad.

—Ricardo, por favor, déjame marchar.

—No te vas a ir a ningún sitio. ¿Por qué me haces esto, Alma? ¿No te he demostrado lo mucho que te quiero durante estos años?

—Ricardo, déjame, por favor. Solo me quiero ir, te olvidarás de mí.

—¿Olvidarme de ti? —dice agarrándome nuevamente y acercándose a él—. ¿Olvidarme de ti? Tú estás loca, no me voy a olvidar de ti y tú de mí tampoco, puedes irte, pero donde vayas, yo iré a buscarte.

—Por favor, déjame ir, Luna estará buscándome.

—Luna, esa estúpida, mira que me molestó que el otro día me echara como si ella tuviese vela en lo nuestro.

—Luna es mi amiga y tiene más vela en mi vida que tú.

—No seas tonta, nunca nadie va a tener más vela en tu vida que yo, porque eres mía, ¿lo entiendes?

—No soy tuya y déjame en paz —digo, tirando de mi brazo para soltarme. Lo consigo, pero no me voy, me quedo mirándolo fijamente a los ojos.

—Eres mía, Alma.

—Soy mía, Ricardo.

—Bueno, como ya has comprado ese billete, te dejo irte unos días, nos vendrá bien la distancia, pero volverás y si no, iré yo a buscarte, Alma.

Sé que no tengo más que decir ante esta amenaza y tampoco quiero escuchar más de lo que él me pueda decir, por lo que me voy corriendo en busca de Luna; no tardo en encontrármela mientras ella está haciendo justo lo mismo, buscarme.

—Tía, ¿dónde te habías metido?

—Es una larga historia. Ya tengo el billete, ¿por qué no nos vamos a mi casa y pedimos algo para comer? En el coche te cuento.

—Vale, vamos, pero... me pido kebab —dice con una sonrisa en la boca.

—Vale, kebab, a mí también me apetece. —Y así, nos vamos cogidas del brazo de aquel lugar

que hace unos momentos tenía un gran parecido con el infierno para mí.

De camino a casa me encargo de poner al día a Luna de todo lo sucedido con Ricardo, aunque puede que haya ocultado bastantes cosas de la historia, no quiero preocupar a mi amiga. No deja de utilizar monosílabos como contestación a todo lo que le digo, mientras noto cómo su piel se va tornando roja por la ira.

—No debí dejarte sola —sentencia.

—No tiene nada que ver contigo, Luna, es Ricardo que está mal de la cabeza.

—Ya, pero si yo estuviera contigo no se habría acercado. ¡Maldita incontinencia urinaria! — comenta entre risas, así es ella, siempre encuentra de que reírse en cada situación

—No pasa nada, Luna, en unos días me iré lejos de aquí y Ricardo dejará de ser un problema, aunque os echaré mucho de menos a vosotras y mi familia.

—¿Qué te crees, que te vamos a dejar ir como si nada? Vamos a ir a visitarte, Alma, por eso no te preocupes.

Sonrío, «¡Qué suerte tengo con ellas!». Comemos y la tarde pasa como una tarde más entre dos amigas, contándonos nuestros secretos y siendo, como siempre, la confidente la una de la otra. Entonces, decidimos que esto no puede ser solo algo nuestro y hay que darle una despedida al piso como se merece.

—Vamos a llamar a las Aliadas, tenemos que hacer una última fiesta como despedida —dice Luna.

—Sí, pero solo nosotras, por favor, no necesito que mi casa se vuelva *Pachá* a unos días de marcharme.

—No, tranquila. Voy a ponerles un mensaje por el grupo y que se vengan solas.

—Vale. —Me río. Necesito esta última noche con mis chicas.

La noche pasa como deben pasar las noches de despedida, con unos cuantos chupitos y muchas lágrimas, nos decimos lo mucho que nos vamos a echar de menos y, nuevamente, me prometen que van a ir a visitarme y que esperan que el piso que encuentre tenga sitio para todas, que se piensan ir todas juntas para que no eche de menos a ninguna en la visita. Les prometo que será así y, antes de que se vayan, le doy un abrazo a cada una y un beso, diciéndoles que las echaré mucho de menos y que hablaré a diario por el grupo para contarles novedades de mis aventuras por tierras gallegas.

22 Agosto 2018



Me despierto temprano, tengo que coger el autobús a las tres de la tarde, pero quiero pasar esta mañana con mi familia. De mis amigas ya me despedí el sábado entre chupitos y, aunque sé que las voy a echar mucho de menos, prefiero no hacer más drama. Y, además, creo que necesito estas últimas horas con mi familia, necesito estar con mi abuela; como ya os conté, desde que lo dejé con Ricardo la tengo un poco abandonada. Me voy a la ducha y, al salir, me pongo lo único que no metí ni en cajas ni en la maleta, unos leggins negros y una camiseta básica blanca; no quería estar incómoda en el viaje y me pareció lo más cómodo.

Desayuno y, entre unas cosas y otras, ya son las 9:30 de la mañana, la hora perfecta para ir a casa de mis padres. Aunque sea miércoles, mis padres están de vacaciones, ya que los dos son profesores de secundaria, de matemáticas para ser exactos; cuando yo decidí estudiar primaria no estaban muy de acuerdo, pues tendría que trabajar más que ellos y cobraría menos, pero es que los niños son mi pasión y no estoy dispuesta a lidiar con adolescentes cada día de mi vida.

Llego a casa de mis padres sobre las 10:00 de la mañana y, cuando abro la puerta, me quedo impresionada, allí no solo están mis padres, si no que están todas las personas que quiero y dejo en Madrid: mis padres, mi abuela, Luna, Daniela, Iria, Adela, Azul y Clara. No me lo puedo creer y creo que mi cara lo demuestra.

—Sorpresa —gritan todos a la vez.

—¿Pero qué hacéis aquí?

—No pensarías que te íbamos a dejar ir sin hacerte una “fiesta” sorpresa —dice Luna, señalando con su brazo lo que hay detrás de toda esa gente. En el salón de la casa de mis padres hay puesta una mesa con tentempiés y que en la esquina tiene ¿regalos? Estoy alucinando.

—¿Y todo esto? De verdad, no sé cómo agradecerlo.

—No tienes nada que agradecer —dice mi jefa con una sonrisa en la cara—. Una chica como tú, se merece esto y mucho más.

—Jo, muchísimas gracias —digo con los ojos llorosos. «De verdad, no sé cómo pueden ser tan geniales».

—Venga, hija, pasa al salón, no sé si has desayunado, pero te puedo asegurar que de aquí no saldrás con hambre.

—He desayunado, pero viendo toda esta comida parece que me está volviendo el hambre —digo entre risas.

Estamos todos sentados en el salón, unos alrededor de la mesa y otros por los dos sofás que hay en la habitación; me recuerda tanto a cuando era pequeña y celebraba aquí mi cumpleaños con mis amigos del colegio, ¡si hasta hay regalos! Mis padres no paran de contar anécdotas de cuando era pequeña y, aunque me dan cierta nostalgia, no puedo evitar pasar vergüenza con algunas de ellas y, sobre todo, con las risas que se están echando a mi costa mis amigas y mi jefa, aunque sé que debería empezar a llamarla exjefa o simplemente amiga, porque sí, Clara también es mi amiga.

—Mamá, por favor, para, no dejas de avergonzarme —digo cuando el rojo de mis mejillas ya

es demasiado exagerado.

—Mira, es la última vez que voy a poder avergonzarte en meses, así que déjame disfrutar de este momento.

—Además, Alma, lo estamos pasando genial —dice Iria, sacándome la lengua y guiñándome un ojo.

—Bueno, vale, pero solo os pido una cosa, no enseñéis mis fotos de pequeña.

—No se me había ocurrido, esperad, que voy a por un álbum de cuando era un bebé recordete que os va a encantar...

—No, mamá...

—Tú fuiste la de la idea —dice Adela, sacándome la lengua, y tiene razón, si lo dije es porque en mi interior tengo ganas de ver esas fotos con las personas que quiero en esta ciudad, que ha sido mi hogar durante tantos años.

Mi madre vuelve de su cuarto con un álbum de fotos enorme que tiene mi nombre en la portada; mis amigas se abalanzan sobre él y empiezan las risas. Ver a una niña recordeta, desnuda, y que parece que está calva por lo claro que era mi pelo, es gracioso, sobre todo porque a mis padres, supongo que como a todos los padres, les encantaba sacarme fotos en la bañera o encima de la cama, completamente desnuda, supongo que para que se viera bien que yo era una niña.

Con la tontería llegan las dos de la tarde y en mi interior aparece una tristeza que hace que me den ganas de tirarlo todo por la borda y quedarme. No quiero separarme de estas personas por tanto tiempo, sobre todo no quiero separarme de mis padres y mi abuela, aunque haya estado un poco separada de ellos los últimos meses, pero ahora sé que me voy y no sé por cuánto tiempo, y el miedo está ahí, no lo puedo evitar.

Me acompañan todos a la estación de autobuses y, después de que he metido las maletas dentro del autobús, me dan un fuerte abrazo; los voy a echar mucho de menos, lo sé, pero toca irse. Luna se acerca a mí y me dice al oído:

—Todo va a ir bien.

La miro y sonrío. Sé que todo va a ir bien, y no porque me lo diga ella, sino porque, aunque en esta ciudad se quede todo lo que más quiero, también se queda ese pasado y esa persona que me ha hecho huir.

—Te quiero —le digo al oído, y nos volvemos a fundir en un abrazo que dura hasta que el conductor, a golpe de claxon, me recuerda que es hora de marchar.

—Adiós —digo acompañando con la mano mi despedida—. Venid a visitarme.

Tras unas seis horas de viaje, llego a la estación de autobuses de A Coruña y allí están esperándome Adrián y Marcos, los primos de Iria. Creo que no os lo he dicho, pero, hasta que encuentre un lugar donde vivir, voy a vivir con ellos y sus padres, que, muy amablemente, me han acogido por ser una de las mejores amigas de su sobrina y conociéndome de un verano que pasé aquí con ella.

—¡Alma! —dice uno de ellos, abriendo los brazos para un abrazo. La verdad, no sabría muy bien decir cuál de los dos es porque, los primos de Iria, son gemelos.

—Hola, chicos —digo entre los brazos de uno de ellos.

—Venga, vamos a casa, debes estar cansada después del viaje.



24 Agosto 2018



Jueves noche. Viernes por la mañana. La pasada noche solo me ha dejado un extraño sabor en la boca. «Joder, ¿para qué saldría ayer? ¿Quién coño va a ir hoy a trabajar? Y tengo una cita a las diez, espera, ¿qué hora es?» Miro el reloj y son... las nueve y media. «Mierda, voy a llegar tarde». Me visto lo más rápido que puedo y cojo la bicicleta. En 10 minutos estoy en el estudio y menos mal, tengo que ir preparando la sala para cuando llegue el cliente. Es una chica que quiere un tatuaje sencillo y doy gracias porque no me apetece currarme un tatuaje con esta resaca que tengo encima. «No vuelvo a salir, juro que no vuelvo a salir».

Miro en la agenda cómo se llama la chica de hoy. ¿Alma? ¿Quién coño se llama Alma? Vaya nombre. Aunque no sé, ese nombre me suena de algo. Voy a mis mensajes de *Instagram* y ahí está ella. Alma es ALMA, la chica del tatuaje más especial que he diseñado en mi vida, y yo así. «Joder, joder, joder. Solo a mí se me ocurre dejarme liar por David y Hugo sabiendo que al día siguiente tengo que ir a trabajar».

Escucho el sonido de las campanas que hay en la puerta, bueno, parece que mi clienta ya ha llegado. Cuando salgo del cuarto donde tatúo para recibirla, veo que no viene sola; un chico, más o menos de su edad, la acompaña.

—Hola, soy Sebas, el tatuador.

—Hola, yo soy Alma, y él es Marcos, que ha querido acompañarme.

—No podía dejar que fuese sola a su primera vez.

—¿Es el primer tatuaje que te haces?

—Sí —dice, mientras su cara coge un sutil rojo en las mejillas, se ha puesto colorada.

—Bueno, pues antes de tatuarte tienes que cubrir unas fichas con tus datos y respondiendo a unas preguntas, nada complicado, tranquila. —La miro y sonrío. «Es más guapa que en las fotos». ¿Pero qué tontería estoy pensando?—. Mientras tanto, voy a imprimir el diseño a distintos tamaños y probamos a ver cuál es el que más te convence.

—Vale —dice con una sonrisa en los labios. «Esos bonitos labios... ¿pero qué estoy pensando? Sebas, cálmate, es una clienta, nada más».



El tatuador se acaba de marchar a otra habitación y yo miro a Marcos, siento como me tiemblan las piernas.

—Estoy nerviosa —confieso.

—Tranquila, no será mucho tiempo, y te quedará un bonito recuerdo para siempre.

—¿Para siempre? Eso es mucho tiempo y puede que sea lo que más me asusta de esta situación.

—Si no quieres hacerlo podemos irnos, no creo que al tatuador le importe.

—No, he venido aquí con una idea, la de tatuarme, y lo voy a hacer.

—Vale, pues entonces, cálmate, que será algo de un momento. Y acaba de cubrir esos papeles, que va a volver el tatuador y tú aún no has acabado.

No hace falta más y me pongo a rellenar la ficha. La verdad es que son datos sencillos y las preguntas tampoco tienen gran dificultad. Estoy ya acabando cuando Sebas vuelve.

—Se me había olvidado entregarte esto, es de la protección de datos, vamos, un rollo, pero con esta nueva ley, si no me lo firmas, puedo tener problemas —dice riendo.

—Sí, claro —asiento mientras cojo el papel y me dispongo a firmarlo.

—Este es el diseño en distintos tamaños —dice, mostrándome el mismo diseño que me había pasado semanas atrás por *Instagram*—. No lo he impreso muy grande porque no creo que quieras algo así en la muñeca, pero si lo quieres dímelo y lo imprimo.

—No, así está bien. —Miro todos los diseños y la verdad es que no sé muy bien cuál escoger.

—Podemos colocarlo sobre tu muñeca para que veas cuál te puede quedar mejor.

—Vale. —Tiendo mi muñeca y él me la agarra con delicadeza. Siento un calambrazo que creo que ambos hemos sentido, pues aparta su mano rápido.

—Tenéis chispa —dice Marcos entre risas, como testigo de lo que acababa de suceder.

—Parece que sí. Vamos a ver cuál te queda mejor —dice mientras me prueba el diseño en la muñeca—. Creo que este tamaño es el adecuado. ¿Qué te parece, Alma?

—Sí, creo que ese tamaño está bien.

—Pues vamos al otro cuarto. Si quieres puedes acompañarnos —le sugiere a Marcos.

—No tenía pensado dejaros solos, si no, ¿para qué he venido hasta aquí? A parte que, si hubiera dejado a Alma sola, es probable que no hubiera llegado nunca, es nueva en la ciudad. — Noto nuevamente que mis mejillas se sonrojan.



—Ahora voy a limpiarte la zona con alcohol y pasar el diseño a la hoja de calco y de ahí a tu piel. Tranquila, que esto no duele.

—¿El tatuaje me va a doler?

—Pues, depende de la persona duele o no. La zona donde te lo vas a hacer no es de las más dolorosas, así que no te preocupes.

—Vale. —La veo sonreír con seguridad, confía en mis palabras, ahora solo espero que no le duela, porque si no me va a odiar para toda la vida. «Vale, quizás la palabra odiar era un poco exagerada, pero para qué negarlo, soy un poco exagerado».

Cuando tengo lista la zona, la invito a sentarse en la camilla y le coloco enfrente una especie de reposa brazos donde debe colocar el suyo con la muñeca hacia arriba.

—No te va a doler mucho, tú solo relájate. Si quieres puedes hablarle para que esté entretenida —le comento a su acompañante, quien estoy seguro de que es la pareja de Alma y la razón por la que ella se ha venido a vivir a A Coruña.

—Vale, Alma, ¿has visto todos los tatuajes que tiene Sebas? Si dolieran, seguro que no se hubiera hecho tantos.

—Tienes razón, aunque igual es que el chico es masoca. —Una leve sonrisa aparece en mis labios ante su respuesta.

—No creo que sea masoca, y tú, ¿lo eres? Porque ya llevamos unas cuantas líneas y no te has

quejado nadita.

—Es como un cosquilleo —expresa con alegría.

—¿Ves? No duele, tonta. Estuvo a punto de irse cuando le diste los papeles, no paraba de temblar.

—Bueno, pues ahora ya ves que no es para tanto.

Termino los últimos trazos mientras ella mira cómo la tinta va entrando en su piel.

—¿Qué tal la experiencia? ¿Para repetir?

—Bueno, al final sí que me dolió un poco, pero no hay queja.

—Eso es porque, al repasar por donde ya había tatuado, la piel está más sensible, pero no ha sido nada del otro mundo, ¿verdad?

—No, sentía como si me estuvieran pasando la punta de un *cúter* por la piel.

—No eres la primera que me da esa descripción, pero bueno, espero que no haya sido traumático y te hagas más en un futuro.

—No, no lo ha sido.



Nos vamos del estudio después de que Sebas me explique los cuidados que tengo que llevar durante una semana y todo el verano; parece que no me podrá dar directamente el sol en el tatuaje durante los próximos días. «¡Vamos, fenomenal! Pleno Agosto, calor, y yo voy a tener que ir con manga larga durante una semana».

—Te invito al helado más rico que probarás en tu vida.

—No, te invito yo, que tú ya has hecho mucho acompañándome.

—No voy a discutir a una chica recién tatuada. Ahora eres peligrosa. —Le doy un golpe con el puño por el comentario—. ¡Ay! Aún vas a ser peligrosa de verdad.

Llegamos a una heladería muy pequeña, en la Marina. Los helados deben de estar riquísimos porque hay una cola considerable para lo temprano que es (las once de la mañana para ser exactos). Cuando llega nuestro turno me quedo flipada con todos los sabores que hay y la buena pinta que tienen. Cogemos dos helados diferentes, para mí de pistacho y para Marcos de tarta de queso.

—El tuyo tiene pintaza.

—Puedes probarlo, si quieres.

Acercó mi cuchara a su helado y le robo un trozo.

—Mmmm, está delicioso. Venga, ahora prueba tú del mío.

Pasa su cucharilla por él y afirma:

—Está muy rico. Venga, cuando acabemos nos vamos para casa, que Adrián querrá ver tu tatuaje.

25 Agosto 2018



- Venga, ámate tío, que hoy vamos a quemar A Coruña.
- No me apetece salir, ¿qué tal si mejor hacemos algo de tranquis en mi piso?
- ¿Me dejas invitar chicas?
- No, de tranquis los tres.
- No seas muermo. Tenemos que salir, no se cumplen 28 todos los días.



- Hoy te vamos a enseñar la noche coruñesa, Alma —dicen los gemelos a la vez.
 - No sé, chicos, no me apetece mucho salir.
 - Venga, no me seas aguafiestas, si has venido a A Coruña es para tener una vida nueva, y para tener una nueva vida tendrás que conocer gente, hacer nuevas amistades.
 - Estoy contenta con las amistades que tengo. Y aquí os tengo a vosotros, no necesito más.
 - Oh, que bonito, pero a otro con ese cuento. Vamos a salir, te vas a poner monísima, y vas a traerte un pedazo maromo para casa.
 - Eso sí que no, no quiero más hombres en mi vida.
 - Bueno, vale, pero un poquito de fiesta no le hará mal a ese cuerpo tuyo.
 - Valeee —digo con la única intención de que dejen de insistir.
 - Perfecto, vamos a mirar en tu maleta, a ver que te puedes poner esta noche —dice Adrián arrastrándome a la habitación—. Esto no me gusta. Esto tampoco... ¿No tienes nada sexy en toda tu ropa?
 - Pues no. No soy de vestir sexy, me gusta vestir cómoda.
 - Pero, vistiendo cómoda no se liga, cariño.
 - Ya te he dicho que no quiero ligar.
 - Bueno, da igual, creo que vamos a tener que ir de compras de todas maneras, no veo nada que me convenza ahí. Vamos.
- Y así es, nos dirigimos a uno de los centros comerciales más grandes de toda Europa. Sé que no me quiero gastar mucho en un modelito para una noche, así que me alegra saber que allí hay un Primark; no es tan grande como el de Gran Vía, pero puede valer. Nada más entrar, veo en el maniquí de la entrada unos shorts desteñidos, con una camiseta de flecos y un chaleco vaquero que me encantan.
- Creo que ya tengo look. —Marcos y Adrián miran al maniquí.
 - Necesitas algo más elegante, Alma.
 - Pero... ¿a dónde me vais a llevar?
 - Es un secreto, solo dime una cosa, ¿trajiste tacones en la maleta?

—No, nunca llevo tacones.

—Pues esta noche tendrás que hacer una excepción.

Es Adrián el que acaba por elegirme el modelito, un vestido largo y ajustado en color crema, que acentúa el poco moreno que tengo, y unas sandalias en color negro que son bastante cómodas para tener unos 10 centímetros de tacón; no estoy segura de que no me vaya a matar con estos zapatos esta noche.

—Estás preciosa —dice una voz a mi espalda.

—La verdad es que me gusta.

—Venga, pues vámonos, si no a mi hermano le va a dar algo, odia ir de tiendas, no se parece nada a mí. —No puedo evitar reírme ante ese comentario.

La tarde pasa como si nada y, después de cenar, nos preparamos para salir de fiesta, aunque la verdad, sigue sin apetecerme, pero habrá que darle uso al modelito que he comprado este mismo día.

—Estás preciosa —dice Marcos con un silbido.

—Gracias. —No puedo evitar sonrojarme, es algo que odio de mí, que sea tan fácil sacarme los colores—. ¿Vais a decirme por fin a dónde vamos?

—Ahora vamos a ir a tomar unas *Estrellas* y, después, iremos al Puerto, es una zona de pubs, por donde sale todo el mundo.

Y así lo hacemos. Estamos en un bar tomando cervezas hasta que es cerca de la una de la madrugada, momento en el que nos dirigimos al Puerto para bailar un rato.

—Tenemos que subir a la planta de arriba. Aquí —dice señalando la verja de un local—, había antes un pub, pero tenía muchas denuncias y terminaron cerrando. Arriba hay 6 locales, más o menos, seguro que hay alguno que te gusta.

Nos dirigimos a un local que hay a la izquierda, pero cuando nos disponemos a entrar, el de seguridad nos para.

—Hoy no pueden entrar.

—¿Cómo que no podemos entrar?

—No, hay una fiesta privada.

—Bueno, no te preocupes, iremos a los pubs de la derecha. —Me dispongo a seguirlos sin más. Otro portero nos espera a la entrada.

—Hoy la entrada cuesta 10€ y tenéis una consumición aquí y otra en el Pelicano, siempre que entréis antes de las 4 de la mañana. Incluye también la entrada de allí.

—No me apetece mucho eso de pagar por dos consumiciones que es probable que no me tome.

—Entonces, ¿a dónde quieres ir?

—No sé, sois vosotros los que conocéis la zona.

—Tengo una idea, ¿y si la llevamos al Orzán?

—No va así de guapa para ir al Orzán, vamos a otro pub, no creo que justamente hoy todos sean de pago.

Pues los astros han debido alinearse ante las palabras de Adrián, porque esa noche, en todos los locales, hay un portero que, o nos invita amablemente a irnos, o nos informa de que hay que pagar por entrar, por lo que terminamos cruzando de una punta a la otra de A Coruña (con tacones) para ir a la zona de bares.

—Aquí seguro que no hay que pagar por nada.

Llegamos delante de un local con una chica como portera, cosa que me sorprende. Adrián va a hablar con ella y le da dos besos.

—Tienes que enseñarme el DNI.

—Sí, claro.

—Bien, podéis pasar. Está Raúl dentro, Adri.

No tardo mucho en saber quién es Raúl, cuando un moreno de ojos verdes le planta un beso en los morros a mi amigo.

—Alma, este es Raúl, mi novio.

—Hola, Alma, venid a la barra que os invito a un chupito.

Nos tomamos unos chupitos y no tardo mucho en bailar al son de la música, suena *A quién le importa* de Alaska y yo grito a pleno pulmón mientras salto:

*Mi destino es el que yo decido
El que yo elijo para mí
¿A quién le importa lo que yo haga?
¿A quién le importa lo que yo diga?
Yo soy así, y así seguiré, nunca cambiaré.*

Viene una chica a bailar conmigo justo en el momento en que cambia la canción y suena *Lo malo*.

*Voy a salir
No más fingir
No más servir
La noche es pa' mí no es de otro
Te voy a colgar
Ya no hay vuelta atrás
Si me llamas, no respondo*

—Eres muy guapa —dice, acercándoseme al oído.

—Gracias.

—No vienes mucho por aquí, ¿verdad?

—No, es la primera vez que vengo.

—Perdona, bonita, pero me la tengo que llevar —dice Marcos mientras me empuja hacia la barra junto a Adrián y Raúl.

—¿Qué pasa?

—¿No te diste cuenta?

—¿Cuenta de qué?

—Estaba intentando ligar contigo —interrumpe Adrián en un momento en que no tiene la boca pegada a la de su novio.

—No —digo incrédula.

—Sí, y a no ser que me digas que eres bisexual o lesbiana, acabo de ahorrarle a esa chica un momento cobra.

—No, creo que soy hetero. —No me había dado ni cuenta de que aquella chica estaba intentando ligar conmigo, pero cuando miro de nuevo a la pista, la chica está ya bailando con otra.

Salimos del local los cuatro y vamos al de al lado. Nada más entrar en él noto que es muy diferente al anterior. No hay mucha gente, pero la música que suena es bastante actual, no creo que ninguna de las canciones sea de otro año que no sea este.

El local se empieza a llenar y, entre la gente, me parece ver una cara familiar, pero es muy extraño que en un lugar como aquel yo reconozca algún rostro.



Estoy haciendo el gilipollas con Hugo y David cuando la veo, puede que sea una alucinación provocada por los litros de alcohol en sangre o que realmente sea ella, así que hago uso del valor que me da el alcohol y me acerco para asegurarme.

—Hola.

—Hola, ya decía que me sonaba tu cara. —Bien, parece que ella también se ha fijado en mí.

—Estás muy guapa.

—Gracias. —De nuevo, ese color en sus mejillas. Es demasiado bonita.

—¿Qué has venido, con tu novio?

—No, he venido con unos amigos, no tengo novio.

—Toma —digo en alto sin poder evitarlo. Solo espero que ella no me haya oído, pero se ríe, por lo que supongo que sí—. Bueno, me vuelvo junto a mis amigos. Adiós.

—Vale, adiós.

—La he cagado, os digo que la he cagado —digo cuando los tengo enfrente.

—¿Qué pasa?

—La chica que vino a tatuarse ayer está aquí y acabo de hacer el ridículo.

—Vamos, no es cosa de otro mundo. Mirad a aquellas tres de allí, nos están mirando, vamos a decirle que estás de cumpleaños, a ver si te dan un regalito.

—No me apetece.

—Eres un aguafiestas. —Cuántas veces tendré que escucharle decir eso a mi amigo hoy—. Bueno, pues yo voy, si no quieres, tú te lo pierdes, la rubia no deja de mirarte. —Me fijo en ellas y es verdad, la rubia me está mirando, y al ver que miro hacia ella, me sonrío, pero yo tengo a una pelirroja en la cabeza.

—Id vosotros, yo me voy para casa. —Hago una pausa y les recuerdo—: David, ni se te ocurra traerte un ligue a mi casa hoy.

—Venga, yo vivo con mis viejos.

—Pues os vais a su casa, pero no quiero formar parte de eso que haces con las pobres chicas.

—¡Eh! Que yo solo les doy lo que buscan.

Me voy para casa pensando en cómo la acabo de cagar con Alma. Puede que se me haya notado mucho que la chica me gustaba, porque sí, no me voy a engañar más, me gusta y, aunque no la conozca mucho, me vuelve loco esa manera que tiene de sonrojarse a la mínima.

27 Agosto 2018



—Alma, ¿estás lista?

—Casi. —Me estoy colocando unos pendientes largos de corazones entrelazados, cuando Adrián entra en mi habitación y me da un beso en la mejilla. Así es él, súper cariñoso.

—Venga, que estamos esperándote, esta noche te va a encantar.

—Sí, pero esta noche no pienso beber nada, que aún me da vueltas la vida desde el otro día.

—Qué exagerada eres, si solo fueron unas cervezas y unos chupitos.

—¿Y te parece poco?

—Bueno, venga, vamos. Esto es una verbena y es diferente, si no hacemos botellón no habrá problema de emborracharse.

—Vale —sonríó.

Vamos en coche, conduce Raúl, el novio de Adrián, y tardamos unos 20 minutos en llegar a Santa Cruz, el lugar al que hemos venido a ver a una de las orquestas más famosas de Galicia (o eso me han dicho los chicos). Se hacen llamar *París de Noia* y, por lo que tengo entendido, hacen un espectáculo increíble a la vez que cantan, por lo que va a ser como estar en un concierto de la Lady Gaga a lo cutre.

Cuando llegamos, me quedo flipada, hay un montón de personas en la plaza delante de un escenario enorme. Me parece increíble lo que estoy viendo, y lo mejor es que ni si quiera ha empezado, la gente está aquí esperando como si fuera un concierto en el que haces cola para estar delante de todo; vamos, como lo que hago yo cada vez que voy a uno.

—Alma, ¿estás bien? Te has quedado embobada.

—Me parece increíble que haya tanta gente aquí por una simple orquesta.

—No es una simple orquesta, es *La París*, una de las orquestas más importantes de Galicia y de toda España.

—Venga, no exageres.

—Bueno —dice cuándo empieza a sonar la música—, vamos para delante, que ya empieza.

Estamos en medio de un montón de gente que no para de bailar y Marcos me coge la mano para que me ponga a bailar con él. Es alucinante ver a esa orquesta y todo lo que hay a mi alrededor, personas bailando al ritmo de la música como auténticos profesionales; unos siguen los pasos de los bailarines, otros van a su rollo, pero todos bailan, nunca había visto nada por el estilo. Las luces, los bailarines, cantantes, músicos... Igual los chicos tenían razón y esta orquesta es la mejor o, al menos, una de las mejores de Galicia.



Acaba de finalizar la primera parte de la orquesta y Hugo, David y yo, nos dirigimos a uno de los bares más cercanos a la plaza donde se celebra la fiesta. Tenemos que sentarnos en la terraza

porque no hay sitio dentro, pero no me importa, hace una buena noche para estar a la orilla del mar. Estamos tan tranquilos disfrutando de unas *garimbas* cuando la veo. Es Alma. Está preciosa, con unos shorts y una camiseta básica, sencilla, pero es que no le hace falta más. Me ve y me sonrío, y es tan bonito ver que su sonrisa va dirigida a mí... Veo que se acerca hacia nosotros seguida de tres chicos más.

—Hola Sebas, parece que no dejo de encontrarte vaya donde vaya.

—Ya ves, pero aunque trabaje mañana no podía perderme estas fiestas. Aquí es donde se han criado mis padres y siempre que puedo vengo, este lugar está lleno de recuerdos para mí.

—Es un sitio muy bonito, por lo que he visto.

—Sí, lo es, pero no seáis tímidos, juntemos esa mesa y sentaos aquí con nosotros.

—Gracias.

Coge una silla de la mesa de al lado mientras los chicos que la acompañan la acercan. Nos sentamos todos juntos y llega el camarero.

—¿Qué van a tomar?

—Tres *Estrellas*, por favor. ¿Tú que quieres, Alma?

—Un agua con limón, por favor.

—Una chica sana, por lo que veo. Pónganos otras tres a nosotros también. —No puedo desaprovechar esta oportunidad para conocerla más; aunque nunca vaya a estar con ella, me muero por conocerla—. ¿Y puedo saber qué te ha hecho venir a A Coruña?

—Bueno, la verdad es que es una larga historia, prefiero no hablar de ello.

—Perdona, no quería molestarte.

—No me molestas, tranquilo.

Después de esto no quiero cagarla más, por lo que prefiero centrarme en la cerveza y no volver a hablar. Escuchamos como la orquesta empieza de nuevo, por lo que pago todo y nos vamos delante del escenario. En la segunda parte hay mucha menos gente y, aunque Alma está muy cerca de mí, siento que está lejos. Desde que le pregunté qué la había hecho venir a Galicia está distante; creo que la he cagado y cualquier posibilidad de acercarme a ella se ha disipado. Suena la última canción, como es costumbre, terminan con *Fiesta Pagana* de Mago de Öz. No puedo evitar ponerme a saltar como un loco junto a mis amigos; que Alma esté allí y me vea, me da igual, porque así es como soy. Alma empieza mirándonos extrañada, pero termina uniéndose a nuestros saltos mientras canta:

*Ponte en pie, alza el puño y ven
a la fiesta pagana, en la hoguera hay de beber
de la misma condición, no es un pueblo ni un señor
ellos tienen el clero y nosotros nuestro sudor.*

Está feliz y es la primera vez que la veo sonreír desde mi estúpida pregunta. La canción termina y dejamos de saltar, pero sigue sonriendo.

—Ha sido una pasada.

—Me alegra que te haya gustado. Mañana tienes que venir, lo que va a ocurrir aquí no te lo puedes perder.

—No puedo, los chicos no van a venir y yo no tengo cómo hacerlo.

—Puedes venir con nosotros.

—No sé, apenas os conozco como para venirme con vosotros hasta aquí.

—Venga, Alma, no seas así. Lo que ocurre aquí mañana es increíble, no te lo puedes perder por nuestra culpa —suelta uno de sus amigos, no sabría decir quién es, porque hay dos iguales y no sé si este es el chico que la acompañó al tatuaje o es el otro.

—Adrián, cállate. —Le escucho decir.

—No nos tengas miedo, te prometo que no te va a pasar nada, y lo de mañana va a ser increíble.

—Bueno, vale, pero dime, ¿qué va a suceder aquí mañana?

—Ah, es una sorpresa, eso sí, no se te ocurra buscarlo en internet.

—Vale

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, aunque me mata la curiosidad.

Nos despedimos y todo el camino voy con una sonrisa. Hugo y David no saben nada de lo que estoy empezando a sentir por Alma, y lo más seguro es que piensen que es una chica que me quiero tirar y ya, como hacen ellos, sobre todo David, que solo piensa en eso cuando ve una chica. Yo, sin embargo, no puedo parar de recordar su sonrisa mientras saltaba y cantaba a pleno pulmón con una de mis canciones favoritas.

28 Agosto 2018



Son las 22:15 y he quedado con Sebas enfrente de la playa del Orzán, en una de las paradas de autobús, ya que viene aquí a buscarme con sus amigos. Estoy nerviosa, no sé en qué momento se me ocurre que es una buena idea irme yo sola con tres chicos que no conozco de nada. Aún estoy a tiempo de irme para casa y darles plantón, pero la curiosidad me puede y quiero saber que es eso tan increíble que voy a ver esta noche.

Chicas, estoy a punto de hacer una locura. He quedado con tres chicos que apenas conozco para ir a una verbena. Si no sabéis nada de mí mañana, llamad a la policía. 22:18

Se para un coche frente a mí, no es muy grande, pero bajan la ventanilla y se oye una voz masculina que grita:

—¡Vamos, Alma, sube!

Son ellos. Me subo al coche en la parte de adelante, el que conduce es Sebas y atrás van sus dos amigos, de los que ni sé los nombres... «Empieza bien esta noche».

—Hola, soy David. —Se escucha decir desde atrás—. Y él es Hugo.

—Hola, yo soy Alma.

—Sí, ya te conocemos.

—Bueno —digo sonrojándome.

Seguimos el viaje en silencio. Yo no sé de qué hablar con ellos y parece ser que ellos tampoco saben qué decirme. Llegamos a Santa Cruz cerca de las once y la orquesta ya ha empezado, pero sé que hoy no venimos por la orquesta, si no por lo que hay después, en el descanso. Estoy deseando saber qué es.



Suena la última canción antes del descanso, cojo de la mano a Alma y le digo que me acompañe. Ella ni lo duda, sabe que el momento de la sorpresa está a punto de llegar. Dejo atrás a mis amigos y me la llevo al paseo de la playa, desde allí nos dirigimos al puerto, donde ya hay un montón de gente. Todo está a punto de empezar.



Estoy segura de que la sorpresa está a punto de suceder, cada vez hay más gente a nuestro alrededor y, a causa de esto, Sebas se ha colocado detrás de mí y ha puesto sus brazos rodeándome, apoyándolos en la barandilla que impide que nos caigamos al mar. De repente se escucha un ruido y la oscuridad de la noche se ve iluminada por una luz, luego otra... ¡Son fuegos artificiales! Me quedo embobada mirándolos y alucino todavía más cuando veo iluminarse el puente que va hacia el castillo con un montón de ruedas de fuego, ¡de allí también salen fuegos

artificiales! El castillo se ve precioso con aquella luz y, en ese momento, me siento feliz porque los chicos y Sebas me convencieran para que viniera hoy, porque son los fuegos más bonitos que he visto en mi vida. Pasa como media hora cuando el espectáculo termina, y miro a Sebas, que me está mirando con una cara difícil de describir.

—¿Te ha gustado?

—Ha sido increíble, no me imaginaba que la sorpresa fuera algo así.

—Los hay cada año el último día de las fiestas, y la verdad es que cada año se superan, ya sea en tiempo o en calidad; siempre hay algo que te deja maravillado, como estás tú ahora.

—Me ha gustado mucho y se me ha hecho corto.

—Pues ya son cerca de la una de la mañana, será mejor que nos vayamos para casa.

—Sí, será lo mejor.

De camino al coche, Sebas me da la mano para que no me pierda; hay tantísima gente en movimiento por allí que parece que estemos en el *Viña Rock*. Es extraño ese momento, porque, aunque apenas lo conozco, no me siento molesta porque me haya cogido de la mano, más bien, se la agarro fuerte para que no me suelte. Cuando llegamos a la entrada de la playa, allí están Hugo y David con una chica más que no conozco, pero que habla de manera animada con David mientras este le rodea la cintura con su brazo, quizá sea su novia.

—Sebas, ¿podemos llevar a Clara hasta A Coruña? Se ha separado de sus amigas, tiene el móvil sin batería, y ahora no sabe cómo volver.

—Sin problema. Hola, Clara, soy Sebas, y esta noche seré tu conductor —dice con una sonrisa.

La verdad es que es simpático y me siento muy a gusto con él. Es extraño, desde Ricardo no me había vuelto a sentir segura en compañía de ningún hombre, había algo en mí que me decía que no eran de fiar, sin embargo, con Sebas parece que esa alarma que sonaba cada vez que conocía a un hombre se haya apagado.

Vamos todos juntos hasta el coche y, por el retrovisor, veo como la parejita, David y Clara, se están dando el lote. Sí, sin duda es su novia. Me decido a llamar a los chicos porque yo no tengo llaves. Llamo primero a Adrián y la voz del contestador me informa de que el teléfono está apagado. Llamo a Marcos que tampoco contesta. ¿Y ahora qué hago? Sebas nota mi nerviosismo y me pregunta:

—¿Pasa algo?

—Los chicos no me cogen.

—¿Tus amigos?

—Sí, y yo no tengo llave de su casa.

—Quédate en la mía, tengo una habitación libre.

Lo miro como si me acabara de proponer algo súper indecente.

—Tranquila, no te voy a hacer nada, puedes confiar en mí. —Sonrío. No sé por qué, pero confío en él.



La veo pensativa, no se atreve a contestar. Dejo a Hugo, David y su nuevo ligue en casa de Hugo, que parece que va a ser el picadero de David esta noche, y me vuelvo hacia Alma antes de arrancar.

—¿Y bien? ¿Has contactado ya con tus amigos?

—No.

—¿Entonces qué hacemos? ¿Te dejo en algún sitio? ¿Vienes a mi casa?

—Voy a tu casa, no puedo quedarme en la calle, aquí solo los conozco a ellos.

—Vale, no te preocupes. Mañana seguro que ya tienes noticias tuyas.

Arrancamos y meto el coche en el garaje de mi edificio. Cuando baja del coche le digo que me acompañe y, tras poner la llave en el ascensor, subimos hasta el primero. Entramos en el piso y le digo que espere un momento, voy hacia mi habitación y cojo una camiseta enorme que tengo en el armario, al salir se la tiendo y le indico cual será su habitación por esta noche. Le doy las buenas noches y me meto en mi cuarto. ¿Será sencillo dormir con la tentación en la habitación de al lado?

30 Agosto 2018



Ayer, mientras daba un paseo con los gemelos por una de las zonas céntricas de la ciudad, pasamos por delante de un restaurante que me llamó la atención. Se llama *Central Perk*, como el de la serie *Friends*, y en la puerta había un anuncio de que buscaban camarero/a y que no era necesaria experiencia. Así que me aventuré a entrar y, hoy, tengo una entrevista, solo me pidieron que trajera el CV y muchas ganas.

Y aquí estoy, enfrente de la puerta del local, queda media hora para la entrevista y no sé qué hacer. Entrar o esperar. Si espero, no quedaré como una loca de la puntualidad, pero si entro, puede que vean que estoy interesada en el trabajo y también que soy una persona puntual, demasiado puntual, según mis amigas.

Definitivamente, me decido a entrar. Entre unas cosas y otras tampoco es que haya llegado súper temprano, simplemente he llegado un poco antes de la hora. Cuando entro, no encuentro al hombre con el que hablé el día anterior e informo a un camarero que he venido a hacer una entrevista. Me dice que el jefe aún no ha llegado, pero que no tardará. Me pido un té verde y me siento en una mesa para dos que hay en una de las esquinas del local.

—Hola, Alma. —Escucho a mi espalda. Me giro y es el hombre con el que había hablado el día anterior.

—Hola.

—Si no te importa, me siento aquí contigo y ya hablamos del trabajo.

—Claro.

«¿No estoy sonando demasiado seca? Alma, recuerda que esto es una entrevista para trabajar cara al público, muéstrate como eres, abierta y risueña». Ante este pensamiento, se me escapa una sonrisa.

—¿Has traído el CV?

—Sí, pero ya le dije ayer que no tengo experiencia como camarera.

—No te preocupes, ya te dije que la experiencia no es necesaria, y, por favor, háblame de tú, si empiezas a trabajar con nosotros tienes que acostumbrarte a que somos como una gran familia — dice mientras ojea mi CV—. Bueno, el trabajo es sencillo, de camarera, tendrás que servir y recoger las mesas, preparar cafés... Vamos, lo básico. No nos importa que no tengas experiencia porque preferimos enseñar a la gente de cero. ¿Crees que podrás hacerlo? Experiencia ante el público tienes, por lo que veo.

—Sí, he estado varios años trabajando en una tienda.

—Bueno, ¿y qué me dices? ¿Te atreves a probar? Estarás dada de alta desde el primer día y, en caso de que hagas alguna hora extra, te la pagaremos, pero tampoco me gusta que hagáis horas extras, porque os cansáis y no rendís bien luego.

—Pues, acepto.

—Bien, el lunes empiezas.

—Vale —digo levantándome del asiento. Entonces, el hombre se levanta y me da la mano antes de despedirse.

Subo un *stories* a *Instagram* diciendo que tengo trabajo nuevo y no tardo mucho en recibir respuestas. Tres de ellas son de mis amigas, y luego hay otra que me llama la atención, es de Sebas, el tatuador, ni me había dado cuenta de que me seguía.

Enhorabuena, bonita. Como me alegro. Habrá que celebrarlo, ¿no? 11:05

Hola, sí, me iré a tomar algo con los gemelos para celebrarlo. 11:06

¿Y conmigo no? 11:06

Apenas nos conocemos como para irme a tomar algo contigo. 11:07

¿Pero este tipo qué se cree? Que durmiera en su casa un día porque no quería dormir en la calle no le da derecho a tener esa confianza conmigo, apenas nos conocemos. La noche que me quedé en su casa, nada más levantarme, me fui, ni siquiera me despedí, aun sabiendo que eso estaba mal, no tenía coraje para hablar con él esa mañana.

No te estoy pidiendo una cita, solo pensé que igual querías desayunar conmigo, vamos, creo que me debes un desayuno. 11:08

Ya. 11:08

De verdad, no tenía ninguna otra intención que tomar algo con una posible amiga. Eres una clienta, eso es intocable. 11:10

Me quedo flipada ante esta respuesta. «¿Cómo que soy una cliente y soy intocable?». No entiendo nada, ahora quiero que me aclare esto.

¿Cómo que intocable? 11:15

Si quieres que te lo explique, tendrás que tomarte un café conmigo. 11:16

El ansia de conocer que era eso de ser intocable me puede y le contesto:

Vale, un café. 11:17

Quedamos en el Vecchio, el sábado a las 10:30. Te invito a desayunar. 11:18

Vale. 11:18

Bueno, pues parece que tengo con quien desayunar el sábado. No es que estuviera muy convencida, pero tampoco era un completo desconocido. Si había ido con él y sus amigos a una fiesta, si había dormido en su casa, podría tomarme un café con él en un lugar público.

Pienso que debo contarle a las chicas que voy a desayunar con el tatuador, no es que sea algo importante, pues es un café sin importancia, pero quitando alguna de las cosas que pasaron en mi relación con Ricardo, siempre les cuento todo.

Alma:

Chicas, hoy al publicar en *stories* que tenía trabajo, el tatuador me invitó a tomar un café para celebrarlo. Vamos a desayunar juntos el sábado. Y tengo otra cosa que contaros, el otro día fui con él a ver los fuegos artificiales más bonitos que he visto en mi vida. 12:15

Luna:

Ohhh a desayunar? En su casa? Y con fuegos artificiales? 12:16

Alma:

A desayunar en una cafetería y los fuegos artificiales los vimos de casualidad, porque los primos de Iria me convencieron para que fuera con él. 12:18

Luna:
Aquí hay rollito, que os lo digo yo. 12:19

Alma:
No hay nada, no inventes Luna. Además, hay algo de que soy intocable que no sé muy bien de qué va, ya os contaré cuando lo descubra. 12:21

Luna:
Ya, ya, estoy segura que las chicas, cuando lean esto, pensarán igual que yo. 12:22

Daniela:
Yo creo que Alma tiene razón, solo es un café. 12:23

Luna:
Cállate, Dani, que tú no tienes ni idea. 12:24

Alma:
Bueno, hermanitas, os dejo con vuestra discusión que tengo cosas que hacer. 12:25
Ahora que ya tengo trabajo, lo siguiente que tengo que hacer es encontrar un lugar donde vivir, porque no puedo quedarme mucho más tiempo en la casa de los gemelos. No es que me hayan dicho nada, pero sabía que era algo temporal y que no debe durar mucho más tiempo. Con septiembre a la vuelta de la esquina, muy pronto comenzarán con la universidad y, por lo que tengo entendido, se marchan a Santiago, por lo que mis días en aquella casa están a punto de terminar.

Me pongo a mirar pisos en alquiler, de una sola habitación y que tengan un precio económico. Empiezo mirando en las inmobiliarias, tanto *online* como en las que encuentro por la calle y miro en los anuncios del escaparate, pero todo se va de mi presupuesto. Sé que el sueldo aquí será más pequeño que en Madrid y, aunque los alquileres son muy económicos en comparación con Madrid, para aquí, son caros, contando que lo que hay barato es muy cutre y lo que me gusta pasa de los 400€. Con esos precios no puedo irme a vivir sola, tendré que buscar alguien con quien compartir piso.

Septiembre

“Somos producto de nuestro pasado, pero no tenemos por qué ser su prisionero.” Rick Warren

1 Septiembre 2018



Ese día no hizo falta que el despertador sonara, llevaba toda la noche dando vueltas en la cama pensando en lo que iba a pasar la mañana siguiente. Estaba nervioso, y lo peor es que estaba nervioso por un simple desayuno. Pero no era simple, lo sabía, se trataba de desayunar con la chica que me gustaba, y esa sensación de nervios en la boca del estómago era algo que llevaba mucho tiempo sin sentir. Sabía muy bien que Alma y yo solo podíamos ser amigos, que nunca ocurriría nada especial con ella pero, aun así, lo deseaba. Deseaba que me contara sus secretos, saber todo de ella, entrar en su vida como ella había entrado en la mía, desde aquel mensaje inocente en mi bandeja de entrada en *Instagram*, desde que la vi sonriendo en aquella foto. Mucho antes de conocerla, yo ya sentía algo por ella, era extraño, nunca me había pasado antes, ni con María, mi ex, con ella las cosas habían ido despacio. Tan despacio que en un principio nos caímos mal, coincidimos en el mismo instituto y nunca nos tragamos, hasta que María me necesitó y, ahí, se puede decir que surgió el amor. Con Alma era diferente, porque desde el minuto uno había querido conocerla, había querido que no fuera mi clienta y tener la posibilidad de conquistarla, pero las cosas ya habían sucedido, yo había marcado su piel y, desde ese momento, Alma se había convertido en intocable.

Cuando miro el reloj ya son las diez, por lo que salgo de casa dispuesto a ser su amigo y nada más. Llego a la cafetería temprano pero, aun así, ella está allí, sentada en una mesa, esperando. Me sorprende que haya llegado tan temprano, pues no eran ni las diez y cuarto cuando entro por la puerta y la veo. Quizás, y solo quizás, ella también tuviera ganas de verme.

—¿Por qué soy intocable? —Su pregunta es directa, ni un hola, ni se molesta en darme tiempo para sentarme, solo necesita tenerme lo suficientemente cerca para que solo yo la escuche.

—Hola, a ti también —digo mientras me siento.

—Dímelo, para eso hemos quedado, ¿no?

—Yo pensaba que habíamos quedado para desayunar.

—Ya... ¿Me lo vas a contar? —Se la ve impaciente y a mí me apetece jugar.

—No sin un café. —Me levanto de la mesa y me dirijo al mostrador, no la dejo hablar.

Cuando vuelvo a la mesa con dos *cappuccinos*, le suelto:

—Espero que te guste el *cappuccino*, aquí lo hacen delicioso. No podía dejarte ir sin que lo probaras.

—Gracias. —Lo acompaña de una sonrisa, aunque sigue sonando seca. Parece que la hubiera obligado a desayunar conmigo, pero no, yo solo le había dicho que, para saber algunas cosas, era necesario que estuviéramos cara a cara.

—Bien, ahora que ya podemos desayunar, te voy a explicar por qué eres intocable. Es sencillo, así que no te robaré mucho tiempo. —Respiro con fuerza—. Eres intocable porque eres mi clienta,

en el momento en que mi tinta se ha adentrado en tu piel, eres intocable para mí.

—¿Y eso por qué? ¿Me has pasado algo raro con la aguja? —dice asustada.

—No, mujer, ¿por quién me tomas? Simplemente, es una norma que tengo: Nunca tener nada con clientas.

—Pues vaya norma más estúpida. ¿Y si te vuelves el tatuador más importante de A Coruña?

—Aunque me gustaría que eso pasase, no creo que vaya a ser así. Y si tengo que negarme a tatuar a mi novia para no romper la norma, lo haré.

—¿Tienes novia?

—No, me refería a un caso hipotético en el que me tuviera que negar a tatuar a alguien por amor.

—Oh, qué romántico. —Se toma unos momentos para pensar en lo que le he confesado—. Entonces, ¿nunca has estado con una clienta?

—Sí, y de ahí surgió la norma.

—Eso me lo tienes que explicar. —Y le da un sobro a su *cappuccino*—. Tienes razón, está muy bueno.

—Eso te lo explicaré en otra ocasión, si te cuento todo hoy no habrá posibilidad de que vuelvas a quedar conmigo.

—¿Y quién te dice que voy a volver a quedar contigo?

—Nadie, pero sé que te pueden las ganas de saber, y que, si me callo y te dejo así, querrás volver a verme para saber más.

El desayuno sigue como si nada, como si fuéramos dos amigos poniéndose al día. Parece que mi confesión la ha tranquilizado, que ha abierto un poco el caparazón que la protegía, no sé si de mí o de todos los hombres que muestran algo de interés en su persona.

—Pues estoy buscando piso, no puedo quedarme eternamente en casa de mis amigos. Ellos no me han dicho nada, pero me siento incómoda, no por ellos si no por la situación. He mirado en un montón de páginas y todo se me sale del presupuesto. Estoy mirando a ver si encuentro alguien con quien compartir piso.

—Yo tengo una habitación libre —la interrumpo.

—No puedo irme a vivir contigo.

—¿Conmigo no y con un desconocido sí? Alma, no sé cómo lo ves tú, pero creo que yo soy tu mejor opción. Además, ya has probado la comodidad de la cama —digo burlón.

—Mi mejor opción es compartir un piso con otra chica —anuncia haciendo caso omiso a mi broma.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo a los hombres?

—No, no os tengo miedo. Vaya tontería.

—¿Pues entonces?

—Me lo tengo que pensar —dice para dar por zanjada la conversación.

Son cerca de las doce cuando nos despedimos con dos besos en la puerta del *Vecchio*. Sé perfectamente que haberle dicho a Alma que se venga a vivir conmigo es una auténtica locura. «¿Cómo quieres ser solo su amigo invitándola a vivir contigo? Vale que no eres David, que te puedes controlar, pero no te haces un favor ofreciéndole vivir contigo, además de que llevas unos años “solo”». Pero me ha salido sin pensar. Solo la vi preocupada y la quise ayudar. Ahora solo espero que se lo piense y diga que no, no puedo vivir con ella, será demasiado duro para mí. Y si encuentra pareja y tengo que verla en mi casa con otro... no puedo imaginármelo, me duele.

8 Septiembre 2018



Había pasado una semana desde el café con Sebas y la verdad es que no habíamos dejado de hablar. Primero por MD en *Instagram*, hasta que acabé dándole mi número de teléfono y nos pasamos al WhatsApp. Empezaba a pensar que Sebas era un buen candidato para tener un amigo en esta nueva ciudad, porque me sentía súper a gusto hablando con él, tanto que la idea de vivir juntos ya no me parecía una locura.

El trabajo me gustaba. Llevaba casi una semana en aquel restaurante y ya le había cogido el truco. Mis compañeros eran geniales, tanto que, cuando les comenté que este finde tenía el cumple de los gemelos, me dijeron que me cambiaban el turno para que pudiera ir, porque en un restaurante se sabe cuándo se abre pero no cuando se cierra, y había noches en las que los clientes, entre copa y copa, no se iban hasta las dos o tres de la mañana, y aunque esa hora sería perfecta para salir de fiesta, tenía que ir a casa a arreglarme y eso ya lo complicaba todo un poco más.

Por lo que hoy, mi horario es hasta las 19:00 y me dará tiempo de sobra de ir a casa de los gemelos y estar lista para salir con ellos. Ya casi se acerca la hora y mi jefe se acerca a mí:

—Alma, sé que has cambiado el horario con Lola para esta noche, así que ya es hora de que te marches. No es por echarte, pero no quiero que te retrases.

—Sí, en otro momento le cambiaré yo el horario a ella.

—No venía a hablar contigo por eso, sino porque, si tienes algún asunto, del tipo que sea, habla conmigo y yo miraré cómo hacer los horarios para que os vaya bien a todos.

—Es que no tenía pensado cambiarlo, fue Lola la que se ofreció cuando le dije que era el cumpleaños de los gemelos, pero fue un comentario sin más, no buscaba nada.

—Vale, no te preocupes, pero yo quiero que aquí todos estéis bien y os sintáis a gusto para hablar conmigo de cualquier cosa, así que la próxima vez que necesites algo, cuenta conmigo.

—Gracias.

Me cambio de ropa y me voy del trabajo pensando en lo surrealista de la conversación que he tenido con mi jefe. Es verdad que siempre había tenido suerte con los jefes y que todos me habían tratado bien, pero lo de este hombre me parece increíble. Con tantos trabajadores a su cargo, buscar que todos estemos a gusto es de admirar, aunque en realidad es algo que deberían hacer todos los jefes.

Llego a casa de los gemelos y me dicen que me arregle rápido que han decidido que nos vamos a ir a cenar por ahí los cuatro, Marcos, Adrián, Raúl y, cómo no, yo. Entonces, voy directa a la ducha y le digo a Adrián que, como mi “*personal shopper*”, tiene que escogerme un modelito de mi maleta para esta noche, cosa que no le importa para nada porque le encanta escoger modelitos, sea para mí o para cualquier otro, por eso está estudiando diseño en Santiago, y va a volver a la universidad en nada, así que esta celebración también sirve, un poco, de despedida. Por lo tanto, tengo que encontrar un piso lo antes posible, ya que no puedo seguir viviendo con ellos, porque, aunque los tíos de Iria no me han echado, siento que estorbo en esta casa.

Una vez en mi habitación, tengo un vestido granate sobre la cama, es un vestido que me encanta

y llevo muchos años con él, recuerdo ponérmelo para un montón de cenas de la UNI y siempre usarlo como comodín para todo. Parece que Adri me lea la mente, porque seguro que yo hubiese escogido también ese vestido.

No tardo en arreglarme. Como tengo la piel un poco tostada de los pocos días que llevo en A Coruña y he ido a la playa con mis chicos, no veo necesario ponerme base de maquillaje, por lo que un labial *nude*, máscara de pestañas y el eyeliner, es todo lo que necesito. Cuando salgo de la habitación los tres dicen:

—Estás preciosa.

—Todo es gracias a Adrián, que siempre sabe escoger el modelo perfecto —digo sonriendo.

—La modelo también lo vale —dice Adri guiñándome un ojo.

Nos vamos a cenar y yo no dejo de pensar en la propuesta que me hizo Sebas una semana atrás. ¿Seguirá dispuesto a tenerme de compañera de piso? Visto lo visto, es la mejor opción, y se me está acabando el tiempo, por lo que decido mandarle un WhatsApp en ese momento, aun sabiendo que no se debe tener el teléfono en la mesa mientras se come, pero digamos que... es una urgencia.

Sigue en pie lo de vivir juntos? 22:25

No espero que me conteste a esas horas, aunque no es muy tarde, sobre todo siendo sábado, pero supongo que tendrá mejores cosas que hacer un sábado noche que atender el teléfono. Me uno a la conversación de mis amigos, ya que no paran de reír y he estado un poco ausente durante la cena y no tengo ni idea de qué están hablando:

—¿De qué os reís tanto?

—Ay, Alma, ya vimos que estabas en otro mundo. Estábamos hablando de que Raúl y yo, en una semana, estaremos viviendo juntos. Y Marcos nos tendrá que aguantar como tortolitos todos los días.

—Aguantaros como tortolitos no me molesta, me preocupa más estar en medio en vuestras discusiones.

—¡Si nunca discutimos!

—Bueno, pero la convivencia no es lo mismo que veros todos los días, chicos.

—Os puedo asegurar que la convivencia lo cambia todo —digo, recordando cómo cambió Ricardo conmigo desde que nos fuimos a vivir juntos.

—No pienses en eso —dice Marcos agarrándome la mano; es un buen amigo, los tres lo son.

—Venga, vamos a hablar de cosas alegres —interrumpe Adrián—. Como de las sonrisitas que le echa Alma al móvil cada vez que habla con el tatuador guaperas.

—Yo no hago eso. —¿O lo hacía?

—Qué va, ¿a qué hace un momento le estabas mandando un mensaje a él?

—Sí, pero...

—Ni pero, ni nada, te gusta, Alma.

—No me gusta, es mi amigo, como vosotros.

—No nos engañas.

—Venga, vamos a comernos el postre y a salir de fiesta, ya que esta noche mi jefe me ha dejado.

—Sí, y a ver si nos encontramos con él, ¿no?

Paso de contestar, así es Adrián, cuando se le mete algo en la cabeza, no hay quien se lo quite. Nos vamos de fiesta, otra vez por la calle del Orzán; esta vez ni intentamos ir al Puerto, por allí nos lo pasamos genial y no necesitamos el pijerío que se respira en la otra zona de marcha.

No tardo mucho en encontrarme con Sebas, pero esta vez porque lo busco. Le había dicho que íbamos a salir y él me contestó que también, lo que hizo que desde que entramos en el primer local

no pudiera evitar buscarlo con la mirada, y lo encontré. Está como siempre, con sus amigos, pero también hay otras tres chicas; una a la que su amigo David no deja de meterle mano. «Ya está este como siempre» pienso. Voy directa hacia ellos, me da igual quienes sean sus acompañantes, e incluso la idea de que una de ellas pueda estar con Sebas, yo quiero hablar con él porque aún no he recibido respuesta a mi mensaje.

—¿Viste mi mensaje?

—¿Qué mensaje? —«Bien, no lo ha visto. Parece que no es que me esté ignorando».

—El que te mandé hace unas horas.

—No he visto nada, pero espera que lo miro. —Saca el teléfono del bolsillo, lo desbloquea y lee mi mensaje. Una mueca que no puedo descifrar, aparece en su rostro—. ¿Eso quiere decir que tengo compañera de piso? —Mira a su amigo y añade—: David, lo siento, pero se te acabó lo de usar mi casa de picadero. —La chica que está con él se le queda mirando como una tonta y le da una hostia; no me da pena, probablemente se la merezca.

—Mañana lo hablamos todo, pero me gustaría mudarme el lunes.

—Vale, preciosa, sin problema. —Es raro, pues odio que alguien me trate con ese tipo de apelativos, pero de él no me importa, incluso puedo decir que me gusta.

El resto de la noche pasa sin más, y sin alcohol; esta vez he decidido que no voy a beber, quiero recordar bien la noche y, aunque a los gemelos no les sienta muy bien que no acepte ni un chupito para celebrar su cumpleaños, terminan por aceptarlo y no insistir.

14 Septiembre 2018



Alma lleva desde el lunes en casa y la convivencia ha sido fácil, no tenemos problemas de ningún tipo. Hemos dispuesto unos horarios, y esas cosas típicas de compañeros de piso que yo nunca he vivido porque, cuando María se vino a vivir a mi casa, no hicimos nada de eso. Pero Alma tiene experiencia, por lo que me dijo había convivido con su exnovio y, desde un principio, ha querido hacer las cosas de manera correcta. Me comentó que en aquella ocasión las cosas no habían salido tan bien, aunque decir que nos va bien, igual es un poco cantar victoria antes de tiempo; no llevamos ni una semana en esta situación.

Esta noche vamos a hacer algo especial, si se le puede llamar “algo especial” a cenar una pizza mientras vemos una película, pero ese es el plan que hemos dispuesto para esta noche de viernes, puesto que Alma sale temprano y, por una vez, podremos cenar juntos. Le he sugerido varios días el ir a buscarla al trabajo, porque no me gusta que a las horas que sale vaya sola por la calle, siento que puede pasarle algo, pero ella se ha negado siempre, al menos hasta hoy. Me ha dicho que puedo ir a buscarla y así ir juntos a por las pizzas que pediré para recoger en el local. Una pizza con piña ha sugerido Alma, y yo he dicho que me vale siempre que ella se coma la piña de mi parte de la pizza, porque sí, odio esas mezclas raras. Ella se ha reído aceptando comerse mi piña.

Con las tonterías ha llegado la hora de ir a por ella y, antes de salir de casa, llamo a la pizzería para pedir esa extraña combinación que parece que tanto le gusta a Alma. Cuando llego al “*Central Perk*” es temprano, pero no quería hacerla esperar, por lo que me siento en una de las mesas de la terraza y no tarda en aparecer una chica preciosa para atenderme; es compañera de Alma. Le digo que me ponga una *Estrella* mientras espero y que, si le puede decir a Alma que ya estoy allí, pero que se tome todo el tiempo del mundo.



—Alma, hay un chico fuera que está esperando por ti, pero dice que te lo tomes con calma, voy a servirle ahora una cerveza.

—Déjame, que se la llevo yo.

—Como quieras. ¿Es tu novio? Es guapo.

—Es mi compañero de piso.

—¿Eso quiere decir que está disponible?

—Sí, por lo que tengo entendido, está disponible —digo sin pensarlo mucho.

—Igual debería ir yo a llevarle la cerveza, le parecerá extraño que vayas tú si lo he atendido

yo.

—No, no, se la llevo yo que ya te veo las intenciones.

—Si está soltero, no hay nada malo en mis intenciones.

Coge una cerveza de la nevera, la coloca en la bandeja y se marcha decidida hacia Sebas. Coquetea de una manera descarada con él y vuelve. No sé por qué, pero el hecho de que estuve interesada en él me molesta un poco.



Alma no tarda en salir, me levanto con la intención de ir a pagar cuando dice:

—Ya he pagado yo. Te toca la pizza. —Y le sale una sonrisa con la que no le puedo negar nada.

—Sales ganando, pero vale.

—Ya, lo he hecho con vistas. —Sonríe de nuevo, parece que está feliz y me alegro de que lo esté.

De camino a casa, cogemos la pizza, como habíamos programado, y hablamos de qué peli ver. Al final terminamos escogiendo una comedia romántica, aunque más bien, la ha elegido ella. “Amor y otras drogas” se llama, y es, al parecer, su película favorita. Ante esa confesión tengo que aceptar verla porque este hecho puede hacer que la conozca un poquito más.



Estamos sentados en el sofá con la pizza delante de nosotros y comiendo aquella delicatessen, cuando me fijo en Sebas. Es diferente a todos los chicos que conozco. Guapo, pero para nada se lo cree, y en estos días no lo he visto nunca con ninguna chica. No sé si se corta porque estoy yo allí o si realmente no es un ligón de esos que te ponen una excusa para echarse de casa y nunca llaman. Desde que me confesó que no salía con clientas, mi interés en él ha aumentado. No es que quiera tener algo, pero me puede la curiosidad por saber el porqué de aquella absurda norma.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Ya lo estás haciendo, pero a ver, dime.

—¿Por qué tienes esa norma de clientas no?

—Bueno, podría decirse que es una larga historia, y estamos viendo una peli. —Cojo el mando de la televisión y la apago—. Vale, lo pillo, te puede la curiosidad.

—Sí, me puede, suéltalo ya.

—Pues bien, esta norma lleva conmigo desde que empecé a tatuar, sobre los 15 años.

—¿Desde los quince años? —Creo que mi cara de sorprendida le hace gracia, ya que no puede evitar reírse.

—Ya, digamos que el dibujo y los tatuajes es algo que siempre me ha interesado, y con el dinero ahorrado me hice con las herramientas y material necesarios para empezar a tatuar. Digamos también que el hecho de que un chaval de quince años tatuase y, además, lo hiciera bien, hizo que la noticia se extendiera como la pólvora en una ciudad tan pequeña como esta.

—¿Y esa chica te pidió que la tatuaras?

—Sí, iba a mi instituto, ella era de las chicas populares, de esas que nunca se acercaría a alguien como yo, un friki. —Hace una pausa para reírse de lo absurdo que le parece ahora ese pensamiento—. Era guapa, con el pelo castaño y los ojos a juego, y un día timbró en mi portal, en este edificio en el que vivimos, y me pidió si podía subir a hablar conmigo. Me sorprendió muchísimo que quisiera estar en mi casa, conmigo, pues en el instituto siempre se había burlado de mí con su grupo de arpías. La dejé subir y, cuando se sentó en el sofá de mi casa, me pidió que la tatuara. Yo me eché a reír ante la situación, por un momento pensé que era el momento adecuado para una pequeña venganza que quedara siempre en su piel, pero rápido recapacité con que eso me traería problemas. Terminé tatuándola esa misma tarde. No quería algo muy complicado, su abuela acaba de fallecer y quería tatuarse su nombre para llevarla siempre consigo, estaban muy unidas, y eso me recordó al vínculo que tenía yo con la mía y fue la primera vez que la vi como una persona y no una arpía. —Ríe.

—¿Y luego os enamorasteis?

—Sí y no. Nos empezamos a llevar bien, dejó de molestarme en el instituto y hablábamos de vez en cuando. En aquella época todo iba por SMS, no existía el WhatsApp, y ambos nos fulminábamos el saldo hablando. —Hace otra pausa—. Después de unos meses como amigos, empezamos a salir y, tras una relación de once años, un día ella me dijo que se iba. Sabía que yo no creía en las relaciones a distancia, ella tampoco, por lo que esa fue su manera de terminar con lo nuestro. —Sus ojos se llenan de tristeza y sé que es el momento de cambiar de tema.

—Perdona, para compensar, te contaré mi historia. —Aunque no sé muy bien por dónde empezar—. Digamos que yo solo he querido a una persona en mi vida, y esa persona no era quien yo creía que era. Después de cuatro años se acabó, con mucho dolor, pero se acabó, era necesario.

No me pregunta nada sobre esto y me abraza. Puede que sea por la manera en que mi voz se entrecorta al hablar que nota que necesito aquel abrazo, y también porque sus ojos muestran que él lo necesita tanto como yo.

—Gracias —digo cuando nos separamos.

Me mira y sonrío, no hacen falta palabras. Apoyo mi cabeza en su hombro para seguir disfrutando de aquella película que, sin saber muy bien cómo, se había vuelto mi favorita, pero que ahora cobra un nuevo significado porque es la película que estoy viendo cuando me doy cuenta de que olvidarme de Ricardo no consiste únicamente en cambiar de ciudad.



Ver a Alma así, frágil, me hace darme cuenta de que estoy haciendo bien, que debo luchar contra mis deseos, contra las ganas que tengo de besarla, porque no puedo imaginar a aquella mujer sufriendo. No quiero que sufra, quiero protegerla, y sé que como amigo es la mejor manera de hacerlo. Aunque sé que nunca le haría daño, el solo pensar en que pueda derramar una sola lágrima por mi culpa me destroza. No puedo evitarlo, ya estoy enamorado de ella, aunque eso, por mi vida, que ella nunca lo sabrá.

16 Septiembre 2018



—Tíos, esta situación me puede.

—¿Pero qué te pasa, *chorbo*?

—Alma me vuelve loco.

—Pues fóllatela y ya está, *chorbo*, mira tú que problema.

—David, ¿cuándo entenderás que Sebas no es como tú?

—Eso son tonterías, Sebas es como yo, que lo he visto muchas veces irse del local con alguna tía y dejarnos plantados después de que María lo dejara.

—Pero esa época ya pasó, ahora Sebas no quiere ese tipo de cosas.

—¿Y qué sabrás tú de lo que quiere Sebas?

—Pues pregúntaselo a él.

Me quedo callado y ausente en aquella conversación entre mis dos mejores amigos, pues ambos tienen razón. He sido como me definía David, un chico de esos que iba cada noche con una, sin importarle mucho quién fuera la mujer en cuestión, lo único que me importaba era desquitarme y callar por unas horas las voces que en mi cabeza no hacían más que recordarme los momentos que había pasado con María. Pero Hugo también tiene razón, y de aquel chico ya no queda nada, incluso ese chico que había sido me avergüenza y por eso, quizás, las cosas que hace David, su manera de tratar a las chicas, es algo que no me gusta para nada de mi amigo. Ahora no hago esas cosas, simplemente salgo hasta potar y me olvido de todo lo que tenga que ver con mujeres, y me iba bien, hasta que la conocí a ella.

—Puede que tengáis los dos razón, o que la hayáis tenido en algún momento. Sí, me acuerdo de esas noches en las que llevaba a mi casa a cualquier chica que conociera y me hiciera un poco de caso, pero de ese Sebas ya no queda nada. Ahora quiero estar solo, porque sé que con ella no puedo estar.

—Eso de que no puedes estar con ella es una tontería. ¿Qué es, por tu absurda norma de nada de clientas?

—No solo es eso, el viernes la vi tan frágil que se me cayó el alma al suelo solo de pensar en hacerle daño. Prefiero hacérmelo a mí y seguir a su lado como un amigo, sin más.

—Hay veces en las que hay que ser egoísta, Sebas, no ser un capullo integral como aquí nuestro amigo David, pero sí pensar en la felicidad de uno mismo.

—Aunque no lo parezca, con esta decisión también pienso en mi felicidad, pues si ella está bien, yo también lo estaré.

—¿Y no has pensado en que quizás tú seas la cura para su tristeza? —Tanto yo como Hugo nos quedamos mirándolo. ¿Cómo podía ser que David estuviera diciendo algo tan sentido?—. ¿Qué? ¿Qué pasa? Que sea un capullo como decís vosotros, no significa que no tenga mi corazoncito. —

Hace una pausa y prosigue con su discurso—: ¿No te das cuenta de que esa chica, de entre todos los tatuadores de Coruña, te eligió a ti? ¿Qué viviendo en otra ciudad se vino a esta y ahora está viviendo en tu casa? No sé, *chorbo*, puede que esto sea eso que la gente llama destino.

Nos quedamos callados, asimilando aquel pedazo de discurso que mi amigo se acaba de marcar. Hugo es el primero en hacer algo y se pone a aplaudir, yo le sigo. Aquello que acaba de ocurrir allí, en aquella terraza, con tres *Estrellas* acompañándonos, es algo que recordaremos el resto de nuestra vida.

22 Septiembre 2018



—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe?

—Estoy segura. Estaremos en una cafetería rodeados de gente, no te preocupes.

Sabía que aquella reunión no convencía mucho a mi compañero de piso, pero era necesaria. Hacía dos días que Ricardo me había llamado para decirme que estaba en Coruña y quería verme. El simple hecho de haber visto su nombre en la pantalla de mi móvil me había puesto los pelos de punta, pero, aun así, decidí quedar con él para que aquella historia terminara de una vez y poder seguir con mi vida. Tenía claro que lo que me proponía no era sencillo, porque Ricardo no iba a dejar que lo fuese; si se había atrevido a venir hasta aquí podía ser capaz de cualquier cosa, pero no le tenía miedo, ya no. Habíamos quedado en la misma cafetería en la que había quedado con Sebas por primera vez, necesitaba un lugar familiar y que me transmitiera confianza, y ese lo hacía. Además, sabía que, si necesitaba ayuda, Sebas se presentaría allí en menos que canta un gallo, ya me lo había dicho.

—No me gusta la idea de que quedes con ese tipo, Alma. Que haya tenido los cojones de venir hasta aquí para buscarte no me da buena espina.

—No te preocupes, si pasa cualquier cosa te mando un *WhatsApp* y vienes a rescatarme.

—No dudes que lo haré.

Nos damos un abrazo antes de salir de casa, es extraño, pero necesario. Él se va al estudio y yo a la reunión con mi ex, porque sí, me niego a llamar a aquello cita.

Llego a la cafetería y lo veo allí sentado. Parece que se ha arreglado para la ocasión, no sé, quizás aquella “cita” no ha sido una buena idea. ¿Y si quiere volver? ¿Y si me convence de hacerlo? Se le ve tan bueno allí sentado con un café entre las manos...

—Hola. —Levanta la cabeza y me sonrío, con aquella sonrisa que hace años me conquistó. Se levanta y aparta la silla que tiene enfrente para que me siente.

—Te estaba esperando. Voy a por tu café, ¿lo quieres como siempre?

—Sí, gracias.

23 Septiembre 2018



Me despierto con un dolor de cabeza horrible, no recuerdo nada de lo que ha pasado. Al fijarme en lo que me rodea no reconozco el lugar. ¿Dónde estoy? ¿Qué sitio es este? De repente, siento una puerta que se abre a mi lado, y por ella sale un hombre solo cubierto con una toalla blanca.

—Veo que ya te has despertado, ya pensaba que te tenía que llevar al hospital.

—¿Qué ha pasado? ¿Tú? ¿Yo? —digo, señalándonos a ambos y muerta de vergüenza, pero observo que estoy vestida y eso me tranquiliza un poco.

—No ha pasado nada, tranquila. Solo que cuando estábamos tomando el café te mareaste y, como no sé dónde vives, decidí traerte al hotel donde me alojo.

—¿Me mareé? No recuerdo nada.

—Normal, la verdad, no sé qué te pasó. ¿Estás comiendo bien? Me has tenido preocupado todo el día.

—¿Qué hora es?

—Pues... son las nueve de la mañana.

—¿Las nueve?

—Sí, las nueve del domingo.

—No puede ser. ¿Dónde está mi móvil? —digo palpando a mi alrededor.

—Lo tienes en el bolso, está ahí.

Me levanto corriendo y voy a por mi móvil; está sin batería.

—¿Tienes un cargador?

—Sí, pero de *iPhone*.

—No me sirve. Me tengo que ir.

—¿Pero te vas así... ya? No hemos hablado.

—Mi compañero de piso debe estar preocupado de que no haya aparecido en todo el día, ni la noche.

—Bueno, no es más que un compañero de piso, no debes darle tantas explicaciones. — Entonces, me agarra el brazo y me pone ojitos de cordero degollado—. Quédate, por favor. Necesitamos hablar.

Lo dudo por un momento, pero decido que ya se lo explicaré todo a Sebas cuando vaya a casa. Es hora de poner punto y final a esta historia.

—Alma, yo sé que te fallé, que te hice daño. Pero no fue queriendo, estaba borracho y me enrollé con otra, lo siento, pero eso no quita que esté enamorado de ti, que te ame y que quiera que esto se arregle.

—No fue eso lo que acabó con nuestra relación, Ricardo. Esa fue la gota que colmó el vaso, pero no la única razón por la que se terminó. Fue tu manera de actuar, cómo cambiaste desde que nos fuimos a vivir juntos. Te volviste violento, celoso, eras una persona distinta de la que yo me había enamorado.

—Alma, no vengas con eso, ¡NO SOY VIOLENTO! Es que tú eres muy sensible.

—No me grites. Lo estás haciendo de nuevo, y yo que pensaba que este tiempo te había cambiado, qué equivocada estaba... —Me levanto de la cama dispuesta a irme a casa y él me agarra por el brazo, fuerte—. Suéltame, no quiero saber más de ti.

—¡Alma, no me toques los cojones! ¡Tú y yo estamos hechos para estar juntos! ¿De verdad vas a tirar estos cuatro años por la borda?

—Yo no he tirado esto por la borda, lo has hecho tú, y ahora suéltame, por favor, me estás haciendo daño. —Me suelta, cojo mis cosas lo más rápido que puedo y me voy corriendo con los ojos llenos de lágrimas.

No sé muy bien dónde me encuentro. Bajo las escaleras con la esperanza de que el hotel esté en una zona conocida. Por suerte, al salir reconozco El Corte Inglés; estoy lejos de casa, pero sé más o menos cómo llegar.



Escucho el ruido de sus llaves en la puerta y me levanto en esa dirección.

—¿Dónde has estado? ¿Qué ha ocurrido? Me tenías preocupado.

No dice nada y me abraza fuerte. No le pido explicaciones, sé que cuando esté preparada me dirá qué ha pasado en estas 24 horas que ha estado desaparecida.

24 Septiembre 2018



Llevo dos noches sin dormir. La primera noche no pude por no saber nada de Alma; la estuve llamando hasta que su teléfono dio apagado. Estuve a punto de llamar a la policía, pero, por lo que había visto en las películas, no iba a ser una desaparecida hasta que pasasen unas cuantas horas más. ¿Desaparecida? Me daba miedo pensar que le hubiera pasado algo, que su ex le hubiera hecho algo. Por suerte, al día siguiente apareció, pero la noté tan extraña que no tuve valor ni de recriminarle que me hubiera tenido así, y no dormí por eso mismo, por lo mal que la vi al llegar a casa.

—Buenos días, preciosa —digo cuando la veo entrar en la cocina con la camiseta que le di la primera vez que vino a dormir al piso, a finales de agosto; entonces apenas nos conocíamos. Está espectacular.

—Buenos días —dice un poco apagada—. Siento haberte tenido preocupado, la verdad es que no sé muy bien que es lo que ha pasado.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No, me desperté en la habitación de hotel de Ricardo, pero ni sé cómo llegué allí, ni nada de lo que ocurrió.

Entonces suena el timbre, los dos nos miramos, y me acerco al telefonillo a preguntar quién es.

—¿Sí?

—Hola, soy Ricardo, la pareja de Alma, ¿puedo hablar con ella?

Pareja, ¿cómo que pareja? Alma niega con la cabeza.

—Ahora no quiere hablar contigo.

—Dile que es importante, y si no baja para que hablemos, me quedaré aquí esperándola.

—¿Eso es una amenaza?

—Eso es lo que a mí me dé la gana que sea.

Miro a Alma y veo como tiembla. No sé qué ha pasado este fin de semana, pero no me da buena espina.

—Ya baja —digo, pero tengo claro que no va a ser ella la que baje.

Me mira suplicante y le digo que seré yo quien vaya. No sé muy bien cómo aquel idiota conoce donde vivimos, pero no me importa mucho averiguarlo, lo único que me importa es echarlo de allí y que la cara de miedo de Alma se esfume.

—¿Y tú quién eres, su nuevo novio? Mira que es guarra —dice nada más salgo por la puerta, y no puedo evitar pegarle un puñetazo. Agarrándose la mejilla me grita—: ¿Qué coño haces?

—Lo que te mereces, gilipollas.

—Mira, no me conoces para saber si me lo merezco o no. ¿Dónde está Alma? He venido a hablar con ella.

—Alma no quiere hablar contigo.

—Dile que baje.

—No lo va a hacer.

Entonces suena una voz en el telefonillo.

—Bajo ahora.

«No», pienso. No quiero que este cabrón le haga algo, pero en realidad, mientras yo esté a su lado no podrá hacerle nada, aunque sé que no voy a poder protegerla siempre.

—Ricardo, ¿qué quieres?

—Quiero que vuelvas conmigo a Madrid.

—No voy a volver contigo.

—¿Por qué? ¿Por este? Pero mira que pintas lleva. —La verdad es que mi aspecto y el de aquel tipo no tienen nada que ver. Él viene con un traje y una camisa blanca abotonada hasta arriba, yo, sin embargo, llevo unos pantalones cortos de chándal y una camiseta, sin más, y estoy seguro de que aquel tipo se ha fijado en los tatuajes que decoran la mitad de mi cuerpo—. Alma, te mereces algo mejor que este tipo con pintas de *yonkie*.

Yo también sé que Alma se merece a alguien mejor que yo, pero también algo mejor que aquel tipo, pues por mucho traje que vista, se puede ver que es un asco de persona.

—Ricardo, ya te he dicho que es mi compañero de piso.

—Podría dejar de serlo. Si vuelves a Madrid conmigo todo será como al principio. Me olvidaré de esta tontería tuya de cambiarte de ciudad y volveremos a empezar.

—No.

—Vente —dice agarrándola del brazo.

—Te ha dicho que no —digo con un tono serio e intimidante—. No me importará pegarte de nuevo si no te largas de aquí —añado, y la suelta.

—Bueno, me voy, pero pronto volverás a tener noticias mías, Alma.

Se va y Alma me abraza muy fuerte. Tiembla, está aterrorizada. No sé qué es lo que ha vivido con ese hombre, pero, vista su reacción, no puede haber sido nada bueno.

—Voy a cancelar mis citas para hoy.

—No puedes hacerlo.

—Sí que puedo y lo haré, no voy a dejarte sola.

—Tengo que ir a trabajar.

—Bueno, pues te acompaño y te voy a buscar, no quiero que andes sola mientras ese tipo siga por aquí.

—Gracias.

25 Septiembre 2018



Sé que debo contarle a Sebas todo lo que ha pasado con Ricardo en estos años, se lo merece, pues no tiene ni idea de por qué le tengo tanto miedo. Por lo que, en cuanto escucho el ruido de la ducha, me levanto dispuesta a preparar un delicioso desayuno que endulce un poco el trago amargo por el que estoy a punto de pasar.

Lo veo salir de la ducha con solo una toalla rodeando su cintura y dejando a la vista todos los tatuajes que tiene en el torso; hay uno que destaca, una calavera con tres rosas. «Está para comérselo», pienso, y al mirarle a la cara, él se está riendo. «¿No lo habré dicho en alto?». Entonces me doy cuenta de que es probable que se ría de la cara de tonta que se me ha puesto al verlo y me relajo un poco.

—¿Se celebra algo? —dice, mirando la bandeja que tengo entre las manos.

—No, pero quiero contártelo todo y necesitaba algo rico para hacerlo.

Se pone serio, lo noto en su mirada. Se dirige a su habitación y no tarda ni tres minutos en salir con algo más de ropa.

—Tú dirás, pequeña.

—Bueno, creo que después de lo que viste ayer, y de lo que pasó este fin de semana, necesitas una explicación más extensa.

Me coge la mano con suavidad, ha notado que me está temblando.

—Yo no necesito nada.

—Quizá sea yo la que necesita contárselo a alguien de una vez por todas.

—Vale, te escucho.

Me quedo mirando sus ojos y siento una seguridad que me sorprende. ¿Cómo puede ser que me sienta tan segura con alguien a quien solo hace un mes que conozco?

—A ver, para empezar, yo estuve cuatro años con Ricardo, lo que quiere decir que empezamos con 17 años, cuando íbamos al instituto. La verdad es que parecía el chico perfecto: popular, guapo, elegante e inteligente. El chico que las tenía a todas detrás y se fijó en mí, una chica del montón. —Ante este comentario, veo que sonrío de forma irónica—. Empezamos a salir a mediados de curso, y todo era perfecto. Nunca había tenido novio y sentía que lo que tenía con él iba a ser para siempre.

Al principio de la relación no noté que él fuera así, que fuera violento. Era romántico, cariñoso, un poco celoso, pero para nada parecido a como se portó después. Nos fuimos a vivir juntos cuando teníamos 18 años, una decisión importante siendo tan jóvenes, pero yo vivía a las afueras y la universidad me quedaba lejos, por lo que decidimos que, ya que yo iba a tener que buscarme algo de alquiler, buscarlo juntos. Y en ese momento, todo cambió.

No sé si fue la convivencia o qué ocurrió, pero cambió radicalmente. Se volvió violento, se celaba de cualquier cosa que yo hiciera sin él. Muchas veces salía con sus amigos y, cuando llegaba a casa, borracho, se ponía violento conmigo. Quiero decir, estoy segura de que lo que ocurría en aquella casa no era amor, ni un acto de amor, como se supone que debe ser el sexo en una pareja. Él me violó y no una vez, fueron muchas, le daba igual que le dijera que no, que huyera

por la casa o me hiciera la dormida, si él quería, iba a hacerlo. —Sebas agarra más fuerte mi mano y yo no puedo evitar abrazarlo y empezar a llorar.

—Alma, ese tío es un hijo de puta. Tienes que denunciarlo.

—Ha pasado mucho tiempo de eso, quiero olvidarlo todo y ya está.

—No puedes dejarlo pasar, ¿y si se lo hace a otra?

Nunca había pensado en que lo que me había ocurrido a mí podría ocurrirle a otra chica, pero ¿serviría de algo denunciarlo? Él es abogado, su padre también. Y yo no tengo nada, los recuerdos de una convivencia tortuosa, sin testigos, solo éramos él y yo. Nunca me había atrevido a decirlo en alto hasta este momento, ni mis amigas saben de mi infierno.

—No va a servir de nada.

—Eso tú no lo sabes.

—Lo sé, él es abogado, yo no tengo pruebas, ni testigos. Solo servirá para que todo el mundo sepa lo que me ocurrió.

—A veces es suficiente.

—No, no puedo. —Me abraza de nuevo.

—Yo voy a estar aquí para lo que necesites.

—Gracias.

Nos separamos y nos miramos a los ojos, hay algo diferente. Ningún hombre antes me ha mirado así, con ternura, ¿con amor? No podía ser eso, Sebas nunca me querría como puede que yo esté empezando a quererlo. Aquello que yo veo no es más que lo que me gustaría ver.

28 Septiembre 2018



Creo que me gusta, chicas.10:05

Luna

Lo sabía. Es que un tatuador cañón vuelve loca a cualquiera.10:06

No es porque esté cañón, Luna. Es porque es un amor, nunca nadie me había tratado como me trata él.

Pero es imposible.10:07

Luna

¿Imposible? No te quiero oír decir eso.10:07

Alma

¿Recordáis que os conté que con las clientas nunca?

Pues yo soy una clienta más.10:08

Luna

No creo que lo seas, vamos, que estáis viviendo juntos, no creo que le proponga eso a cada clienta. Además, si te cuida como dices, ¿será por algo? 10:10

Alma

Igual me ve como una hermana. 10:11

Luna

¿Como una hermana? No creo que sea tan tonto de ver a una chica guapa como tú, como una hermana, Alma. Estoy segura de que tú también le gustas.10:12

Alma

No lo veo tan claro, Luna.10:12

Luna

¿Por qué tengo que estar solo yo aquí cuando necesito el apoyo de las demás?10:13

Alma

Quizás por las horas jaja 10:15

Luna

Tú hazme caso, seguro que le gustas. 10:16

Lo había confesado, era algo real. Sebas me gustaba, pero también era real que no iba a intentar nada con él. No quería que se estropease lo que teníamos y tampoco quedarme sin piso «¿Os imagináis? Él no siente lo mismo que yo y se siente incómodo compartiendo piso conmigo y me pide que me vaya, entonces ¿qué haría? ¿Quedarme en la calle? No, no puede saber nada de

esto. Basta ya de pensar en tonterías, me tengo que ir a trabajar. Esta noche, Sebas vendrá a buscarme al restaurante y veremos una peli, como cada viernes. Esta la escoge él».



Estoy sentado en la terraza del restaurante donde trabaja Alma, queda como media hora para que ella salga, pero quería aprovechar para tomarme una cerveza antes.

—Hola, Sebas.

—Hola —¿Cómo sabía aquella chica mi nombre?

—Soy Susi, te atendí el otro día que viniste a por Alma.

—Ah sí, ¿me puedes poner una cerveza?

—Sí, claro.

No tarda mucho en aparecer con una *Estrella* fría sobre la bandeja y una copa.

—No me hace falta la copa, gracias, la bebo a morro.

—Ya me gustaría a mí rozar esos morros —dice en alto.

—¿Perdona?

—Nada, nada. Igual podíamos quedar un día tú y yo para tomar algo, bueno, un día que no tenga que ser yo la que sirva.

«¿Esto iba en serio? Me estaba pidiendo una cita. ¿Y ahora qué hago? ¿Quizás podría quitarme a Alma de la cabeza con esta tal Susi? Es maja, o lo parece, y no es una clienta».

—Pues sí que estaría bien tomar algo algún día.

—Vale, perfecto, luego te paso mi número.

Susi entra de nuevo en el local y va derecha a la barra donde está Alma. Siento un escalofrío cuando veo que hablan, quizás aquello no ha sido buena idea.



—Tengo una cita con Sebas

—¿Cómo? No puede ser. Si ni os conocéis.

—Le pregunté si quería tomar algo un día juntos y me dijo que sí, así que, sí, tengo una cita con él, Alma. —«¿Cómo puede ser esto?»—. Espero que no te moleste.

—No me molesta, solo somos amigos y compañeros de piso.

—Vale, voy a llevarle mi número —dice cogiendo el ticket y escribiéndolo por atrás.

«Ya sabía que él no quería nada conmigo, pero... ¿cómo puede aceptar una cita con mi compañera de trabajo? ¿No lo ve incómodo? Igual la única tonta aquí soy yo».

Llega la hora de salir y voy hacia Sebas. Justo antes de que nos vayamos sale Susi a hablar con él.

—Espero tu llamada pronto.

—Sí, claro.

Cuando vamos caminando hacia casa, no puedo evitar sacar el tema.

—Así que tienes una cita con Susi.

—No exactamente, tengo su número para ir a tomar algo algún día juntos.

- ¿Y te dijo ella de quedar? —Si es mentira lo de la cita, lo otro también puede serlo.
—Sí. ¿Te incomoda?
—No, para nada, es muy simpática, seguro que lo pasáis genial.



Tengo la esperanza por un momento de que Alma esté molesta por aquella cita que voy a tener con su compañera, pero no, parece que no le importa, y eso me duele un poco, no porque quiera que Alma esté molesta, sino porque por un segundo pensé que igual ella también tenía interés en mí. El resto del camino a casa lo hacemos callados, no paramos ni para coger algo para cenar esa noche. No me atrevo a romper aquel silencio, pero, al llegar a casa, tengo que hacerlo.

—Hoy vemos la peli que yo elija, ¿no?

—Sí, eso toca. —Está seca, igual sí que le molesta un poco, aunque diga que no.

—He pensado que podemos mirar que hay en Netflix y ver la que más chorra nos parezca, necesito unas risas.

—Me parece bien. ¿Qué vamos a cenar hoy?

—No sé, no tengo mucha hambre. ¿A ti qué te apetece?

—Yo tampoco tengo hambre, creo que voy a coger un yogur y listo, ¿quieres uno?

—Vale.

Se levanta y va directa a su habitación. Sale en nada con el pijama puesto, y trae dos yogures de la cocina. Yo ya tengo la película preparada por lo que nos ponemos cómodos.



La película era chorra no, lo siguiente, pero tampoco le hacía mucho caso, me pasaba más tiempo mirando a mi barbudo compañero. No dejaba de darle vueltas a que fuese a tener una cita con Susi, quizás debía yo también salir con alguien, supongo que así sería más fácil olvidarme de él.

Octubre

“Si estás enamorado de dos mujeres a la vez, escoge a la segunda, porque si amaras a la primera, no te hubieras enamorado de la segunda”. Johnny Depp

7 Octubre 2018



No lo había planeado, pero esta semana dije en el trabajo que quería ir al cine a ver “Christopher Robin” y Héctor, uno de mis compañeros, me dijo que él iba a ir a verla con su niña, que si quería podía acompañarlos. No dudé en decirle que sí y pedimos al jefe la tarde del domingo libre, a lo que nos dijo que no había problema, pero que, en otra ocasión, no sería tan fácil.

Hemos quedado directamente en el cine, por lo que tengo que coger el bus 11 que me lleva al centro comercial de Marineda. Quedamos allí porque, aunque sé que hay otros tres cines en esta ciudad, ese es el único al que sé llegar. Cuando subo hasta la última planta me los encuentro allí. Héctor está agachado, con la rodilla apoyada en el suelo hablando con una niña de cabello castaño claro.

—Tienes que portarte bien con ella, ¿vale cariño? —La niña asiente a regañadientes, quizás esto no haya sido una buena idea—. Hola, Alma —dice al verme—. Esta es Carla, mi hija. Carla, esta es Alma, es una compañera de trabajo de papá.

—Hola, Carla, un placer conocerte, ¿tienes ganas de ver la peli? —La pequeña ni me mira y hace un gesto con los hombros como contestación.

—Carla, dile hola. —Ella lo ignora—. Ya he comprado las entradas, si no te importa, esta vez invito yo.

—No hace falta.

—Ya en otra ocasión nos invitas tú.

Pasamos a ver la película y esta es un cúmulo de sentimientos; no puedo evitar reír con las ocurrencias de Winnie the Pooh, ni llorar al ver como Christopher Robin se ha olvidado de su infancia. Héctor me mira y sonrío, se acerca al oído de la pequeña (que se ha sentado entre nosotros) y esta me mira y sonrío también, parece que les ha hecho gracia que me emocione con la película.

Al salir de la sala, Héctor se excusa diciendo que tiene que ir al baño, dejándonos a Carla y a mí solas.

—¿Te ha gustado la película?

—Sí. —La primera palabra hacia mí sale por fin de la boca de la pequeña.

—He llorado un poco.

—Lo he visto —dice burlona—. Papi y yo nos hemos reído de ti.

—¿Os habéis reído de mí? —digo con la mano en el pecho, mostrando el dolor que sus palabras me causan, a la vez que le guiño un ojo. Ella se ríe.

—Bueno, parece que por fin se ha dignado a hablarte esta diablilla —dice Héctor haciéndole cosquillas a Carla.

—Papi, para —dice dándole golpes con las manos.

—Ya paro. ¿Os apetece cenar algo? Ya son las 10.

—No, gracias, no tengo hambre.

—¿Tú, cariño?

—Sí, papi, quiero una hamburguesa.

—Pues creo que tendremos que ir a cenar —dice con una sonrisa.

—Tendremos. —Le sonrío de vuelta.

La verdad es que me siento cómoda con Héctor y su hija, esta acaba de irse al baño y Héctor aprovecha para acercarse un poco a mí y darme la mano.

—Me lo he pasado muy bien contigo hoy, Alma, y a Carla parece que le gustas. Sé que te parecerá extraño, pero me gustaría verte más, con la niña, no le gusta mucho estar con gente desconocida y contigo se ve a gusto. ¿Querías ir al parque un día con nosotros?

—Héctor, me encantaría ir al parque contigo y con Carla, pero no quiero que pienses lo que no es.

—No pensaré nada, solo será una cita si tú quieres que lo sea.

—No será una cita.

—Si es lo que quieres... Pero, Alma, quiero que sepas que me gustas. Y sé que es complicado, tengo una hija, soy mayor que tú, pero a mí no me importaría intentarlo.

—Solo amigos, ¿vale?

—Vale, solo amigos —dice apartándose un poco de mí, pero sin soltar mi mano—, pero estaré aquí por si estás preparada para algo más.

—Papi, ya nos podemos ir.

—Bueno, pues nos vamos. Vamos a dejar a Alma en su casa y luego vamos a dormir a casa de la abuela.

—Yo quiero dormir contigo.

—Sabes que tienes que dormir sola en tu habitación.

—Pero no quiero.

—Venga, eso lo discutiremos al llegar a casa.

—¿Puede venir Alma conmigo detrás en el coche?

—Puedo —digo con una sonrisa. Pues sí, parece que a Carla le he gustado.

Cuando llego a casa, Sebas está tirado en el sofá viendo la tele, lo saludo y me voy directa a la habitación. Este día ha sido muy intenso. ¿Qué voy a hacer ante la declaración de Héctor? ¿Debería ir con ellos al parque o debería cancelarlo? Héctor me ha confesado que quiere algo conmigo, y yo, ¿qué quiero? Héctor es atractivo, y la edad y que tenga una hija me da igual, pero está Sebas, yo lo quiero a él, o al menos lo estoy empezando a querer, y, aunque sea algo imposible no quiero darme por vencida tan pronto.

10 Octubre 2018



Estoy tranquilo en el estudio preparando unos encargos que tengo para la semana que viene cuando escucho abrirse la puerta de la entrada. «Qué extraño, no tengo ninguna cita para hoy». Me voy a la entrada y la veo, no me creo que sea ella, no me creo que esté aquí después de todo lo que pasó.

—Hola, Sebas.

—María. —No puedo articular nada más, sigo incrédulo ante su presencia.

—Bueno, parece que te ha sorprendido verme aquí. Necesitaba verte.

—¿Verme? No creo que pensaras mucho en mí cuando te fuiste dejándome aquí.

—Necesitaba tiempo.

—Siempre necesitas tú las cosas, y nunca piensas en lo que los demás necesitan.

—Sebas, no he venido a discutir, creo que ha sido una mala idea, me voy.

—Sí, vete, como haces siempre.

—Pues mira, mejor no, me quedo. Tenemos que hablar.

—¿Hablar? Creo que tendríamos que haber hablado hace mucho tiempo, ahora ya es tarde.

—Solo es tarde si nosotros lo pensamos así.

—Ahora estoy ocupado, pásate esta tarde por casa, allí podremos hablar.

—Vale.

La puerta se cierra tras ella. María, no puedo creerme que esté de vuelta. Siento cómo mi corazón se acelera como hacía tiempo que no lo hacía. ¿Sigo sintiendo cosas por ella a pesar de los años? ¿De los daños? Quizás es hora de cerrar esa herida.



No pasa mucho tiempo hasta que nuestros horarios vuelven a cuadrar, esta vez sin habérselo pedido al jefe, al menos yo no se lo he pedido. Héctor vuelve a invitarme a ir al parque con Carla, como amigos, y yo acepto. La tarde pasa como si nada viendo cómo Carla juega en el parque; no para de tirarse por una barra similar a la que usan los bomberos en las películas.

—¿Has pensado en lo que te dije el otro día?

—No —miento, sí que he pensado en ello, pero no me gusta nada lo que había pensado, pues no es propio de mí usar a alguien para olvidarme de otra persona.

—Lo que te dije es de verdad, Alma, tú me gustas, y que le gustes a Carla es perfecto para mí.

—Héctor, yo... —Acerca su dedo a mi boca como pidiendo que me quede callada.

—No digas nada, por favor, solo déjame intentarlo. —Y sin que me dé tiempo a reaccionar,

acercas sus labios a los míos y me da un beso casto, sin lengua. Me quedo en shock.

—Creo que debo irme.

—No, Alma, por favor. No lo volveré a hacer.

—Héctor, esto no ha sido buena idea —digo, levantándome del banco donde estamos—. Adiós, despídete de Carla por mí.

Mientras voy de camino a casa no dejo de pensar en lo que acaba de ocurrir, es extraño, pero se me escapa una sonrisa mientras me toco los labios. «¿Puede que me guste Héctor? No puede ser, si me gusta Sebas, ¿te pueden gustar dos personas a la vez? Quizás gustar sí, pero tengo claro que no se pueden querer a dos personas a la vez y yo quiero a Sebas. Lo quiero, ¿no? No lo sé, quizás esto es el destino que me está diciendo que debo olvidarme de Sebas, que es imposible, y me está invitando a tener algo con Héctor».

Al llegar a casa me encuentro con que Sebas está con una chica, están sentados en el sofá. No sé quién es ni qué hace aquí. Sebas mira hacia mí sorprendido, bueno, parece que no me esperaba.

—Alma, ella es María. —¿María? No tengo duda de que ella es María, la ex de Sebas—. María, ella es Alma, mi compañera de piso. —«¿Compañera de piso? ¿Solo soy eso, Sebas?».

—Hola, encantada —dice la ex dándome dos besos.

—Voy a mi cuarto, no os molesto.

«¿Qué hace María aquí? ¿Habrán vuelto? No entiendo nada».



—Un poco rarita tu compañera, ni ha dicho hola.

—Se habrá sorprendido al verte aquí, yo también me he sorprendido esta mañana.

—No traes muchas chicas por el piso, ¿no?

—Eres la primera.

—¿Y cómo es que tienes una compañera de piso?

—Surgió así. Hemos venido aquí para hablar de otra cosa, María.

—Sí, lo sé. No sabes cuánto te he echado de menos, Sebas. —Posa su mano en mi pierna. «¿Lo está diciendo en serio?»—. Sé que no debí irme así, pero lo necesitaba, era una oportunidad que no podía rechazar.

—No contaste conmigo.

—Lo sé, y estuvo mal, pero he vuelto, Sebas, aún te quiero.



No puedo evitar escuchar aquellas palabras. «¿Aún lo quiere? ¿Y él a ella? ¿Sebas tú la quieres?». Aunque sé que no está bien, me acerco a la puerta de mi cuarto para poder escuchar todo mejor.

—Un poco tarde para esto, ¿no? —«Claro que es tarde, no te dejes convencer, Sebas».

—Sebas, ya te dije que nosotros decidimos si es tarde o no. ¿Por qué no lo volvemos a intentar? Sé que tú aún me quieres.

«¿Lo sabe?». Sé que no debo escuchar esta conversación, pero no puedo evitarlo.

- Creo que no es buena idea abrir la herida.
- Yo soy la única que puede curar esa herida.
- No, tú eres quien hizo esa herida.
- Sebas, déjame demostrarte que todavía te quiero. Sé que no me has olvidado.
- En eso tienes razón. No he olvidado nada de lo que pasó entre nosotros, lo malo tampoco.
- Dame una oportunidad. —«No se la des. Sebas, yo también te quiero, no te haré daño».



¿Qué coño estaba haciendo? ¿De verdad me iba a pensar el volver con ella? «Tío, piensa en todo el daño que te ha hecho».

—No sé, no debemos abrir la herida, María.

—Dame una oportunidad, Sebas, no volveré a hacerte daño.

—Vale, ya veremos qué pasa.

—Amor, no sabes lo feliz que me haces. —Me abraza fuerte y me da un beso en los labios. Ese beso hace que algo se remueva en mi interior. «¿No la he olvidado?»—. Ahora tengo que irme, pero mañana nos vemos, tenemos mucho tiempo que recuperar. Te quiero, Sebas, no lo olvides.

—Y yo. —Son palabras vacías, realmente no sé qué siento por ella, quizás la quiera, quizás no. La acompaño a la puerta y, nuevamente, nos damos un beso.

12 Octubre 2018



No tengo muy claro por qué le he dado una oportunidad a María después de todo el daño que me ha hecho, pero quizás es que todavía siento algo por ella, o simplemente pienso que es la única manera de sacar a Alma de mi cabeza. Al ir a la cocina a desayunar me la encuentro allí, con una camiseta que le queda grande, pero no lo suficiente, y deja entrever bajo ella su ropa interior. Creo que olvidarme de ella va a ser más difícil de lo que pensaba, al menos si seguimos compartiendo piso.

—Buenos días, hoy no voy a poder ir a buscarte al trabajo.

—¿Tienes planes?

—Sí, he quedado con María, parece que tengo una cita.

—Bueno, pues no pasa nada, dejamos la peli para otro día. Hoy que tenía un películón para ver.

—Bueno, otro día la vemos.

—Vale.

Acabo el desayuno y me voy para el estudio, no me siento cómodo con Alma en esta nueva situación. «¿Se puede estar enamorado de dos personas a la vez? ¿Quiero a María? ¿Y a Alma?». Demasiadas preguntas y yo sin hallar ninguna respuesta.



La tarde en el trabajo ha pasado como si nada; me siento rara al saber que hoy Sebas no vendrá a por mí, y Susi, mi compañera, no tarda mucho en recordármelo:

—¿Hoy no viene Sebas? Tenía que hablar con él. Todavía no me ha llamado.

—Y dudo que lo haga

—¿Cómo?

—Pues, que hoy Sebas no viene porque tiene una cita, así que dudo que te vaya a llamar a ti.

—Bueno, si es solo una cita puede salir mal. Seguiré esperando su llamada.

«Sí, quizá salga mal y no quede en más que una cita. Es su ex, vamos, yo no volvería con el mío ni de coña, pero a saber qué está pasando por la cabeza de esos dos».



Salimos del cine sobre las ocho, no quería que se hiciera muy tarde y tampoco quería hablar mucho con ella, así que, ni si quiera le digo de ir a cenar, aunque ella parece que no quiere dar la cita por terminada.

—Podíamos ir a tu casa y hablar, Sebas, tenemos una conversación pendiente.

—Sí, ya, pero no sé, no me siento cómodo en casa con Alma.

—No entiendo por qué tienes compañera de piso, si el piso ya está pagado y en el estudio te va bien, ¿no?

—Sí, bueno, surgió así.

—¿Pero Alma no está trabajando?

—Sí, pero saldrá en una hora.

—Tiempo más que suficiente. Venga, vamos para tu casa.

Termino accediendo, no hay quien le diga que no a María, es muy insistente, y cuando entramos por la puerta de mi piso... Empieza a besarme, pero no con delicadeza, lo hace con pasión y revive en mí al hombre que llevaba tanto tiempo escondido.

La cojo en brazos y ella envuelve mi cadera con sus piernas, estoy a punto de tirarla en el sofá cuando me doy cuenta de que Alma podría llegar y encontrarnos allí. Ese pensamiento hace que me dé cuenta de que lo que estoy a punto de hacer no está bien, ni siquiera sé si quiero a esta mujer, pero ella insiste con besos en el cuello y la vista se me nubla. Sigo con ella en brazos hasta mi habitación, la pongo con delicadeza sobre la cama y me quito la camiseta. María se aproxima a mi cinturón y lo afloja, me baja la cremallera y mete la mano en el interior de mis pantalones. Siente mi erección y eso le gusta, por lo que me imita y se quita también la camiseta, no lleva sujetador, por lo que deja sus preciosos pechos al aire. Sigue teniendo el piercing que le hice yo hace años y me abalanzo sobre él. Le beso los pechos, se los agarró con mis manos, mientras ella sumerge una de sus manos en el interior de mis calzoncillos, siento que si no me los quita pronto, los voy a reventar. Parece que ella me lee el pensamiento y tira de mis pantalones y ropa interior, de manera que termina en mis pies.

—No sabes las ganas que tenía de volver a estar así contigo —me susurra al oído.

Yo no digo nada y la beso con pasión, con todas las ganas que tengo de estar dentro de ella. Ella se aparta y se pone de pie para quitarse los pantalones. Yo libero a mis tobillos de ellos y la vuelvo a besar. Quizá sí que siga enamorado de ella, o al menos el deseo parece ser el mismo que hace años. Se acuesta en la cama y me invita a ponerme sobre ella. Seguimos besándonos cuando ella me dice:

—Necesito sentirte dentro de mí.

No hace falta más. Entro lentamente en ella y me abraza con sus muslos; en cada estocada, ambos nos movemos al compás. Ella gime de placer y yo también. Llevo demasiado tiempo sin estar dentro de una mujer y no sé si aguantaré mucho en esta postura, el placer es indescriptible.

—¿Y si te pones tú encima?

—No aguantas así, ¿verdad? —Cómo me conoce.

—No —digo sonrojándome.

Ella accede a ser mi amazona y se pone encima de mí; sé que en esta postura ella no tardará mucho en correrse y yo puedo aguantar un poco más. Siento que su cuerpo se estremece sobre mí y su rostro cambia, está a punto de correrse, por lo que agarro su cintura para ayudarla en sus movimientos. No aguantamos más y nos corremos a la vez. En ese momento me doy cuenta de que no hemos usado condón, como antes, pero ahora no somos pareja, no sé si ella sigue tomando la píldora. «Quizás esto no haya sido buena idea».

—Tranquilo, todavía la tomo. —Parece que esta mujer me lee el pensamiento.

Estoy rendido, por lo que no tardo en quedarme dormido con ella en mi pecho. Parece que hayamos vuelto al pasado, a aquella época en la que María era mi felicidad.



Llego a casa, todo está en silencio, puede que Sebas aún no haya llegado de su cita. Voy a la nevera y cojo un yogur, no tengo mucha hambre, la noticia de esta mañana me ha dejado el estómago cerrado. Me siento en el sofá con el yogur y pongo *Netflix*; necesito un poco de humor en mi vida, por lo que recurro a mi serie para los ratos muertos, *Aquellos maravillosos 70*. Estoy entretenida cuando escucho abrirse la puerta de la habitación de Sebas y allí está, solo con la ropa interior, María. No me lo puedo creer. Siento como un trozo de mí se rompe con esta imagen.

—Perdona, pensaba que estábamos solos. Solo voy a por un vaso de agua.

—Sírvete.

—¿Sabes? Yo vivía aquí con Sebas antes de dejarlo, quizás, ahora que hemos vuelto, tengas que irte.



«¿Vuelto? ¿Han vuelto? Pues claro que han vuelto, ha salido de su habitación casi desnuda. ¿Por qué me tiene que estar pasando esto a mí?».

Escucho voces en el salón, miro hacia la cama y María no está... Ato cabos y: «Mierda, Alma, seguro que ya está en casa». Me visto y salgo de la habitación, las dos están hablando en el sofá, pero no como amigas, más bien parece que María la trate como a una rival.

—Quizás, ahora que hemos vuelto, tengas que irte.

—Claro, no os quiero molestar.

—Alma, tú no molestas.

—Amor, te has despertado. —Se acerca a darme un beso en los labios. Me aparto—. Cariño, ya sabe que estamos juntos, no pasa nada.

—Será mejor que te vayas —pronuncio serio.

—Pero...

—Mañana hablamos, ahora tengo cosas que hacer.

—Vale, voy a la habitación a vestirme.

María se va y yo siento que le debo una explicación a Alma. Me siento a su lado en el sofá y ella se aparta un poco. «Sebas, eres imbécil. Todo por un calentón, esto con 15 tenía un pase, pero ahora...».

—No tienes que irte.

—No estoy cómoda aquí, Sebas.

—Alma, déjame explicarte.

—No tienes nada que explicar, es normal.

«¿Normal? No, no es normal. Lo que ha pasado aquí, no es para nada normal, porque yo no la quiero, ¿o sí? Alma yo te quiero a ti, solo quiero olvidarte». La noto triste y yo me siento un

mierda por ser el causante de su tristeza, por no saber controlarme.

—Fue un error, Alma, no volverá a pasar.



«¿Fue un error? ¿De qué me suena eso? Ah sí, fue lo mismo que me dijo Ricardo».

—Sebas, no fue un error, lo hiciste porque quisiste, y no pasa nada, no tienes que darme explicaciones, solo somos compañeros de piso.

—Pero yo... —Se queda pensativo. «¿Qué quieres decirme, Sebas? ¿Qué me quieres? No, eso es imposible, si no, no te hubieras acostado con ella».

—¿Tú qué, Sebas?

—Nada, déjalo. No te vayas, no volverá a pasar, te lo juro.

—No me digas eso, tú no.



«¿Yo no?». Entonces me doy cuenta, eso es lo mismo que le dijo su ex cuando le fue infiel, le estoy recordando aquel momento. «Alma está sufriendo porque ahora ve en mí un capullo, uno igual que su ex, pero yo no lo soy, ¿o quizá sí? Acostándome con María sin ni siquiera saber si la quiero, todas las dudas que tengo por lo que siento por Alma, por lo que creo sentir por María, me estoy comportando como un auténtico capullo. Alma no merece estar con alguien como yo, merece mucho más».

—Alma, lo siento. No quería decir eso. Lo siento, de verdad. Quédate.

—Por el momento me quedaré.

15 Octubre 2018



Aprovecho que tengo que ir para el trabajo y marco el número de Iria, necesito hablar con alguien y sé que ella ahora está libre.

—¿Alma?

—Iria, necesito hablar.

—Dime, cariño, aquí estoy. —Su voz suena cercana, aunque nos separen cientos de kilómetros. «Cómo necesitaría ahora un abrazo».

—Sebas... Sebas no es como pensaba.

—¿Qué ha pasado?

—Ha vuelto con su ex, o no sé, por lo menos se han vuelto a acostar.

—Oh, Alma, con lo que te gustaba. Cuéntame qué pasó exactamente.

—A ver, un día llegué de trabajar y había una chica en casa, era ella, estaba hablando con Sebas y hablaban de que se echaban de menos, de darse una segunda oportunidad. Yo solo deseaba que le dijera que no, que era tarde, pero le dio una oportunidad y después volvieron a quedar y se acostaron y la encontré en casa, en bragas y haciéndose ver como la dueña de todo. Sebas me dijo que había sido un error, que no volvería a pasar... y... ¿a qué te recuerda eso? Exacto, a Ricardo. No quiero otro Ricardo en mi vida.

—No sé, Alma, yo no lo conozco, pero por lo que me habías contado, parecía buen chico, quizás fue un error de verdad, al fin y al cabo, no tenéis nada.

—Ya, pero ¿cómo sé que no va a seguir con ella?

—Quizás deberías decirle lo que sientes y que él sepa lo que hay. Estoy segura de que tú eres mil veces mejor que la exnovia.

—Si no la conoces.

—Pero te conozco a ti.

—Gracias, cariño. He llegado al trabajo.

—Para cualquier cosa aquí me tienes.

El tiempo pasó lento, muy lento. Mientras trabajaba, no podía evitar pensar en lo que me había dicho Iria, debía decirle lo que sentía y que él decidiera, pero sabiendo lo que había. Aunque no dejaba de pensar en que se había acostado con ella, y ya fuera mera atracción o amor, claro era que había algo. ¿Si no la quiere por qué lo ha hecho? ¿Simple atracción? Podría ser, porque borracho no estaba. Podría haber sido un error de verdad, de esas cosas que surgen sin más. «Deja de justificarlo, Alma, él es el único que puede saber por qué lo hizo, y si de verdad quieres saberlo, tendrás que preguntarle a él».

Salgo del trabajo y voy corriendo a casa, feliz, con ganas, tengo que contarle la verdad. No tengo miedo, porque es lo que debo hacer, pero, abro la puerta de casa y allí está ella, acurrucada en su pecho mientras ven una película. Mi mundo se desmorona. Están juntos, no hay duda.

—Hola, Alma. —Aquellas dos palabras son como un puñal directo a mi corazón—. Estamos viendo una serie, la acabamos de empezar, si quieres la puedes ver con nosotros.

—No, gracias. He quedado.

—¿Alma, estás bien? —Se me han puesto los ojos llorosos, no lo puedo evitar.

—Sí, estoy bien, creo que me ha entrado algo en el ojo —digo secándome una lágrima que se atreve a escapar de mi lagrimal—. Bueno, me voy.

Ya en la calle, sé muy bien a quién llamar.

—Iria, soy yo. —No puedo aguantar más las lágrimas.

—¿Alma? ¿Qué te pasa?

—Está con ella, seguro que está con ella. —No puedo dejar de llorar.

—¿Pero te lo ha dicho?

—No, he llegado a casa y estaban... —Pauso para respirar entre tanta lágrima—. Y estaban en el sofá. —No puedo.

—¿No estarían follando en el sofá? —dice asustada.

—No, estaban acurrucados viendo una serie. —Cojo aire—. Y la muy zorra me ha invitado a verla con ellos.

—Vale, los amigos también ven series. Tú ves series y películas con Sebas.

—Sí, pero no así.

—Bueno, no pasa nada. ¿Dónde estás?

—En la calle, no podía quedarme allí, y ahora no puedo volver.

—¿No tienes a nadie con quien quedar?

—Puede.

—Pues venga, no te preocupes, anda. Te quiero.

Al colgar pienso: «¿Debería llamarlo?». Lo hago.

—Hola, Héctor, soy Alma. Quería preguntarte si te apetece tomar algo conmigo.

—Alma, hola, no me esperaba tu llamada. Ahora mismo estoy haciendo unos recados por el centro, así que estoy cerca, si quieres quedamos por ahí.

—Sí, perfecto.

—¿Quedamos en el obelisco en un rato?

—Vale, hasta ahora.

—Hasta ahora.

Bueno, lo he hecho. He llamado a Héctor, y es verdad que un clavo no saca otro clavo, pero no tengo con quien más quedar en esta ciudad, los gemelos están en la universidad y yo estoy sola, a las siete de la tarde, en la calle. Héctor no tarda en llegar.

—Espero que no lleves mucho tiempo esperando.

—No, tranquilo, acabo de llegar —miento.

—Me sorprendió mucho tu llamada después de lo del otro día, además estabas distante en el trabajo.

—Necesitaba pensar.

—¿Y qué has pensado?

—Que no puedo decir que no a alguien sin darme la oportunidad de conocerlo.

—Entonces, ¿quieres conocerme?

—Sí —miento.

La tarde pasa de forma amena, rápida, y no puedo evitar sonreír estando con él; por unas horas se me olvida todo. No hay lágrimas, ni me acuerdo de ellos. Pero llega la hora de volver a casa y un golpe de realidad me llega al abrir la puerta. Ahí están ellos, Sebas y María, sentados en el sofá, cenando comida china. Decido que lo mejor es no hablar e irme sin más a mi habitación; no estoy preparada para que ellos me confirmen lo que yo ya sospecho, que han vuelto.

18 Octubre 2018



María y yo hemos vuelto, no sé si es lo correcto, porque cada vez que veo a Alma algo se me remueve por dentro, pero lo he hecho, no hay vuelta atrás, y, en realidad, con María estoy bien, como antes, supongo, aunque creo que se pone más cariñosa cuando Alma está por casa, como si marcara territorio conmigo y le hiciese ver a Alma que yo soy suyo. No creo que yo sea de María, ni ella mía, somos pareja, sí, pero eso no nos hace dueños el uno del otro.

A Alma la veo rara, distante, pero es normal, María ni le deja acercarse a mí. A veces es un poco agobiante, y si acabamos de empezar y ya me siento agobiado, no sé si esto será lo correcto. Igual esta segunda oportunidad es una estupidez y debería dejar las cosas como estaban. María en mi pasado y Alma en mi presente, como mi amiga y nada más, porque sigo sintiendo que no puede haber nada más entre nosotros, y ya no es por lo de que fuese cliente mía, que David me hizo ver que era una estupidez, sino porque no creo que ella me vea así. La verdad, ahora mismo no creo que ni me vea como un amigo, parecemos dos desconocidos que comparten piso, sin más.

María se ha mudado a mi piso, a mi habitación, sin permiso. Como ya os he dicho, no se despega de mí, y yo necesito mi espacio.

—Me voy —digo desde la puerta.

—¿A dónde vas?

—He quedado con estos

—¿Puedo ir contigo?

—Vamos a hablar de cosas de tíos, María, no te va a interesar.

—Bueno, pues aprovecharé para ir a mi piso a por más cosas y decirle al casero que lo dejo.

—¿Cómo?

—Que dejo el piso, estoy prácticamente viviendo contigo, así que es estúpido que esté pagando un alquiler.

—¿Y cuándo tenías pensado consultarme eso?

—No hay nada que consultar, solo es traer mis cosas aquí, le dices a Alma que se vaya, y listo. Puedo hablar con mi casero y que le deje el piso a ella, igual paga más que aquí, contigo, pero estará más cómoda y nosotros también, no me gusta cómo te mira.

—Igual es que te mira a ti, pegada a mí como una lapa. Ahora me tengo que ir, no traigas nada, ni hables con tu casero. Lo hablamos cuando vuelva.

—¿Y yo mientras qué hago?

—Queda con tus amigas. —Y cierro la puerta. «Es increíble que esta mujer se esté apresurando tanto, vale que cuando lo dejamos vivíamos juntos, pero esto es un nuevo comienzo, los dos hemos cambiado desde entonces».

Al salir, y ya alejado un poco de la puerta, no vaya a ser que me esté controlando desde el

telefonillo —«Lo sé, esto no es normal»—, les mando un *WhatsApp* a Hugo y David para quedar en la terraza de siempre; no había quedado con ellos antes, pero los necesito y sé que ellos estarán ahí.

Sebas

Quedamos donde siempre, necesito terapia y consejo. 17:16

David

Ya puede ser importante, voy a tener que cancelar un polvo de tarde por verte.17:20

Hugo

Un polvo de tarde? En serio? 17:21

David

Que quieres que le haga, la chavala está sobreprotegida por los padres y ha dicho que se iba a estudiar. 17:23

Sebas

De verdad que es importante. 17:25

Cuando llego, David ya está sentado en la terraza y me informa de que Hugo fue a por tres *Estrellas*; no tarda en llegar con ellas en la mano.

—Tano, estaba ocupado. —Tano es nuestro amigo, el dueño del bar donde quedamos siempre —. ¿Qué es eso tan importante que nos tenías que contar?

—María quiere venirse a vivir conmigo y yo no sé qué hacer.

—No volver con ella, yo te lo advertí. —Es verdad que lo había hecho, siempre me dijo que María estaba loca, que, si alguna vez volvía, me alejara de ella.

—Ya, pero... ¿ahora qué hago?

—Vaya dilema, tío, volver con tu ex, la loca, o dejarla y ser feliz con la pelirroja. La verdad es que es una dura decisión —dice entre risas.

—A ver, tío, no seas así, lo que le pasa a Sebas es algo muy serio, que echó un polvo con la ex y ya no se le despega, no sé, Sebas, debes ser una máquina sexual.

—No tiene gracia, chicos. No sabéis lo agobiante que es María. No sé qué hacer...

—Pues, tío, nosotros no podemos decidir por ti.

—Ya, lo sé. Estoy hecho mierda, creo que lo mejor es que me vaya para casa y hable con ella.

—Pero no quieres ir, tienes miedo, Sebas.

—Sí, lo tengo.

—Yo te digo, la mejor opción es la pelirroja, si no, voy a ir yo a por ella.

—No tiene gracia.

—Tampoco quiero que la tenga, va siendo hora de que siente la cabeza, ¿no? Tú mismo me lo has dicho.

—Con ella no, David.

—Ni para ti, ni para nadie, ¿no? Creo que eso lo debería elegir ella.

Sé que en eso tiene razón, y yo no puedo prohibirle a David estar con ella, pero no puedo evitar que algo me duela dentro solo de pensarlo. Camino a casa, no dejo de darle vueltas a esa conversación que tengo que tener con María, pero que no quiero tener. «¿Por qué volvería con ella? O mejor, ¿por qué te volviste a acostar con ella? Sebas, de verdad, eres estúpido». Con estos pensamientos en la cabeza llego a mi portal, subo, y allí esta ella, tan bonita, sin saber todo lo que pasa por mi cabeza cada vez que la veo. Se da cuenta de mi presencia y sonrío.

—Hola, Sebas.

—Hola, preciosa. —Mierda, se me escapó, y ella sonríe.

—María no está, dijo que tenía que ir a hacer unas cosas a su piso y que tú tenías que hablar conmigo, ¿pasa algo?

—No, no pasa nada. —Me temo que María ha ido a por sus cosas, pese a todo—. Perdona, tengo que hacer una llamada.

Entro en mi habitación y marco su número, todavía me lo sé de memoria. Me cuelga. «Maldita, cógeme el teléfono». Vuelvo a llamar y de nuevo, cuelga. «No puede ser, cógeme el teléfono, joder». Llamo una vez más.

—Cariño, ¿qué quieres?

—¿Dónde estás?

—Tomando algo con las chicas, ¿por?

—¿No has ido a tu piso?

—No, ¿por?

—Alma me ha dicho...

—¿Qué te ha dicho esa? —Intento resistirme ante su provocación.

—Alma me dijo que le habías dicho que ibas a tu piso a arreglar unas cosas.

—Ya, pero al final quedé con las niñas. —Entonces se oye una voz masculina de fondo. «¿Entonces, cuándo va a venir la próxima inquilina?»—: Un momento.

—María, dime la verdad, ¿dónde estás?

—Ya te lo he dicho.

—Esa no era la voz de ninguna de tus amigas.

—Ay, Sebas, hablamos cuando llegue a casa. —Y cuelga.

Sé muy bien que está haciendo y donde está, en su piso con el casero. No me ha hecho caso y se va a mudar, sin ni siquiera hablarlo conmigo, pero no se lo pienso permitir. Abro el *WhatsApp* y, por muy cobarde que sea, le envío un mensaje:

Hoy no duermes aquí. No hay mudanza y no hay más que hablar. Estoy harto de que decidas por mí. 19:43

No tarda en sonar el teléfono. Es ella, le cuelgo. Vuelve a sonar, cuelgo. Dejo el móvil en la habitación y me voy al sofá con Alma.

—¿Todo bien?

—Todo bien. —Sonrío, ella también lo hace.

Estamos sentados en el sofá, viendo uno de esos programas de preguntas que echan por la tarde en la televisión, cuando suena el timbre. Me sobresalto, puedo imaginarme perfectamente quien estará al otro lado del telefonillo cuando lo descuelgue. Ni me muevo.

—¿Quieres que abra yo?

—No, no hace falta, es María.

—¿Ha pasado algo?

—Nada importante, no te preocupes.

Vuelve a sonar, por lo que termino levantándome y, una vez que lo descuelgo, la oigo:

—Sebas, ¿cómo puedes haberme hecho algo así?

—¿Yo? ¿Qué te he hecho?

—Decirme eso por *WhatsApp* cuando te dije que hablaríamos al llegar a casa.

—Sube y hablamos.

Veo a Alma levantarse del sofá y meterse en su habitación, creo que ha entendido que la conversación que se avecina, es seria. Abro la puerta y me siento en el sofá, esperando a que ella

llegue.

—Esto no es serio, Sebas. ¿Cómo pudiste mandarme ese mensaje?

—¿Y qué querías que hiciera? Si no me escuchas.

—¿No te escucho? Sí que te escucho, Sebas. Pensé que querías que todo fuera como antes.

—Sí, pero no necesito que vengas a vivir aquí.

—Bueno, vale, no me vendré de momento y me voy a dormir a mi casa, no te preocupes.

—No hace falta, puedes quedarte.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo estoy —miento. «Eres un calzonazos, tío».

—Vale, pues vayámonos a dormir, estoy cansada.

—Vale.

Puede que acabe de desaprovechar una oportunidad perfecta para dejarlo, pero tampoco estoy seguro de ello, de nada. Solo quiero volver atrás y que esa tarde de pasión nunca pasara, porque todo empezó esa tarde.

Ya en la cama no dejo de darle vueltas a todo esto. «¿Alma? ¿María? ¿De verdad hay algo que pensar? ¿Es una duda real? ¿Es Alma una opción? ¿Quiero intentar con Alma algo más que una amistad? ¿Querrá ella algo conmigo? ¿Lo habrá querido alguna vez? ¿Y si volviendo con María he perdido toda oportunidad con Alma?». Tanta pregunta y tan poca respuesta, no sé qué hacer, no sé nada, parezco filósofo, no hago más que hacerme preguntas sin darle respuesta a ninguna. María se acerca a mí y comienza a besarme, pone su mano sobre mi erección y maldigo que mi cuerpo reaccione así a ella en estos momentos, pues, aunque le diga que no quiero nada con ella, ella sabe muy bien lo que mi cuerpo necesita y, una noche más, me dejo llevar por el deseo que ella me hace sentir.

20 Octubre 2018



Pese a todas las dudas que tengo en la cabeza, todo sigue igual, yo sigo con María y Alma sigue en casa. Por suerte, pude parar la mudanza exprés de María y hoy vamos a salir todos juntos, como si no pasara nada, como si fuéramos felices, y quizás ellas lo son, aunque yo esté lleno de dudas.

Suena el timbre de casa, es María, lo sé. Abro sin ni siquiera preguntar y dejo la puerta abierta para que entre en cuanto suba. Estoy poniéndome una camisa blanca en mi cuarto cuando entra. Siento que me devora con la mirada.

—Estás guapísimo —dice acercándose a mis labios.

—Gracias, tú también estás muy guapa. —Y no miento, no puedo negar que María es guapísima. Su cabello marrón, recogido en una trenza de lado, le queda genial. Lleva un vestido ajustado de color negro con toda la espalda con encaje—. Espérame en el salón, enseguida salgo.

—Puedo esperar aquí, no voy a ver nada que no haya visto antes. —Se acerca a mí y pasa su mano por mi pectoral. Me siento incómodo.

—No es el momento, tenemos que irnos.

—Venga, podemos jugar un poco antes.

—María, no. Tenemos que irnos, quedé con los chicos, y Alma está preparándose también.

—¿Alma viene con nosotros?

—Claro, ¿por qué no iba a venir?

—Pues no sé, es tu compañera de piso.

—Y mi amiga.

—No sabía que erais amigos...

Un golpe en la puerta.

—Sebas, ¿estás listo? Nos están esperando.

—Ya vamos —contesta María.



No sabía que María estaba aquí, no escuché que llamara a la puerta, quizás tenga llaves. Me alejo de la puerta y me voy a mi habitación, puede que salir haya sido una mala idea.

—Alma, ya estamos, ¿vienes? —Escucho la voz de Sebas al otro lado de la puerta.

—Voy. —«Es tarde para dar marcha atrás».

Salgo y ahí están los dos, tan perfectos. María lleva un vestido negro ajustado que le queda genial y Sebas... él está increíble. Lleva unos vaqueros oscuros y una camisa blanca con la que se

le transparentan algo los tatuajes. Me abalanzaría sobre él si María no estuviera aquí. Bueno, en realidad, aunque ella no estuviera tampoco lo haría, Sebas y yo solo somos amigos, simples compañeros de piso, que nunca pasarán a otro nivel por mucho que yo lo desee.

Llegamos al Pelicano y allí están Hugo y David, los amigos de Sebas. David se acerca a mi oído y dice:

—Alma, ¿quieres tomar algo conmigo? Te invito.

—No, gracias. —Veo como Sebas nos está mirando y cambio de idea—. Bueno, vale, podemos tomarnos unos chupitos, ¿te parece?

—Me parece perfecto, pelirroja, la noche es joven —dice guiñándome un ojo; parece que quiere jugar y yo también.



—Sebas, ¿qué te pasa? Llevas toda la noche como ausente. Vamos a bailar, me canso de estar aquí sentada, no sé para qué quieres salir si después te pasas el tiempo sentado.

—Sí, perdona, vamos.

Llevo toda la noche observando a David y a Alma. Empezaron por unos chupitos y después se fueron a la pista, están muy pegados y no sé muy bien que es lo que hace mi amigo con ella, no puede usarla como a las otras, a ella no. Entonces recuerdo la conversación que tuvimos:

—*Yo te digo, la mejor opción es la pelirroja, si no, voy a ir yo a por ella.*

—*No tiene gracia.*

—*Tampoco quiero que la tenga, va siendo hora de que siente la cabeza, ¿no? Tú mismo me lo has dicho.*

—*Con ella no, David.*

—*Ni para ti, ni para nadie, ¿no? Creo que eso lo debería elegir ella.*

«¿Y si lo decía en serio? ¿Y si está intentando ligarse a Alma? No puede ser, joder, no puedo perderla».

—Sebas, mejor me voy. No sé qué te pasa, pero no estás aquí, y estoy harta. Me voy a casa, cuando quieras hablar, llámame.

María se marcha y a mí me da igual, porque mi mente solo está pensando una cosa, y es que David quiere quitarme a Alma y no lo puedo permitir. Me dirijo hacia ellos y le digo a David que me acompañe fuera, él se disculpa ante Alma y me acompaña.

—¿Qué pasa, neno?

—¿Qué, qué pasa? ¿Qué coño estabas haciendo?

—Pues, bailar.

—Con ella.

—Sí, bailaba con Alma, ¿y qué pasa? No es tuya, Sebas, no es de tu propiedad y tú estás con María, no sé qué coño haces con ella, pero lo estás.

—Ya, sí, pero no quiero que le hagas daño.

—No le voy a hacer daño, solo estábamos bailando. Ella es lista, aunque quisiera, no me la podría llevar a la cama.

Ante su respuesta, no puedo evitar pegarle un puñetazo, no puedo entender que mi mejor amigo se quiera acostar con la chica que me gusta, porque sí, no puedo negar que ella me gusta, por mucho que intente negarlo, no puedo.

—Tío, ¿qué coño haces? —dice mientras se sujeta la mejilla—. Decídete de una vez y deja de marearnos a todos. Alma no quiere nada conmigo porque le gustas, y tú eres tan gilipollas que no te das cuenta. ¿Sabes de qué me ha hablado toda la puta noche? De ti. ¿Y sabes qué he hecho yo? Lo mismo. Llevamos toda la noche hablando de ti, de lo buen tío que eres. Y ahora... ¿me pegas una hostia? A ver cómo le explico a Alma que no eres tan pacífico como le he dicho.

—¿Habéis estado hablando de mí?

—Sí, toda la noche, y fue ella la que te metió en la conversación. Sé cuándo le gusto a una tía y cuando no, y te puedo asegurar que a ella le gustas tú.

No puedo creerme lo que me dice David. «Le gusto. Le gusto a Alma y yo soy tan idiota de haber tirado la toalla sin ni siquiera intentarlo, aún peor, soy tan idiota que metí a otra chica en mi cama cuando solo quería estar con ella. Quizás no sea tarde aún y pueda intentarlo con ella, pero primero, tengo que hablar con María». Miro la hora en mi teléfono, las cinco de la mañana, un poco tarde, quizás temprano, para dejar a alguien.

24 Octubre 2018



Con la tontería, hace casi una semana que tome la decisión de dejar a María, pero aún no lo he hecho, desde el sábado no nos hemos vuelto a ver y, aunque le he dicho varias veces de quedar, siempre me dice que no puede. Pero hoy, por fin, me ha dicho que quedemos para comer. Ella quería quedar para comer en un restaurante, pero yo prefiero quedar en casa, prepararle algo y hablar los dos a solas. Alma trabaja, por lo que estaremos los dos solos y puede que así todo sea más fácil.

Estoy cocinando cuando suena el timbre, me acerco a la puerta y la abro. María no tarda mucho en subir. Se acerca por mi espalda y posa sus manos en mis abdominales.

—Te echaba de menos.

—María, tenemos que hablar. —Aparto sus manos de mí.

—¿Pasa algo? —Sé que ella sabe que pasa algo, es lista, y que solo se hace la sorprendida.

—No puedo seguir con esto, que volviéramos no fue una buena idea.

—Es por Alma, ¿verdad?

—No, no es por ella, es por mí, por nosotros. María, yo no te quiero. Te quise más que a nadie en el pasado, pero ya no.

—No me engañes, Sebas, sé que tú la quieres a ella. —Tiene los ojos llorosos, pero no puedo echarme atrás con lo que he hecho—. Me voy.

—¿Y la comida?

—No esperes que me quede a comer. No esperes verme más.



Cuando llego a casa Sebas está viendo la tele. Lo veo sonreír, tranquilo, no parece el chico de esta última semana, como si algo hubiera cambiado.

—Hola —digo apoyando la mochila en el sillón que está libre.

—Hola —dice con una sonrisa—. Ven aquí, la película acaba de empezar.

—¿Y María? ¿No está?

—No, María ya no va a estar por aquí.

—¿Lo habéis dejado? —digo, intentando disimular mi alegría.

—Sí, bueno, la he dejado.

—¿Y eso?

—Prefiero no hablar. Porque no vienes aquí y vemos la película.

—Vale —digo, y me siento a su lado con una sonrisa que no puedo disimular.

Ni corta ni perezosa, me acerco tanto a él que termino posando mi espalda en su pecho. Él no se aparta y yo me coloco lo más cómoda que puedo. «Quizás va siendo hora de decirle lo que siento, como me sugirió Iria».

—¿Te pasa algo?

—No, nada, ¿por?

—Te veo muy pensativa.

—Me gusta pensar —digo sacándole la lengua. «Y si tú supieras lo que pienso, quizás, todo fuese más sencillo».

26 Octubre 2018



Estoy en el trabajo y no puedo dejar de mirar el reloj que hay en la pared. Hoy va a venir a buscarme Sebas al trabajo, como lo hacía antes. Antes de que María llegara y me lo quitara. «Vale, puede que no me lo quitara porque Sebas nunca ha sido mío, pero las noches de película eran muy especiales para mí».

Llega, como siempre, 15 minutos antes de mi hora de salida. Veo que Susi lo saluda con la mano y no puedo evitar sentir algo dentro de mí. Sé que los celos son un sentimiento horrible y que no debo sentirlos, y menos por Sebas, que no es más que mi compañero de piso, un amigo.

Espero a que sea mi hora de salida para acercarme a ellos, llevan un rato hablando, no sé de qué, pero se ríen, como si fueran amigos de toda la vida, como hacemos nosotros.

—Hola, chicos. Ya estoy lista.

—Bueno, yo me voy, espero que esta vez sí que me llames.

—Sí, claro.

Caminamos en silencio hacia casa hasta que paramos en nuestra pizzería de siempre y, al salir, no puedo aguantarme más y le pregunto:

—¿La vas a llamar?

—No sé, puede, por quedar para tomar algo no pasa nada, ¿no?

—No, claro que no.

—¿Estás celosa?

—Claro que no —miento.

—Bueno, no te preocupes, Alma, tú siempre vas a ser mi mejor amiga.

«Su mejor amiga, siempre seré su mejor amiga, nada más». Siento como un pedacito de mí se rompe con esta confesión, ya sabía que no iba a haber nada especial entre nosotros, pero tenía una pequeña esperanza de que, ahora que María y él no estaban juntos, podría haber algo más

Al llegar a casa nos sentamos en el sofá y nos disponemos a ver esa película romántica que teníamos pendiente.

—¿Aún quieres verla? —me dice.

—Claro.

No llevamos mucho tiempo viéndola cuando él pone su brazo sobre el respaldo. Siento que ese es mi momento y me acerco a él, apoyando mi cabeza en su pecho. Qué bien me siento aquí, siento que no quiero que esta película acabe nunca y, la verdad, no le estoy haciendo caso, pero siento que este sueño terminará con la película. Miro hacia Sebas y lo sorprendo mirándome, me sonrojo y miro a la pantalla, siento que él hace lo mismo mientras me acerca más a él.

—¿Te está gustando la película? Estás muy callada.

—Sí, claro, me está encantando.

—Pues yo tengo que decirte que hace un rato que estoy perdido.

—¿De verdad? —Parece que no soy la única que no le está prestando atención.

—Sí. —Aclara su voz—. Alma... —Lo miro en cuanto pronuncia mi nombre—. Hay algo que te tengo que decir. —Me siento, apartándome así de su cuerpo, y lo miro a los ojos, invitándolo a

que prosiga—. Siento mucho todo lo que te hizo pasar María mientras estuvo aquí.

—No te preocupes, entiendo que le molestara mi presencia.

—Ya, pero ella no tenía derecho a tratarte mal, nadie tiene derecho a hacerlo, por nada del mundo.

—No pasa nada.

—Eres tan buena, Alma.

—Tanto que a veces soy tonta.

—No digas eso, nunca.

Sonrí y vuelvo a posarme en su pecho, no quiero hablar más, no quiero pensar más.

—Alma. —Miro para él nuevamente y se queda callado.

Siento que sus labios tiemblan y siento la necesidad de acercarme a ellos, lo hago. Pero justo antes de dar el paso decisivo, retrocedo. «No lo hagas», dice una voz en mi interior.



No sé si lo que acabo de ver ha sido una alucinación provocada por el deseo o si de verdad Alma ha estado a punto de besarme. Me quedo callado y la arropo entre mis brazos. No sé si ella quería besarme o si fue mi deseo de que lo hiciera, pero por el momento, lo dejaré pasar. Si ella no ha dado el paso, yo no debo hacerlo, tengo que respetar sus tiempos, aunque muera de deseo.



Noviembre

“El amor es ciego; la amistad cierra los ojos” Friedrich Nietzsche

1 Noviembre 2018



Llevo esperando este día desde que puse mis pies en esta ciudad, desde que me separé de ellas. Hoy, después de dos meses separadas, las Aliadas vuelven a estar juntas. Aprovechando el puente, mis amigas han decidido hacerme una visita. Me avisaron de un día para otro y tuve suerte de que Sebas y sus amigos tuvieran colchones para todas, pues este fin de semana largo van a quedarse todas aquí, en el pequeño piso de Coruña que comparto con Sebas.

Mis chicas llegarán dentro de aproximadamente dos horas y Sebas se ha ofrecido a llevarme en el coche hasta la estación para que las vaya a recibir y traernos al piso. No puedo evitar cada día sentir más por él, es tan bueno conmigo que, a la mínima cosa que hace, las mariposillas que habitan en mi estómago se manifiestan.

—He llamado a David para que nos acompañe en su coche, en el mío no entraréis todas—. «¿Veis lo que os digo? Es un amor».

—Gracias —digo, sonriendo.

—No hay por qué darlas, pelirroja, estoy deseando conocer a tus amigas.

—Y ellas están deseando conocerte. —Se me escapa, y acto seguido me tapo la boca. Él se ríe.

—¿Les has hablado mucho de mí? —dice levantando las cejas.

—No. —«Si tú supieras que eres el tema principal de conversación en el grupo...», pienso—. Pero quieren saber con quién vivo.

—No vaya a ser que sea un psicópata y tú no te hayas dado cuenta —dice divertido.

—Exacto. —«Creo que he disimulado bien».

Las dos horas pasan como si nada y nos encontramos David, Sebas y yo en el mismo lugar donde hace dos meses me estaban recibiendo los gemelos. Veo llegar el bus y no puedo evitar ponerme nerviosa. Sebas lo nota y apoya su mano en mi hombro para darme seguridad, lo miro con una sonrisa.

Ya casi han bajado todos los pasajeros y ellas no aparecen, me pongo nerviosa. «No puede ser que no estén, me hubieran avisado». Entonces la veo, Luna sale la primera con los brazos en alto y yo salgo corriendo en su busca, me fundo en un abrazo con ella al que se van uniendo las demás. No puedo evitar llorar.

—Os echaba tanto de menos.

—Y nosotras a ti, pelirroja.

—¿Es él? —dice Iria curiosa al fijarse en los dos chicos que nos miran.

—Sí, el de la barba —digo en un susurro.

Todas se giran a verlo y siento que me suben los colores. Mis amigas no saben lo que es disimular. «Solo espero que no se les escape nada de nuestras múltiples conversaciones sobre él; a estas alturas es probable que ellas lo conozcan casi tanto como yo».

—Hola, tú debes ser Sebas —dice Luna sin cortarse un pelo—. ¿Y tú eres...? —pregunta mirando a David.

—Soy David, el mejor amigo de Sebas y, si me lo permites, hoy seré tu chófer.

—Mira que simpático —dice mirándome—. Alma, no me habías hablado de él, es que la pobre

solo sabe hablarnos de Sebas. —«No puedo creerme lo que acaba de decir». En ese momento quiero que la tierra se abra y me trague, pero no puedo hacer más que mirar al suelo mientras siento que me estoy poniendo roja.

Mis amigas me empujan hacia Sebas y David y levanto la mirada para descubrir un Sebas sonriente; parece que el comentario le ha hecho gracia, aunque a mí, ninguna.

—¿Nos vamos?

—Vamos —dice él—. Creo que deberíamos repartir tres para cada coche.

—Sí —asiento—. Luna e Iria pueden venir con nosotros.

—No, no, yo voy con David —dice Luna.

—Sí, ella viene conmigo —dice el nombrado todo feliz. «Si tú supieras como es Luna...».

—Pues entonces... ¿Daniela vienes tú?

—Vale, no me gusta eso de ser la segunda opción después de mi hermana.

—Vamos, Dani, no te celes. Azul y Adela no han dicho nada.

—Venga, vámonos ya y dejad de discutir —dice Iria.

—No discutíamos —sueltan las hermanas a la vez.

La distancia hasta casa de Sebas no es mucha, la verdad es que en esta ciudad todo está cerca, no son las distancias que hay en Madrid y eso es algo que me encanta, la comodidad con la que puedes recorrerla sin depender de un coche.

Sebas y David nos ayudan a subir las maletas, que parece que en lugar de para cuatro días se hayan venido para vivir aquí con nosotros. Movemos mi colchón y el de Sebas para el salón, donde ya hay otro que David trajo de casa de sus padres. Sebas subió un colchón de cama pequeña que tenía en el trastero para dormir estos días en su cuarto y así dejarnos el suyo a nosotras. Durante cuatro días estaremos 7 personas viviendo en un piso de dos habitaciones; si nos grabaran, esto podría ser el Gran Hermano.

—Vamos a ir a dar una vuelta para que así os podáis poner al día, que imagino que hablar por teléfono no será lo mismo que en persona —anuncia Sebas.

—*Chao*, chicas, nos vemos en otro momento —dice David guiñando un ojo.

Hemos colocado las maletas en mi habitación y estamos en el salón, Daniela es la primera en preguntar:

—¿Ha pasado algo más desde el otro día cuando estuvisteis a punto de besaros?

—No, no ha pasado nada, quizás fue mi imaginación la que me hizo creer que él también me quería besar.

—No, tía, yo sigo pensando que un tío que te invita a vivir con él, algo quiere —argumenta Luna.

—Pero volvió con su ex desde que yo estoy aquí, quizá solo fue por amistad, somos amigos.

—Sí, sois amigos, pero no hace ni dos meses que os conocéis —debate.

—Pero él sabía que buscaba piso, simplemente quiso ayudarme.

—Puede que sea un caballero en pleno siglo XXI que vio una damisela en apuros y la quiso ayudar sin ninguna doble intención, pero... ¿y si dejó a la ex porque siente cosas por ti? —interviene Iria.

—Chicas, estáis montándoos una película en la cabeza que no tiene nada que ver con la realidad. Simplemente, Sebas es un cacho de pan que quiere ayudarme.

—Yo creo que hay algo más ahí, porque sí, un chico y una chica pueden ser amigos, pero en este caso, creo que tú y Sebas estáis destinados a ser algo más —añade Azul, siempre con su misticismo.

—Da igual lo que podamos creer nosotras, la única que puede dar un paso que nos saque de

esta duda es Alma, ¿estás dispuesta a hacerlo?

—¿Os dais cuenta que puedo perder la casa donde vivo? ¿Si lo beso y él se aparta? ¿Si después no podemos ni vernos?

—¿Y si lo besas y te responde al beso? ¿Y si él también tiene el mismo miedo que tú?

—No sé, chicas, no me quiero arriesgar.

—Tú sabrás lo que haces, pero es mejor arrepentirse de lo que hacemos que de lo que nunca nos atrevimos a hacer.

Estamos con esta conversación cuando escuchamos la llave en la puerta, por lo que nos callamos.

—Qué calladas estáis, ¿ha pasado algo?

—No quieras saber tanto, guapo. ¿Y tu amigo? —responde Luna.

—Se ha ido a casa. ¿Queréis dar una vuelta nocturna por Coruña?

—Vale —decimos todas a la vez.

Vivimos en pleno centro, hace frío, pero no llueve, por lo que aprovechamos para dar una vuelta por la Marina, que nos queda a un paso. Allí Sebas nos explica que Coruña es conocida como la ciudad de cristal por las fachadas de los edificios que tenemos enfrente. «Estos edificios de color blanco llenos de cristaleras que dan al mar, son la razón principal de que este lugar sea conocido como la ciudad de cristal». También nos explica que esas edificaciones eran antiguamente los hogares de los pescadores y que, por el otro lado, dan a la plaza más importante de la ciudad, la plaza de María Pita, donde está la estatua de la mujer que hizo alzarse al pueblo contra los ingleses para defender esta bella ciudad y de la que yo tengo la lanza tatuada; no puedo evitar tocármela mientras nos explica toda la historia de esta heroína. Es genial poder saber más sobre ella, pues, algo ya conocía cuando decidí tatuarme algo que representara su fuerza, pero, obviamente, no toda la historia. Sebas me coge la mano y muestra orgulloso el tatuaje que llevo en la muñeca, preguntándole a mis amigas si saben por qué me tatué una lanza. Ellas dicen que por María Pita.

—¿Y conocéis su historia?

—Más o menos —responde Iria—, es que mi familia es de aquí. Mi padre se fue a Madrid a estudiar y allí conoció a mi madre y ya se quedó en la capital, pero el resto de mi familia paterna está en Coruña y alrededores.

—Pues, si me permitís, os contaré su historia. —Todas asentimos y el continúa—: A finales del siglo XVI, Inglaterra quería vengarse de los españoles y hacerse con el dominio de los mares, para eso, Coruña era un punto clave. Cuando las naves inglesas llegaron a nuestra costa, era evidente que los gallegos no nos íbamos a quedar parados, tanto hombres como mujeres se situaron al frente de la resistencia y, entre todos ellos, destacó María Pita. ¿Por qué? Os estaréis preguntando. Pues bien, cuando el ánimo entre los coruñeses disminuía, pues ellos no dejaban de ser marineros, artesanos, agricultores y ganaderos que estaban luchando por defender su hogar, María Pita mató al alférez inglés con una lanza, después de que este matara a su segundo marido. La rabia le pudo y fue en ese momento cuando cogió una bandera y gritó bien fuerte: «¡Quién tenga honra que me siga!».

Convertida en heroína, continuó luchando hasta que los ingleses se retiraron de nuestras costas y emprendieron rumbo a Portugal. Me alegra decir que la reconocieron como “soldado aventajado” y que tuvo una vida larga, pues se cuenta que murió a los ochenta años y que, tras la muerte de su segundo marido, aún se casaría dos veces más.

Nos quedamos boquiabiertas ante esta historia, pues sabía que María Pita había sido importante en la defensa de la ciudad de los ingleses, pero desconocía que tanto. Me sorprende

que Sebas sepa tanto de la historia de esta mujer y me pregunto si será algo que se les enseñe a los niños coruñeses en la escuela

2 Noviembre 2018



Antes de la llegada de las chicas, Sebas y yo habíamos planeado para el día de hoy una visita por la ciudad en la que él nos haría de guía; como ayer hacía buena noche, aprovechamos para enseñarles un poco, pero hoy vamos a enseñarle esos puntos emblemáticos que todo turista debe visitar cuando viene a A Coruña.

—¿Por dónde os apetece empezar?

—Yo quiero conocer la torre de Hércules, ya que es patrimonio de la humanidad.

—Iremos por ahí, pero creo que primero deberíamos dar un paseo por la ciudad.

Aprovechamos que el día nos acompaña y nos dirigimos a la “ciudad vieja”, zona en la que nunca he estado. El suelo nos muestra que esta es una zona muy diferente al resto de la ciudad, pues todo es de piedra; adoquines de distintos tamaños que nos harían imposible la ruta si fuésemos en tacones, por suerte, vamos todas con calzado cómodo —no se puede conocer bien una ciudad en tacones—. Observamos las casas que hay a nuestro alrededor, no hay ninguna que sea demasiado alta y todas son de piedra, parece que fueran diseñadas en la misma época.

—La ciudad de A Coruña fue una ciudad amurallada y ahora mismo os encontráis en el interior de sus muros, todo lo que veis a vuestro alrededor data de la época medieval. En verano siempre hay puestos por aquí y una feria que nos recuerda esa época, si venís en verano, no dudéis en visitarla. A la derecha podéis ver un convento de clausura, es bastante importante en la ciudad, sobre todo por la iglesia que tiene cerca, que no es otra que la de Santiago. Se dice que puedes ir desde aquí a Santiago y te darán la compostelana que, por si no lo sabéis, es la condecoración que dan a las personas que hacen el camino de Santiago correctamente, ya sea andando, en bicicleta o a caballo. —Se calla un momento y creo que está sorprendido al ver lo atentas que estamos a sus explicaciones—. Si continuamos por aquí nos encontraremos con la casa-museo de Rosalía de Castro, siendo viernes es probable que esté abierta, por si queréis echarle un vistazo, es gratuita.

Al llegar a la casa entran, pero Sebas se queda fuera y yo decido quedarme con él.

—No sabía que supieras tanto, eres un auténtico guía.

—Es que lo soy.

—¿Cómo?

—Cuando acabé el instituto mi abuela me convenció de que no podía arriesgarlo todo con el mundo del tatuaje, por lo que decidí estudiar un ciclo superior y estudié guía turístico, pero nunca ejercí, me podía el miedo escénico. Aunque viendo lo bien que se me da, creo que podría retirarme como tatuador y ocuparme de los cruceros que vienen a atracar en nuestro puerto durante todo el verano —dice sonriente.

—Como tatuador eres bueno, pero como guía tampoco estás mal —digo sonriendo—. Aunque creo que te mirarían más a ti que a los monumentos.

—¿Y eso?

—Eres una obra de arte en persona —digo ruborizada; él sonríe.

Las chicas no tardan mucho en salir, por lo que Sebas y yo las miramos y hacemos como que no ha pasado nada.

—Si queréis, os enseño la Coruña más moderna.

—Por aquí se está bien —añade Azul—. Me gusta conocer la historia de la ciudad.

—Bueno, pues continuemos por aquí, hay un lugar que me gustaría que conocierais, aunque está mucho mejor de noche, se llama “La tetería”.

—No suena muy interesante —comenta Luna.

—Puede no sonar interesante, pero hacen unas bebidas deliciosas y tienen cachimbas, todo muy exótico, os aseguro que os gustará.

—Bueno, pues vamos —dice Luna.

Y nos encaminamos por una cuesta, de las pocas que se aprecian en la ciudad; es una ciudad pequeña y bastante llana, por lo que es muy cómoda para andar. Llegamos a la entrada de un local no muy llamativo, si no es porque vamos con Sebas ni nos hubiéramos fijado en él. Al entrar nos encontramos con un muchacho tras una pequeña barra, a un lado de esta hay una pequeña pizarra con las bebidas disponibles. Pedimos algo para beber y una cachimba, nos invita a subir por unas escaleras y llegamos a un cuarto decorado con alfombras y cojines. Nos sentamos allí y no tarda mucho en aparecer con todo lo solicitado. La verdad es que es un momento desenfadado, como si fuéramos todos amigos de toda la vida, las risas no cesan y me siento súper a gusto al ver que el chico que me gusta y mis mejores amigas se llevan tan bien, quizá sí que es una buena idea exponerle mis sentimientos a Sebas.

—Sebas, ¿y qué tal estás de amores? —pregunta Luna ni corta ni perezosa.

Él se ríe y contesta:

—Hace mucho que el amor no llama a mi puerta. Solo tuve una relación y salió mal, bueno, iba bien, pero ella se debió cansar de mí y se fue. Luego quiso volver, pero ya nada era lo mismo, yo había cambiado y puede que ella también.

—Entiendo, ¿entonces no hay nadie ocupando tu corazón?

Siento como los ojos de Sebas se dirigen a mí, justo antes de contestar, y eso hace que mi corazón se acelere; si no fuera por la música ambiental puede que este me delatara, como “el corazón delator” del cuento de Poe.

—Puede, no sé, hay cosas que el corazón siente que la razón no entiende. Llevo un tiempo dándole vueltas a unos sentimientos que tengo aquí encerrados, pero todavía no me he atrevido a ponerles nombre.

Siento que mi corazón se acelera más con cada palabra que él pronuncia. «¿Puede ser que esas palabras vayan dirigidas a mí? ¿Está diciendo que siente algo por mí? ¿Por eso me ha mirado antes de hablar?». Hay mil preguntas rondando por mi cabeza, pero ninguna se atreve a llegar a mis labios.

Luna se me adelanta y pregunta:

—¿No sabes lo que sientes por esa chica o tienes miedo a sentir algo por ella?

—Creo que es una mezcla de ambas, soy consciente de que me gusta, es buena, inteligente, guapa... la verdad, es que es la mujer más increíble que he conocido en mis 28 años de vida, bueno, después de mi madre, claro.

Todas reímos ante ese comentario y yo no pude evitar sentir mil mariposas en mi estómago que no dejan de imaginarse que esa chica que Sebas está describiendo soy yo. Estoy segura de que habrá mil chicas con esas características en su vida, pero yo me aferro a la idea de que soy esa chica que le gusta, igual que él me gusta a mí.

—Bueno, creo que después de este interrogatorio va siendo hora de que sigamos con el recorrido. Puede que tengáis algo de hambre, por lo que os voy a llevar a comer pizza a un sitio cerca de aquí donde venden porciones individuales a muy buen precio.

Cuando terminamos de comer una de las pizzas más ricas de nuestra vida, nos dirigimos hacia el paseo marítimo por unas calles que rebosan vida. Es viernes y se nota el aire festivo en el ambiente, me hubiera encantado perderme por alguna de sus tiendas, pero Sebas tiene otros planes para nosotras. Caminamos unos diez minutos por el paseo y la vemos, una torre majestuosa en una pequeña península rodeada de mar. Este está embravecido, las olas dejan mucha espuma al chocar con las rocas, es un auténtico espectáculo. Nos quedamos unos minutos embobadas mirando el oleaje, pero Sebas no tarda mucho en decirnos que debemos continuar; en lo alto de una pequeña cuesta de piedra se encuentra la gigante que protege la ciudad.

—Azul, ya estamos ante un patrimonio de la humanidad, la Torre de Hércules, conocida por ser el único faro romano en funcionamiento. La leyenda que rodea este lugar, y este gran edificio, es la siguiente: los habitantes de este lugar estaban hartos de que el gigante Gerión, como rey de Brigantium, les obligara a entregarles la mitad de sus bienes, incluyendo en estos a sus propios hijos, por lo que pidieron ayuda a Hércules que luchó contra él y lo venció cortándole la cabeza. Bajo esta torre se encuentra la cabeza de Gerión, pues allí donde cayó la cabeza del gigante construyeron la torre de Brigantium, hoy conocida como torre de Hércules, y también fundaron una ciudad llamada Crunia, que actualmente es A Coruña.

Nos quedamos fascinadas ante la leyenda y, a mí por lo menos, se me eriza la piel. Parece un lugar muy especial, y no solo porque está aquí la torre, sino porque esta está rodeada de un montón de monumentos que también quiero conocer.

—Si queréis podemos subir arriba, ya os aviso que hay unas cuantas escaleras, pero desde allí arriba tendréis, sin duda, las mejores vistas de la ciudad.

—Subamos —decimos todas a la vez.

Subimos las escaleras y al llegar arriba siento que tengo que hacer mucho más ejercicio porque me ha costado medio pulmón llegar, y siento tanto calor en mi cara que estoy segura que tendré unos buenos coloretes. Desde nuestra posición se ve toda la ciudad, incluyendo lugares que yo ni conozco. Es una maravilla, estoy segura de que estas vistas son insuperables. De repente, me fijo en Sebas, está cara al mar, con los ojos cerrados, parece en paz. Mis amigas se dan cuenta de que lo estoy mirando y me empujan para que me acerque a él.

—Es increíble. —Sebas abre los ojos ante mi afirmación y sonrío.

—Lo es.

—He tardado demasiado en subir aquí.

—No te creas, yo tardé mucho más la primera vez, tendría unos quince años.

—No me lo creo.

—Créetelo. Fue aquí arriba donde decidí que quería ser guía y mostrar mi ciudad a todo el mundo.

—Te gusta mucho Coruña, ¿verdad?

—Es mucho más que gustar, siento que aquí tengo la paz que necesito, no me imagino viviendo en otro lugar, no me imagino lejos del mar.

Sus palabras me enternecen. Es verdad, esta ciudad tiene algo especial; ahora que la conozco, yo tampoco me imagino en otro lugar, aunque eso signifique no vivir más en la capital.

—¿Qué tal si bajamos? —cuestiona Luna.

—Vamos ahora —grito, con la intención de que nos dejen solos. Sebas me mira extrañado. Voy a hacerlo, voy a confesarle lo que siento.

—¿Ocurre algo?

—No, no pasa nada —digo apoyando mi mano cerca de la suya, nuestros dedos casi se rozan —, solo quería hablar contigo.

—¿Alma, estás bien? —Siento mi voz temblar, y estoy segura que él también lo ha notado.

—No, nada, solo que me preguntaba quién sería la chica de la que hablabas antes.

—Bueno... —Noto cómo traga saliva—. Es una chica espectacular, sin duda la mejor chica que conocí en mucho tiempo. —Deseo que pronuncie un «y está enfrente de mí», pero, sin embargo, dice—: Pero creo que es imposible, no me gustaría arriesgarme y perderla, me rompería por dentro no tenerla en mi vida.

«¿Imposible? ¿Puede considerarme a mí algo imposible? ¿Puedo yo ser esa amiga con la que no quiere romper su amistad? Ya no sé si hace unas horas hablaba de mí o era mi deseo el que me hizo pensar que era así».

Bajamos, y la felicidad que hace unas horas tenía en mí se ha esfumado. Creo que mis amigas lo notan, pues nada más vernos bajar vienen corriendo hacia mí.

—¿Qué ha pasado?

—Me ha dicho que es imposible.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—No lo sé, pero la chica que le gusta es imposible para él.

—No te preocupes, yo creo que tú y él estáis destinados, Alma —dice Luna cogiéndome las manos.

—No lo sé, quiero irme a casa.

3 Noviembre 2018



Alma lleva todo el día rara conmigo; desde la conversación de ayer, no es la misma. No entiendo qué ha ocurrido, solo espero que esta noche, estando todos de fiesta, podamos arreglar las cosas. Aunque no tengo ni idea de que es lo que hay que arreglar, pero no estoy a gusto con ella así.

Llego a casa con su pizza favorita entre las manos, una tropical bien cargada de piña, con la esperanza de que el detalle ablande un poco su corazón.

—Traigo la cena.

Ante esta noticia, las seis chicas salen del cuarto de Alma. Sus caras delatan una conversación dura, de esas que solo tienes con tus mejores amigas y te hacen abrir los ojos ante una realidad que quizás desconocías.

—Pizzaaaaa —grita Luna acercándose al colchón que nos servirá como mesa y sillas para esta ocasión—. Mira, Alma, es de piña, tu favorita.

La nombrada sonríe ante esto, mirándome a los ojos. Siento un poco de paz, pues llevo todo el día angustiado por verla mal. Nos ponemos a comer y, al terminar, yo me quedo recogiendo mientras ellas se amontonan en el baño para arreglarse; es sábado y quiero enseñarles la noche coruñesa.

Salimos de casa y nos dirigimos al puerto, no es que sea mi zona favorita para salir, demasiado pijo suelto, pero creo que es un ambiente que a ellas puede gustarle. Al llegar nos esperan en la entrada David y Hugo, y los saludo con un gesto con la cabeza que ellos imitan.

—Bueno, creo que deberíamos entrar ya, a esta hora es un poco más económico, pues quieren llenar el local y crear ambiente.

Vamos directos a la taquilla y pagamos. Al entrar, las chicas van directas al ropero a dejar los abrigos y yo miro a los chicos. David mira con una sonrisa de oreja a oreja hacia las amigas de Alma y yo sé perfectamente lo que está pasando por su cabeza.

—No lo hagas —le advierto.

—¿Que no haga qué?

—Lo que estás pensando.

—Vamos, no me jodas, tú también viste como me tiraba los trastos el otro día. Está interesada y yo también lo estoy.

—Es amiga de Alma.

—¿Y? ¿Hay alguna ley que me prohíba liarme con la amiga de tu *churri*?

—No es mi *churri*.

—No lo es porque eres gilipollas, yo siendo tú ya me la hubiera tirado hace tiempo. —Ante este comentario, agarro a David por la chaqueta y siento que la ira se apodera de mí—. Lo siento,

lo siento, suéltame, anda.

—No digas cosas así de ella, nunca más.

—Vale, vale, perdona.

Las chicas llegan junto a nosotros y nos encaminamos hacia la pista de baile. Está bastante vacía y el dj está poniendo canciones que ni conozco, probablemente porque en las zonas por las que yo me muevo ponen música más antigua y aquella tiene pinta de ser muy actual. Todo el mundo baila moviéndose a los lados al ritmo de la música, las chicas mueven sus caderas como haciendo una “S” en el aire y yo me siento fuera de lugar. Supongo que Alma nota lo perdido que estoy y, pese al enfado que la acompaña desde el día de ayer, coge mi mano y me invita a bailar siguiendo sus movimientos.

Estoy perdido en sus caderas cuando, por el rabillo del ojo, me parece ver cómo David se va de la pista de la mano de alguien. Miro a mi alrededor y lo sé, se ha ido con Luna. Quiero ir tras ellos, pero me siento muy bien en esta situación y no quiero que Alma se vuelva a enfadar conmigo, aunque, quizás, que mi mejor amigo juegue con su amiga la va a enfadar, pero prefiero dejarle ese problema al Sebas del futuro y disfrutar del momento. La pista se está llenando y cada vez tenemos que bailar más cerca, lo que hace que sea consciente de que Alma podría notar mi excitación si se acerca mucho a mí, por lo que recurro a un básico, me acerco a su oído y le digo:

—Voy a por algo de beber, ¿quieres algo?

—Un agua, por favor.

Salgo de la pista y voy directo al baño, necesito un poco de agua para refrescarme. Me lavo la cara y escucho unos sonidos que llegan desde uno de los baños, no quiero saber quién es, aunque puedo imaginármelo perfectamente. Salgo del baño directo a la barra y, tras pedir un agua y un ron cola, vuelvo a la pista. Al llegar puedo ver cómo Alma baila con sus amigas, se la ve feliz. Me acerco a ella y le entrego el botellín.

—¿Has visto a Luna?

—No.

—Seguro que está por ahí enrollándose con alguno, no tiene remedio.

Sonrío ante ese comentario y me siento tranquilo. Puede que David no estuviera tan desencaminado y los dos se estuvieran buscando esa noche, y si los dos sabían a qué iban, no había ningún tipo de problema por disfrutar. «Ojalá yo tuviese ese valor que tiene David ante el género femenino y fuese capaz de robarle ese beso que tanto llevo deseando a Alma, pero no, yo no soy así y, por eso, Alma y yo solo somos amigos».

9 Noviembre 2018



Está siendo una mañana de lo más movida en el estudio. No solo he tenido que atender a las citas que tenía para hoy, si no que ha venido un montón de gente sin cita a tatuarse a la que no les ha importado esperar para que fuese yo quien les tatuara.

Llega una chica monísima y me pregunta si la puedo tatuar. Le informo que tiene que esperar y se sienta en una de las sillas que hay para ellos, coge una de las revistas de diseños de tatuajes que hay sobre la mesa y la hojea.

Cuando llega mi siguiente cita me informa que ha cambiado de idea y que ya no quiere el diseño que le mostré el otro día, si no que quiere tatuarse una brújula y en cada uno de los puntos cardinales poner la inicial de unos familiares. Acepto, aunque no me gustan los cambios, y observo la imagen que me muestra en su teléfono. Le digo que tiene que ir a la sala de espera mientras hago un nuevo diseño, acepta y va a sentarse junto a la chica que entró hace un rato.

Una vez el tatuaje está listo lo hago pasar, le enseño el diseño y, después de su aprobación, lo invito a acostarse en la camilla. Se quita la camiseta y le paso una cuchilla por el costado, donde están las costillas. Después le calco el tatuaje en la piel y le aviso de que voy a comenzar. Mientras se quitaba la camiseta he visto que tenía un tatuaje de un lobo en el pecho, por lo que no es novato en esto, sabe lo que es el dolor, pues el pecho también es una zona dolorosa, por lo que voy sin miedo.

Una hora y media después hemos terminado. Le echo la crema y se lo vendo para que nada lo roce, le doy unas breves indicaciones de cuidado y se va. Cuando voy a la sala de espera la chica sigue allí.

—Ya puedo atenderte, ¿qué querías?

—Hola, Sebas, me llamo Amaia. Hace tiempo que sigo tu obra en *Instagram* y hoy, después de haberlo pensado durante muchísimo tiempo, me he atrevido a venir. Hace unos meses vi un tatuaje que subiste que me enamoró, era una lanza. —Me quedo atónito, sé perfectamente de que tatuaje está hablando—. Y quería preguntarte si me podrías hacer uno igual.

—No —digo seco—, ese tatuaje fue un encargo especial y no puedo volver a recrearlo.

—Pero... —Veo en su cara la desilusión ante mi negativa—. Hay millones de personas con el mismo tatuaje por el mundo, ¿por qué no puedes hacérmelo también a mí?

—No puedo, lo siento, y siento que hayas estado aquí dos horas esperando para eso, pero no te lo puedo hacer. ¿Quieres alguna cosa más?

—Quizá si podrías hacer algo por mí, ¿podrías darme tu número?

—¿Cómo?

—Sí, vamos, después de estar aquí dos horas, creo que es mejor que me des tu número y cuando me quiera tatuar, pedir cita.

—Es una buena idea, pero puedes pedirme la cita a través de los MD de *Instagram*.

—Ya, claro, pero creo que por teléfono sería mejor.

—No, lo siento, no puedo dártelo. Tienes ahí en la mesa tarjetas del estudio, si prefieres hacerlo por teléfono, ahí te viene el número.

—Bueno... —Siento la tristeza en sus ojos—. No pasa nada, adiós, Sebas. Me moría por conocerte, siento que haya sido así.

Las horas pasan y yo no paro de pensar en esa chica. «¿Qué buscaba? ¿Para qué quería mi número? Porque era evidente que no lo quería para pedir una cita para un próximo tatuaje. ¿Ha sido correcta mi negativa a tatuarla? Igual no estaba bien perder una cliente por negarme, podría crearme mala fama, pero no, no quería hacerle ese tatuaje a nadie más, si lo quería, que se lo hiciese otro, pero yo me niego».

Llega la hora de ir a casa y me alegro de que sea viernes, necesito descansar. Hoy no he podido ir a por Alma a su trabajo, por lo que espero encontrármela en casa al llegar.

—¿Día duro? —pregunta al verme la cara.

—Podía decirse. ¿Has escogido película?

—Sí, hoy nos toca una comedia, a ver si se te alegra la cara.

—Seguro que sí.

Me siento junto a ella en el sofá. No tengo hambre, por lo que, tras decirle que no quiero cenar, ella se dirige a la cocina y coge un yogur. Se sienta de nuevo a mi lado y coge el mando, pone *Netflix* y busca la película.

Llevamos ya un rato viendo la película cuando Alma se apoya en mí para estar más cómoda. En un momento tierno de la película —porque resulta que es una comedia romántica—, ella me mira a los ojos, acto seguido a los labios, y siento que, al igual que se podía predecir en la película que se iban a besar, yo también puedo predecir que Alma quiere hacerlo. «¿Me quiere besar? ¿De verdad me quiere besar?». Me acerco un poco a ella, para mostrarle que yo también quiero, y siento sus labios temblar. Me muero por eliminar esos pocos centímetros que hay entre nosotros.

12 Noviembre 2018



Llevo días dándole vueltas a la noche del viernes, estuvimos a punto de besarnos, pero no fue así. Cuando estábamos a unos centímetros, cuando ya podía sentir el calor de su aliento, retrocedió. «¿Querría besarme de verdad o fue todo imaginación mía?»

El ruido de la puerta del estudio me saca de mis pensamientos. «Qué extraño, si no tengo ninguna cita a esta hora». Al llegar a la entrada la veo, está ahí con una sonrisa, como si no hubiera pasado nada.

—Hola, Sebas.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—Creo que tenemos que hablar.

—Creo que ya lo hablamos todo en su momento, María.

—Pues yo creo que no. No sé qué te pasa, Sebas, pero deberíamos hablar, deberíamos estar juntos, somos almas gemelas. ¿Es que no recuerdas todo lo que hemos pasado juntos?

—Sí, lo recuerdo. Recuerdo, especialmente, cuando me dejaste, cuando te fuiste como si lo nuestro no fuera nada para ti.

—Tenía que irme, no podía perder esa oportunidad, y tú no querías irte de aquí, siempre me has dicho que Coruña es tu hogar.

—¿Qué oportunidad? Te fuiste sin más.

—Sí, pero era joven, cometí errores, pero ahora sé que tú eres todo lo que quiero, Sebas, sabes que nos merecemos otra oportunidad. Nos merecemos ser felices, luchamos durante once años por lo nuestro y, por una pequeña tontería, tirarlo todo por la borda...

—Sí, tienes razón, nos merecemos ser felices y, justo por eso, lo mejor es que no estemos juntos.

—Dime la verdad, la quieres a ella, ¿no?

—¿A quién?

—Sabes de quién hablo, de esa estúpida que vive contigo. Sé que fue ella la que te metió cosas en la cabeza para que me dejases, pero ella te hará daño y nunca podrá quererte como yo lo hago. Es solo una niña y yo soy una mujer.

—María, no tiene nada que ver con Alma. Simplemente, ya no quiero estar contigo.

—Sé que no es así, que es por Alma y me encargaré de ella —dice justo antes de marcharse por la puerta.

«¿Qué hará esta mujer? No entiendo cómo pude estar tantos años ciego, cómo pude estar con alguien como ella durante tanto tiempo. Realmente, doy gracias porque ella se fuera y me abandonara en esta ciudad, como si no fuera nada, porque esta ciudad lo es todo para mí. Todos mis recuerdos felices están aquí, y solamente en este lugar encuentro la paz. Tengo claro que mi

vida está aquí. En sus playas, su gente, sus monumentos. En todos los sitios y todos los recuerdos que esta ciudad tiene para mí».

15 Noviembre 2018



Estoy atendiendo a unos clientes cuando escucho un portazo, miro hacia la puerta y la veo, viene directa hacia mí.

—Tengo que hablar contigo.

—Estoy trabajando, si no te importa, hablamos más tarde.

—No, me vas a escuchar ahora, bonita de cara.

—¿Puedes sentarte? Te atiendo en un segundo, ahora mismo estoy atendiendo a estos señores —digo lo más calmada que puedo.

Se sienta en una mesa cerca de donde estoy. Continúo atendiendo a la pareja mayor que me pidió un café con leche clarito y un chocolate con tres churros. En cuanto les sirvo lo pedido, me acerco a la mesa de María.

—¿Qué querías?

—Mira, bonita, sé de sobra que tú eres la culpable de que Sebas me haya dejado.

—Yo no tengo nada que ver con eso.

—¿No? ¿Segura?

—Segura, no tiene que ver conmigo, yo nunca hablé de nada así con él.

—Bueno, pues ponme un café.

—Ahora mismo.

Le tomo nota a los clientes que acaban de llegar y voy a la barra para preparar el café de María, más lo que me ha pedido la pareja con un niño que acabo de atender. Cuando me acerco a la mesa de María, ella coge mi brazo haciendo que se me caiga el café sobre ella.

—¡¿Qué has hecho inútil?!

—Perdón, ¿por qué me agarraste?

—Ahora va a ser culpa mía que seas una inútil. Quiero hablar con tu jefe ahora mismo.

—Pero, pero...

—¡He dicho que quiero hablar con tu jefe ahora mismo!

Ante estos gritos, mi jefe se acerca a nosotras.

—¿Qué ocurre aquí?

—Pues mire, esta camarera me tiró un café por encima y se atreve a decir que la culpa fue mía.

—No fue así —intento defenderme.

—Alma, ve a la barra, por favor, yo me encargo.

Me voy a la barra y veo como mi jefe habla con María, ella le sonríe y le explica su versión de los hechos, yo, mientras, continúo con mi trabajo como si nada. No sé qué va a ocurrir después de la que me ha montado María, pero no quiero que mi jefe piense que hago mal mi trabajo.

—Alma, ven aquí, por favor —me llama él desde la barra.

—¿Ocurre algo?

—Alma, siento mucho lo que voy a hacer, pero no puedo permitir que montes ningún tipo de espectáculo aquí. La chica me ha dicho que es la novia del chico que viene aquí a buscarte, de Sebas, y que te has metido en su relación y, cuando ella vino a hablar contigo, tú le echaste el café

por encima de la rabia.

—Pero... eso no ha sido así.

—Da igual, no puedo arriesgarme a que esto vuelva a ocurrir. Lo siento, Alma, pero este es tu último día aquí, puedes ir recogiendo tus cosas.

Siento mis ojos húmedos, no puedo echarme a llorar aquí, no pienso ir de víctima, por lo que me dirijo al baño y, una vez cierro la puerta, dejo que todas esas lágrimas salgan de mí. No aguanto más. «¿Cómo ha podido ocurrir esto? ¿Cómo la han podido creer a ella antes que a mí? Entiendo eso de que el cliente siempre tiene la razón, pero ese hombre me conocía, nunca he cometido un fallo en todos los meses que llevo aquí trabajando y, por culpa de una loca, me echan. No aguanto más, tengo que llamar a alguien».

—¿Sí?

—Sebas, soy Alma. María ha estado aquí, ha montado un espectáculo y me han echado del trabajo, ¿puedes venir a recogerme?

—Sí, claro, voy para allá.

Del baño, voy directa al cuarto donde nos cambiamos y tenemos todas nuestras cosas, las recojo y voy junto a mi jefe.

—Ya me voy.

—Siento lo que ha pasado, pero no sería apropiado para el negocio tenerte aquí. Lo siento, Alma.

—Yo lo siento más. Adiós.

Me voy ante la atenta mirada de todos los presentes, siento cómo las lágrimas se vuelven a agolpar en mis ojos, pero no voy a permitirme llorar. No en este momento. Al salir, me voy hacia un lado del establecimiento, cerca de los contenedores donde echamos los desperdicios a diario. Empiezo a escuchar un ruido, como un maullido apagado que proviene de una caja que se encuentra fuera del contenedor. Al abrirla, me quedo atónita, dentro de esta hay un gatito muy pequeño, de color gris y blanco. Lo agarro y lo pongo bajo mi abrigo. «¿Cómo alguien puede haber abandonado a esta criatura en un contenedor?».

—Alma. —Escucho a mi espalda. Me giro y veo en su rostro una sonrisa, similar a la que ponen los protagonistas de una película romántica al encontrarse—. ¿Estás bien? ¿Qué tienes ahí?

—He encontrado un gatito en esa caja —digo señalándola con el codo—. Lo han abandonado.

—Ven, conozco un veterinario que a estas horas aún debe estar abierto.

Caminamos unos 20 minutos cuando Sebas se para enfrente de una puerta.

—Aquí es. —Llama al timbre y nos abren—. Hola, nos hemos encontrado este gatito en la calle —dice, y señala bajo mi abrigo—, y queríamos que le hicieran unas pruebas.

—Sí, claro, pasen.

Cogen al gatito de mis brazos y nos invitan a esperar en una pequeña sala que tienen para ello; mientras, van a hacerle unas pruebas. Pasa una hora cuando la misma chica que se había llevado al gatito sale y nos invita a entrar. Dentro nos encontramos al gatito comiendo de una lata de comida. «Bueno, al menos ya come solo», pienso.

—Quiero deciros que se trata de una gata de, aproximadamente, dos meses. Como ven, come sola, parece que no tiene nada importante, pulgas, pero nada más. ¿Queréis quedárosla?

Nos miramos y sé la respuesta que hay en sus ojos.

—Sí, nos la llevamos.

—Vale, de momento no podemos bañarla, pero sí que le podéis poner un collar antipulgas que hará que se le vayan todas. Le vamos a hacer un pasaporte, ¿cómo la vais a llamar?

—Creo que eso es algo que deberías escoger tú, fuiste quien la encontró.

—Arya, se llamará Arya, como Arya Stark.

—Vale, pues si esperáis un momento, ya os doy todo listo.

Pasa otra hora cuando salimos con la pequeña en brazos y un montón de bolsas. Hemos comprado de todo: comida, arenero, arena... ¡No sabía que un gato necesitaba tantas cosas!

16 Noviembre 2018



Todavía estoy en cama cuando suena mi teléfono, lo cojo sin mirar quien es y una voz al otro lado de la línea me pone los pelos de punta.

—Buenos días, princesa, ¿qué tal te encuentras?

—Ricardo, ¿qué haces llamándome?

—¿No sabes por qué te llamo? ¿No has sentido nada raro estos meses? No sé, ¿te ha bajado la regla?

—No, pero, ¿a qué viene eso?

—Que no lo entiendes, perdona, se me olvidó que estabas inconsciente cuando todo ocurrió. — Me quedo sin habla. «¿De qué está hablando?»—. Cariño, ese día en el hotel nos amamos como hacía tiempo que no hacíamos, estabas tan sumisa, fue un placer volver a estar dentro de ti.

Cuelgo el teléfono; no puede ser cierto, no puede haber sido capaz de algo así. Tapo mi rostro con las manos y me pongo a llorar como nunca antes, no puede ser verdad. No sé cuántas horas pasan pero oigo como Sebas abre la puerta de casa. Salgo de mi habitación y corro a abrazarle sin parar de llorar.

—¿Qué ha pasado Alma?

—Ricardo me ha llamado.

—¿Qué ha dicho ese maldito para que te pongas así?

—Me violó. Ricardo me violó ese día que desaparecí y me desperté en su hotel. Pensaba que no había pasado nada. Lo creí cuando me dijo que me había llevado allí porque me mareé y no sabía dónde vivía, pero no, me llevó allí para abusar de mí. No sé por qué lo hizo, no lo entiendo.

—No puedo parar de llorar entre sus brazos—. ¿Por qué hizo esto, Sebas? ¿Tú lo entiendes?

—No, no lo entiendo, no entiendo por qué vino aquí para joderte la vida, pero las personas como él son difíciles de entender. Tenemos que ir a la policía.

—¿A la policía? ¿Para qué? Hace meses que pasó y yo estaba inconsciente, no recuerdo nada de lo ocurrido.

—Pero él lo confesó por teléfono.

—¿Y? Eso no demuestra nada, la llamada no fue grabada.

—Pero igual que te lo dijo una vez podría hacerlo de nuevo, y ahí lo grabaremos.

—No sé, no quiero saber más de él.

—Alma, lo entiendo, pero no puede salirse con la suya.

—Hay algo más...

En ese momento, suena el timbre de casa. Sebas se separa de mí para abrir la puerta. No puedo creerme quien está allí cuando este la abre.



—¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo.

—Creo que está todo más que hablado.

—Sebas, yo... —Mira a mi espalda y ve a Alma llorando en el sofá—. ¿Podemos ir a otro sitio a hablar?

—No tengo nada que hablar contigo. ¿Cómo te atreves a presentarte aquí después de lo que le hiciste a Alma?

—¿Yo? Yo no le hice nada, fue ella la que me tiró un café ardiendo por encima.

—Mira, no quiero discutir contigo, además, ahora estoy ocupado.

—Claro, corre a consolarla a ella haciéndome a mí parecer la mala.

—Esto no tiene nada que ver contigo —pronuncio mientras cierro la puerta.

Voy de nuevo hacia ella y la abrazo; no sé cómo calmar su dolor. «¿Qué se hace ante una situación así?».

—Sebas, no me dejes.

—No te voy a dejar, ¿pero qué me estabas diciendo antes de que el timbre nos interrumpiera? —pregunto mirándola a los ojos.

—Pues, que Ricardo me hizo darme cuenta de una cosa. —Baja la mirada y ve a Arya a sus pies, la coge en los brazos y la abraza—. Hace dos meses que no me baja la regla.

—Pero... ¿cómo no te has dado cuenta hasta ahora?

—Siempre he tenido una regla muy irregular, por lo que no me preocupo cuando no me viene, y menos, cuando hace meses que no tengo relaciones con nadie —cuenta sonrojada.

—Pero tendremos que saber si estás embarazada, quiero decir, tendrás que saberlo. Voy a por un test a la farmacia.

—Vale.

Salgo a la calle directo a la farmacia, la misma farmacia a la que había acudido alguna otra noche en busca de un *predictor*, ya hace años, pero de aquella noche a esta hay muchas diferencias. En aquel entonces yo era un chico emocionado, pensando que mi novia podía estar embarazada, que quizás iba a ser padre. La situación de hoy es muy diferente, se trata de saber si la chica de la que estoy enamorado está embarazada del monstruo de su exnovio. No hay felicidad en este momento, solo miedo. «¿Qué haría yo si Alma está embarazada? Sé que la apoyaría en cualquier decisión que tomase, pero... ¿podría ser alguien más en su vida si tuviera un bebé?».

Con esos pensamientos llego a la farmacia. El dueño, un farmacéutico entrado en años, me atiende. Le pido el test de embarazo y me mira con una sonrisa en la cara. Supongo que, normalmente, la gente que viene por algo así lo hace con la ilusión de saber si serán padres, pero esa no es mi situación.

Al llegar a casa le entrego la bolsa a Alma, que se encierra en el baño con ella. Cojo a la pequeña Arya en brazos y la espero en el sofá; no tarda mucho en salir con el test en la mano. Se sienta a mi lado, depositándolo en la mesita que tenemos enfrente, y me agarra la mano.

—Ahora solo toca esperar.

Nos veo allí sentados y no dejo de recordar el momento vivido con María hace años en aquel mismo sofá. Yo emocionado pensando que quizás era padre, en formar una familia con ella. Ella con cara de terror, sabía que a ella no le gustaban mucho los niños, pero pensaba que siendo nuestro todo sería distinto. «Sebas, ya ha pasado el tiempo, mira tú que sale». Recuerdo cómo se me abrieron los ojos y la sonrisa que me salió en aquel momento. «Estás embarazada», le anuncié, y ella empezó a negar con la cabeza y a gritar. No entendía aquella reacción. «Sebas, no puedo ser madre, no quiero serlo. Tenemos que ir a abortar». Esas palabras me rompieron el alma, pero yo

no podía obligarla a tener a nuestro hijo, si ella no quería, yo no podía hacer nada. Justo esa semana pedimos cita y, en unos días, ya no quedaba nada de aquella esperanza de formar una familia con ella.

—Ya han pasado los cinco minutos —pronuncia Alma alejándose de mis pensamientos—. ¿Puedes mirarlo tú?

—No estás embarazada —sentencio con alivio. En su rostro, aparece una pequeña sonrisa y sus ojos se ponen vidriosos—. Eh, tranquila —digo abrazándola—. Pagaré por esto, Alma, te lo juro.

—No es eso, es que... —Coge aire—. Sé que si hubiera estado embarazada sería el hijo de un monstruo, pero también sería mi hijo. —Hay tristeza en sus palabras—. ¿Y si nunca puedo ser madre?

La abrazo más fuerte. No entiendo cómo a su corta edad puede tener ese miedo. Le queda toda una vida para enamorarse, para ser madre y para hacer lo que ella quiera.

—No te preocupes por eso ahora y alégrate de que ese malnacido pagará por lo que hizo, porque te prometo que lo hará.

—Gracias por todo, Sebas, no sé qué haría sin ti —anuncia mirándome a los ojos, y lo tengo claro, ella es la mujer de mi vida.

Entonces, sucede. Sin apartar sus ojos de los míos me besa, cerrándolos justo en el mismo momento en que yo lo hago. Es un beso efímero, apenas dura unos segundos, pero deja aún más claros mis sentimientos por ella; estoy completamente enamorado de Alma. Al separarnos, coge a Arya en brazos y la abraza dándole un beso en la cabeza. Quizás el nuestro no ha sido nada más que el resultado de la emoción que siente, pero para mí, lo ha sido todo.

Diciembre

“La Navidad es una necesidad. Tiene que haber al menos un día en el año para recordarnos que estamos aquí para algo más que nosotros mismos.” Arnold Eric Sevareid

1 Diciembre 2018



Después de aquel beso a mediados de Noviembre, la cosa ha seguido como si nada; no hemos hablado del tema y, la verdad, parece que nunca nos hubiésemos besado. Puede que, como creía, fuese por la emoción de saber que no estaba embarazada de aquel ser despreciable, porque, aunque también le había apenado el que no fuese a ser madre —de momento—, le alegraba que aquel monstruo no se hubiese salido con la suya.

Alma, siempre tan dispuesta a todo, se había aventurado a dar clases particulares a niños de primaria, decía que así practicaba para cuando se sacara las oposiciones y, además, se había apuntado a una academia para prepararlas.

Parece que la vida nos vuelve a sonreír. Ni uno ni la otra hemos recibido más noticias de nuestras exparejas desde aquel 16 de noviembre, por lo que no hay motivos para estar tristes. No los había hasta que salgo tarde del estudio y las veo. Las luces de Navidad iluminan otro año más toda la ciudad y, lo que para unos es un momento de felicidad, para mí es la más cruel de las torturas. Odio la Navidad, y no es que sea *el Grinch*, pero es una época llena de malos recuerdos, una época donde las ausencias se notan más y no puedo ni quiero celebrarla. Estas fechas solo son el recuerdo de que, en un pasado muy lejano, fui feliz.

Llego a casa y me encuentro a Alma con un pijama gordito, un moño desenfadado y las gafas que usa para estudiar. Arya duerme a su lado en un cojín. Está delante del ordenador y tomando notas; desde que se ha propuesto sacar la oposición, siempre me la encuentro de esa guisa al llegar a casa. Me causa ternura ver a alguien que lucha tanto por sus sueños, me recuerda al Sebas de hace unos años, el que empezó tatuando en casa a sus colegas y terminó montando uno de los estudios de tatuajes más conocidos de la ciudad. No es por fardar, sino porque es una realidad, yo he luchado por cumplir mis sueños y lo he logrado, por eso estoy seguro de que Alma también logrará los suyos.

—Ya estoy aquí.

—¿Ya? ¿Pero qué hora es?

—Las nueve y media. Veo que llevas todo el día estudiando.

—Sí, he aprovechado que hoy no tenía ninguna clase para estudiar, creo que lo llevo bien. Aún no hay fecha de los exámenes y eso me pone un poco nerviosa, pero los de la academia dicen que serán sobre mayo-junio. Tengo muchas ganas de dedicarme a esto, antes sabía que me gustaba, pero desde que doy las clases sé que es lo que quiero hacer el resto de mi vida. —No puedo evitar sonreír ante esta declaración.

—Serás una profesora estupenda.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Voy a preparar algo de cenar, ¿qué te apetece?

—Algo ligero, no tengo mucha hambre.

Me dirijo a la cocina con una sonrisa tonta en la cara, no puedo evitarlo, me parece que estoy viviendo un sueño con solo tenerla al lado como amiga, como compañera de piso. «¿Qué pasaría si fuéramos algo más?». No puedo evitar rozarme los labios y recordar aquel fugaz beso. Si creyera en la magia de la Navidad, el 31 de diciembre solo tendría un deseo que pedir: compartir mi 2019 con ella; me da igual si es como amigos o como pareja, pero mi vida es mucho más feliz desde que está ella. Y pensar en cómo empezó todo, con un mensaje directo en *Instagram* desde Madrid, una petición sencilla pero llena de sentimientos, un tatuaje con el que ella quería marcar una nueva etapa en su vida, sin darse cuenta de que, desde aquel mismo día, la vida que empezó a cambiar fue la mía.

12 Diciembre 2018



Ha pasado casi un mes desde el día “D”. He decidido llamar así a aquel día en que me enteré de que había sido violada, en el que María vino a casa buscando a Sebas después de haber hecho su fatídica aparición en mi trabajo, cuando había sabido que no estaba embarazada y había sentido una mezcla muy extraña de sentimientos. Estaba aliviada por no estar embarazada de aquel malnacido, pero también tenía miedo de no poder estarlo nunca; mi sueño no solo era ser profesora, también quería ser madre, y la ausencia de la regla por largos períodos sin nada que lo justificase me empezaba a asustar. «¿Y si estaba ocurriendo algo malo en mi cuerpo?». Sabía que tenía que ir al médico, pero quería esperar ya que en enero iría a Madrid a pasar parte de las Navidades con mi familia, pues, albergaba en mí la esperanza de pasar la otra parte con Sebas, pero a nada de las Navidades aún no me había comentado nada sobre estas fechas.

En cuanto a la denuncia, Ricardo no me había vuelto a llamar y yo no quería hacerlo, por lo que no tenía ninguna prueba de aquello que había dicho que había hecho con mi cuerpo. Me sentía sucia desde aquel día, y apenas me había parado a pensar en lo que ocurrió ese mismo día cuando, llevada por la emoción del momento, lo besé. Había sido un beso fugaz, pero me había servido para asegurarme de que estaba enamorada de él, pues, desde aquel día, no dejaba de recordar ese instante. Pero sabía que para Sebas no había sido nada, ni siquiera había comentado nada, como si no hubiera pasado. Quizás era lo mejor, Sebas y yo debíamos ser solo amigos.

Ahora, en Navidad, necesitaba saber qué planes tenía Sebas, si íbamos a decorar la casa... La ciudad estaba toda llena de luces y yo sentía la calidez de la Navidad cada vez que salía a la calle, no podía evitar que me saliera una sonrisa cuando las luces lo iluminaban todo, además, era una gozada salir a la calle a las seis de la tarde y verlo todo iluminado, la ciudad era mucho más especial en estos días.

—Sebas, ¿qué tienes pensado hacer en Navidad?

—Pues, la verdad es que nada, no me gustan estas fechas, la Navidad es una época triste para mí.

—¿No lo vas a celebrar con tu familia?

—No, yo no tengo familia, Alma. —Me quedo congelada ante esta contestación—. Mis padres murieron cuando yo era solo un niño y me crie con mi abuela, que ya hace unos años que también se fue.

—Lo siento muchísimo —digo posando mi mano sobre la suya, quería que supiera que entendía su dolor.

Sebas se levanta del sofá y va hacia una de las estanterías que hay en un lateral de la sala. De allí saca un álbum fotográfico y vuelve a sentarse a mi lado.

—Quiero enseñarte algo.

Abre el álbum y puedo ver un niño feliz de pelo rubio a la taza, de la mano de una mujer, debe ser su madre. En la siguiente, el mismo niño sonriente está en brazos de un hombre con bigote y unas gafas oscuras.

—Ellos son mis padres. En la Navidad de 1997 se fueron a hacer unas compras navideñas y me

dejaron con mi abuela. —Siento cómo se le quiebra la voz, pero, aun así, continúa—: Era ya mediodía, estábamos esperando a que llegaran para comer, cuando sonó el teléfono, entonces no había móviles, por lo que el sonido del teléfono de casa nos asustó. —Coge aire—. Era la policía. Preguntaron a mi abuela si era Ángela Gómez, ante su afirmación, le dijeron que mis padres habían tenido un accidente, se habían salido de la carretera por una mancha de aceite enorme que había tras un accidente que había ocurrido horas antes en el que se vio implicado un camión. —Pasa la página y veo un recorte de periódico—. Esta es la noticia que habla del accidente de aquel camión y de cómo, horas más tarde, una pareja perdía la vida cuando volvían de sus compras navideñas. —Las lágrimas se me agolpan en los ojos, siento unas ganas enormes de abrazarlo—. Mi abuela intentó que yo no odiara la Navidad, mientras ella estuvo conmigo la celebrábamos como homenaje a mis padres, pero ahora que no me queda nadie, no quiero celebrar esta fecha estúpida. Odio la Navidad, las luces y los villancicos absurdos.

No lo puedo evitar y lo abrazo, no soy capaz de articular palabra. Ante este hecho, Sebas se derrumba en mis brazos. Lo abrazo con fuerza y estamos así un buen rato. Cuando nos separamos, se seca las lágrimas con la manga del jersey, me mira a los ojos y dice:

—Gracias.

—No me tienes que dar las gracias, siento mucho haber sacado el tema.

—No lo sientas, llevo muchos años guardándome esto dentro de mí y sacarlo me ha ayudado muchísimo.

Sonrío ante su respuesta y vuelvo a abrazarlo. La tarde continúa como si nada, a pesar de que Sebas odie la Navidad, yo tengo la ilusión de decorar la casa, pero no creo que sea el momento, por lo que decido que solo decoraré mi habitación. Me voy al centro comercial y adquiero una poca de decoración navideña. Al volver a casa, Sebas está sentado en el sofá viendo una película, me ve con las bolsas, pero no dice nada. Voy directa a mi habitación, a donde me sigue Arya que se entretiene jugando con los adornos mientras yo los voy colocando. «Qué bonita ha quedado», pienso al terminar. Sebas viene a mi habitación y ve la decoración y mi cara de felicidad.

—Quizás va siendo hora de que me comporte como un adulto, la Navidad no tiene culpa de que mis padres murieran. ¿Quieres ayudarme a decorar la casa y el estudio?

—¿Lo dices en serio?

—Sí, no quiero que por mi culpa tú no celebres la Navidad, tienes la misma cara que los niños que veo ilusionados mirando las luces por la calle cuando vengo de trabajar, no quiero apagar tu ilusión.

Lo abrazo como una manera muda de demostrarle mi agradecimiento. Parece que, al final, si voy a poder celebrar la Navidad con él como había soñado.

15 Diciembre 2018



—¡Sebas, mira esas bolas, son de Mickey Mouse! —Parece una niña pequeña. Es tan tierna que me dan ganas de comérmela a besos—. ¡Mira, también hay de otros personajes Disney!

—¿Te gustan estas? —digo cogiendo un pack que incluye pequeñas bolas de Navidad con forma de Mickey Mouse y de guantes.

—Me encantan —dice agarrándolas de mis manos—. ¿Tienes árbol de Navidad?

—No, creo que también habrá que comprar uno.

—O dos.

—¿Cómo dos?

—Claro, uno para casa y otro para el estudio.

—Tienes razón, tendremos que comprar dos. —Ella sonríe satisfecha—. También tendríamos que comprar luces, ¿no?

—Sí, un completo navideño —se ríe.

Tras dos horas por los grandes almacenes más conocidos de la ciudad, volvemos a casa; nos espera una tarde llena de trabajo decorativo. Empezamos en el piso y lo primero que hacemos es colocar el árbol. Compramos uno de plástico de color blanco para poder decorarlo con cualquier color y, además, podremos usarlo año tras año ahora que vamos a celebrar más la Navidad en esta casa. Después de montarlo dejo a Alma colocar las bolas mientras yo desenredo las luces que hemos comprado para adornar toda la casa. Una vez finalizamos vamos al estudio, que no está muy lejos. Cuando llegamos me encuentro con mi compañera, Ale, una tatuadora experimentada que lleva siendo mi socia desde hace 8 años. Los dos nos conocimos en un curso de dibujo y nos unió algo muy sencillo: los dos amábamos los tatuajes y teníamos claro que el fin de aquel curso era abrir nuestra propia tienda de tatuajes. Rápido, nos hicimos amigos y nos aventuramos a abrir el estudio juntos y, desde ese día, nos habíamos convertido en equipo y en algo mucho mejor, éramos los mejores amigos. Ella lo sabía todo de mi historia con Alma, le había contado hasta aquel beso inocente que nos dimos, algo que ni si quiera había contado a los chicos.

—Hola, Ale —digo dándole dos besos—. Hemos venido a decorar el estudio.

—¿Decorar el estudio? ¿De Navidad? ¿Tú? No me lo creo —pregunta divertida.

—Sí, va siendo hora de pasar página y volver a amar la Navidad, o por lo menos, tolerarla. —Ante esto, ambas se ríen.

—Hola, Alma, yo soy Ale, Sebas me ha hablado un montón de ti.

—¿De verdad? —pregunta curiosa.

—Es una exagerada, le he contado de ti lo normal, que habías venido aquí a tatuarte y que nos habíamos hecho amigos y estábamos viendo juntos.

—Ah, bueno... —dice con algo de tristeza en su voz.

—Bueno, vamos a ponernos a decorar, no te molestamos, ¿no?

—No, tranquilos, en unos minutos vendrá un cliente y nos iremos atrás para tatuarlo, es uno de esos tatuajes que tanto adoras —dice graciosa—. Parece que se va a tatuar el nombre de su novia.

No tarda mucho en llegar el cliente que nos ha mencionado Ale y ambos se van a la sala de atrás, donde tatuamos. Alma y yo nos quedamos de nuevo solos, en la recepción del estudio, y, con un silencio nada molesto, nos ponemos a colocar las luces en el escaparate. Mientras estoy decorando la sala de espera Alma interrumpe mis pensamientos:

—Sebas, deberíamos montar el árbol, ¿no?

—Claro.

En esta ocasión colocamos un árbol de color verde oscuro y lo decoramos todo de bolas rojas y plateadas, no queremos poner demasiado color aquí, después de tantos años sin que este lugar conociera lo que es la Navidad, no quiero que la gente se asuste al venir, igual piensan que el *Grinch* de la Navidad ha sido poseído por el mismísimo Papá Noel.

Veo la ilusión en los ojos de Alma y me alegro de haberme decidido a celebrarla por ella, es como si fuera su primera Navidad, tiene la misma ilusión en los ojos que un niño ante sus primeras fiestas, como si fuese la primera vez que ve las luces brillar.

—¿Te puedo contar una cosa? —dice con algo de melancolía en la voz. Asiento y ella continúa —: El año pasado no celebré la Navidad, no estaba en un buen momento, acababa de descubrir que Ricardo me había sido infiel, me acababa de mudar a un piso después de estar algo más de dos años viviendo con él y, aunque mis amigas intentaron animarme —dice con media sonrisa en los labios—, no tenía ganas de nada. Me encerré en mí misma esa Navidad, no quería saber de nadie, ni si quiera de ellas, ni de mi familia. Me pasé la Navidad, en realidad me pasé casi todo el tiempo hasta venirme a A Coruña, encerrada en casa, solo salía para ir a trabajar y cuando mis amigas me obligaban a hacerlo. Nunca pensé que una persona a la que quería tanto podría fallarme así, por eso creo que me hundí tanto, porque yo creía ciegamente en él, pero ahora soy una persona diferente, no confío tan fácilmente en la gente, siento que ahora soy más fría, aunque sigo siendo sociable, no me abro con cualquiera.

Ante esta confesión, me quedo mudo, no sé qué decir, por lo que simplemente actúo; la abrazo con fuerza y ella se deja hacer entre mis brazos. En ese momento escucho la voz de Ale que viene con su cliente hacia nosotros, pero no me despego de ese abrazo y no es hasta que ella vuelve de despedir al cliente en la puerta que la suelto.

—¿Os apetece que vayamos a tomar algo? Os ha quedado muy bonito el estudio —dice con una sonrisa cómplice en la cara; no sabe qué ha ocurrido, pero le daba igual.

—Gracias —contesta Alma—, la verdad es que tengo algo de hambre.

—Pues vayamos a tomar algo a un sitio que conozco y que con cada consumición nos dan una tapa rica, ya verás que te gusta el sitio y seguro que Sebas no te ha llevado todavía.

—No hemos ido por ahí mucho, la verdad.

—Pues nada, yo te enseñaré sitios chulos.

—Yo también le he enseñado sitios chulos —respondo haciéndome el ofendido.

—Bueno, pero no tan chulos como los que le puedo enseñar yo —dice guiñando un ojo.

—Bueno, creo que podemos irnos ya a ese sitio que dices.

No tardamos mucho en llegar, es un bar cerca del estudio. Nos sentamos y pedimos tres estrellas. Enseguida nos sirven y, como había dicho Ale, nos ponen tres tapas contundentes.

—Bueno, Alma, ¿qué puedes contarme de mi amigo que no sepa?

—Creo que no puedo contarte nada malo de él.

—Qué pena, me encanta el salseo. Y de ti, ¿qué me puedes contar?

—¿De mí? Creo que no tengo mucho que contar.

—¿Qué te ha hecho venir a A Coruña? Sé que no eres de aquí, que eres de Madrid, pero Sebas nunca me ha dicho por qué te viniste.

—Un cambio de aires. —Noto a Alma incómoda y estoy seguro de que Ale también nota su incomodidad. No entiendo qué pretende mi amiga.

—Es curioso cómo es el destino. Vosotros no os conocíais de nada, en puntos diferentes del mapa, y ahora estáis viviendo juntos después de un tatuaje, tu primer tatuaje si no me equivoco. —Sigo sin entender que pretende esta mujer, pero parece que juega las mismas cartas que David cuando habla de destino. «¿De verdad se creen que a Alma y a mí nos ha unido el destino?».

—No sé, creo que fue simple casualidad. Nos conocimos porque yo buscaba un tatuador en Coruña y llegue a su *Instagram*, igual que podía haber llegado al tuyo.

—Sí, pero llegaste al suyo.

—¿Y?

—No sé, yo creo que el destino os unió, puede que vosotros no lo veáis, pero yo sí lo veo así y sé que no soy la única, ¿verdad, Sebas? —Alma me mira atenta a la espera de mi respuesta.

—Bueno, no eres la primera que habla de eso, David dijo lo mismo.

—¿David? —pregunta Alma sorprendida.

—Yo también me sorprendí, pero al poco de que te viniste a vivir conmigo, David me dijo que creía que estábamos destinados y que yo era estúpido al autoponerme la norma de que las clientas no se tocan.

—Yo también creo que es estúpida, ¿tú qué piensas Alma?

—Pues no sé, creo que lo importante no es cómo hayas conocido a una persona —hablaba bajo, con timidez—, si no lo que viene después. Y que las cosas con María fueran mal no quiere decir que con otra persona que conozcas como clienta van a ir mal igual.

—¿Ves? Es una norma estúpida, todos lo creemos.

No le presto mucha atención a Ale, me ha impactado la opinión que tiene Alma sobre mi norma. Sí, yo mismo me había dado cuenta de que era estúpida; yo era estúpido al pensar que se le podían poner normas al corazón. Pues con mi lucha absurda por no sentir nada por ella había cometido muchísimos errores, y el más grande, volver con María cuando sabía que ya no sentía nada por ella. Quise engañarme cuando es muy probable que en aquel entonces mi corazón ya perteneciese a Alma. «¿Por qué a Alma le parecía estúpida si cuando se lo expliqué pareció entenderlo? ¿Habrá cambiado de opinión por algo? ¿Habrá sido el beso? ¿Y si ese beso también ha significado algo para ella?». Tengo demasiadas preguntas, pero ni una sola respuesta, por el momento.

20 Diciembre 2018



Estamos haciendo las últimas compras navideñas en una zona llena de tiendas en A Coruña. Nos hemos separado y hemos quedado en encontrarnos enfrente de un colegio inmenso que hay aquí al lado.

Estoy contenta, porque este año mi Navidad va a ser muy diferente, no será la primera que paso lejos de mi familia, pero sí la primera que celebro con Sebas y, la verdad, no me gustaría que fuera la última. Estoy feliz, ilusionada, como si fuera mi primera Navidad y, por una parte sí lo es, es la primera Navidad de una Alma que ha dejado la toxicidad de una pareja y que ha decidido ser feliz, sin necesidad de nadie al lado, aunque no puedo negar que me encantaría que Sebas me correspondiese. No dejo de pensar en eso que habían dicho Ale y David de que estábamos destinados, ¿lo estábamos?



No entiendo que me ha hecho Alma, pero después de muchos años tengo ilusión por estas fechas, tanto que me he ido de compras. Quiero comprarle algo especial a ella, pero también a mis amigos, y espero que en estas dos horas aquí encuentre lo que necesito: algo que le haga saber a Alma que la quiero y no solo como amiga.

Me he propuesto algo difícil, pues nunca he sido una persona detallista. Era algo que María odiaba de mí, lo poco “romántico” que era, pero no era una persona de fechas, si no de momentos. Esta vez tengo la ilusión de sorprenderla, de ser detallista con ella, porque de verdad creo que se merece una Navidad bonita, ambos nos lo merecemos y sé de sobra que lo bonito de la Navidad no son los regalos, si no las personas con las que la compartes, pero tengo ilusión por hacer de esta Navidad la mejor de su vida y así, quizás, quiera repetir.

Tras dos horas creo que lo tengo todo listo. He comprado un montón de detalles tontos, cosas que creo que pueden hacerle ilusión; es verdad que no la conozco mucho, pero sí lo suficiente para saber que las cosas que tengo ahora mismo en las bolsas que hay en mis manos, le encantarán.

—¿Puedo saber qué has comprado? —Escucho que preguntan a mi espalda. Al girarme la veo ahí, con su cara de asco. Sé que esta ciudad no es muy grande, pero ¿por qué me la tengo que encontrar en todos lados?

—No te importa.

—No sé, me parece curioso verte aquí, con bolsas, si tú odias ir de compras y más en estas fechas.

—Las cosas cambian.

—Alma, ¿no? Te está manipulando para que celebres la Navidad.

—Alma no me manipula, yo hago lo que quiero.

—Ya, claro, en ocho años juntos nunca has querido celebrar la Navidad por lo de tus padres y ahora llega ella y todo cambia.

—No le hago daño a mis padres por celebrar la Navidad.

—No, le haces daño a tus principios, nunca te ha gustado esta época.

En ese momento la veo, Alma viene hacia nosotros decidida a plantarle cara a María, tienen una conversación pendiente desde el despido.

—Otra vez tú —dice con voz de asco.

—¿Qué quieres, roba novios?

—Yo no te he robado nada, te he dicho mil veces que Sebas y yo solo somos amigos. —Eso duele.

—Sí, María, solo somos amigos, lo nuestro estaba muerto antes de empezar.

—No decías eso mientras follábamos en tu piso. Podéis decir lo que queráis, pero sé de sobra que entre vosotros hay algo, y si no lo hay, acabará habiéndolo. La tensión entre vosotros se ve a leguas.

Y dicho esto, se marcha. «¿Será verdad que hay esa tensión entre nosotros? ¿Seremos nosotros los únicos ciegos que no quieren ver lo que parece que todo el mundo ve?».



—Está como una cabra, ¿verdad? —dice Sebas interrumpiendo mis pensamientos.

—Sí, la verdad. Bueno, ¿ya compraste todo lo que tenías pensado?

—Sí, creo que sí. ¿Tú lo tienes todo?

—No, me falta alguna cosa para mis niñas.

—Si quieres puedo ayudarte, ¿qué tenías pensado?

—Pues no sé, creo que cada una se merece algo único, pues ellas han sido las que más me han apoyado en esta aventura.

—¿Crees que esto es una aventura?

—Lo es, quiero decir, sin su ayuda y su apoyo no me hubiera atrevido a venir, no te hubiera conocido, y seguro mi vida sería muy diferente.

—Quizás más sencilla.

—Sé que sería menos feliz, haberte conocido es de las mejores cosas que me han pasado en los últimos años. —No puedo creerme que acabe de decirle eso.

—Yo agradezco que escogieras A Coruña como destino, que me escogieras a mí como tatuador y que, ya sea por destino o casualidad, ahora estemos aquí los dos juntos. —Parece que la Navidad nos pone sensibles a ambos—. Tengo una idea, ¿y si les hago yo un diseño a cada una relacionado con la ciudad?

—¿De verdad lo harías?

—Claro, pero tengo que pedirte algo a cambio.

—Lo que quieras —respondo ilusionada. Creo que es el mejor regalo del mundo.

—Tienes que ser mi ayudante.

—Pero si yo no tengo ni idea de dibujar.

—No hace falta, serás la *ideadora* y yo el dibujante, ¿te parece?

—Me parece. —Y no puedo evitar abrazarlo.

—Pues venga, vamos a casa.

Al llegar a casa Sebas prepara todas las cosas en el pequeño estudio que tiene allí. Yo me dirijo a la cocina y preparo café para ambos. Estoy muy emocionada. Creo, sin duda, que va a ser el regalo más especial que he dado nunca, y ellas estoy segura que ni se lo imaginan.



Cada diseño me lleva cerca de dos horas, y cuando acabo con las cinco ilustraciones y se las muestro a Alma, veo cómo se emociona; le brillan los ojos.

—Son preciosas, nunca había visto nada tan bonito. Es perfecto, Sebas, mil gracias —dice abrazándome con fuerza.

Aunque ella no lo sepa, la luz que hay en su mirada al verlos es el mejor pago que me puede haber hecho.

—Seguro que les gusta.

—Sí, seguro que sí, no se lo imaginan ni de coña, mil gracias.

—No me las des, me has ayudado mucho a hacerlos.

—Pero si yo solo he preparado café y te he hablado un poquito de cada una de ellas.

—Y eso era lo que yo necesitaba para hacerlos.

—¿Y ahora cómo te pago esto? —Sé que no se refiere solo a los dibujos, sino a todo en general.

—No tienes nada que pagarme, yo te debo muchísimo más.

—Tú a mí no me debes nada.

—Pues tú a mí tampoco entonces.

Ella sonríe y creo que es el momento perfecto para seguir con mi plan navideño. Voy a mi cuarto y cojo mi cámara, una Canon que suelo utilizar para hacer las fotografías de los tatuajes que subo a mi *Instagram*. Hoy, tendrá un uso diferente; voy a llevarme a Alma al centro de la ciudad, donde están esas luces que he aborrecido durante años, y le voy a hacer a Alma las fotos navideñas más bonitas del mundo. Quiero regalarle un álbum de fotos que empiece en esta Navidad, nuestra primera Navidad. ¿Habrán más? Eso no lo podemos saber, pero ojalá.

—Vamos a irnos ahora de casa.

—¿Ahora? Pero si ya es de noche.

—Lo sé, es la hora perfecta para irnos. Venga, abrígate, que hace frío.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ya lo verás cuando lleguemos.

Conforme nos vamos acercando al centro de la ciudad las luces van aumentando y puedo notar que la sonrisa en la cara de Alma también. Una vez allí, saco la cámara que tenía guardada para que ella no adivinara lo que íbamos a hacer y le digo:

—Nuestra primera Navidad tenía que ser algo más que un recuerdo en nuestras mentes. —Le muestro la cámara.

—Eres increíble.

—Tú me haces serlo —digo con total sinceridad, porque María tiene razón, he cambiado y

estoy muy feliz de la persona que estoy siendo gracias a ella.

Le hago varias fotos, ella me hace a mí, e incluso le pido a alguna persona que hay por ahí que nos haga alguna juntos. No le dejo ver ninguna, ni siquiera las miro yo, quiero que se lleve una sorpresa cuando le dé el álbum.

—Enséñamelas.

—No, ya las verás en el momento adecuado.

25 Diciembre 2018



Despierto por el sonido de unos golpecitos en la puerta de mi habitación, seguido de un «Buenos días, ¿puedo pasar?». Como respuesta, un buenos días sale de mi boca. Entra con un jersey de reno con nariz luminosa que me hace reír al instante.

—Estás muy navideño.

—La ocasión lo merece, ¿no? —dice con una sonrisa—. Levántate, creo que nos hemos portado bien, hay varios paquetes debajo del árbol.

Me levanto con la misma ilusión que tenía cuando era niña, es triste ver como con los años esa ilusión se pierde, pero hoy siento que todo es nuevo y diferente, sobre todo para Sebas. Después de la muerte de su abuela no volvió a celebrar la Navidad, y, aun así, sé que la Navidad en esta casa nunca tuvo la alegría ni la magia que se respira en otros hogares.

—Esto es para ti —dice señalando un montón de paquetes de distintos tamaños que hay debajo del árbol.

—¿Para mí? Son muchísimos. ¿Seguro que ahí no están los regalos de todos?

—No, esos son los tuyos. Ábrelos, espero que te gusten.

—¿Hay algún orden?

—No, puedes abrirlos en el orden que quieras.

—¿No quieres abrir tú los tuyos?

—No, de momento quiero disfrutar de como tú abres los tuyos, luego ya los abriré.

Siento ilusión en su voz, en su mirada, y eso me anima a hacerle caso. Puede que, como yo, le haga más ilusión regalar que le den regalos, pero, aun así, espero que mis regalos le gusten. Abro el primer paquete y me encuentro con una pequeña caja, parece de una joyería, pero no tiene ningún símbolo que me haga saber si es de alguna que conozca. Al abrirla me encuentro con una pulsera de hilo con una chapa metálica en la que se lee «Fortaleza». Lo miro y él, viendo preguntas en mis ojos que no me atrevo a pronunciar, habla:

—Es una pulsera hecha a mano por una chica de esta ciudad y, cuando las vi, tuve claro que quería regalarte una. Pensar la palabra a grabar no me costó mucho, pues, desde que te conozco, me has hecho ver que eres una chica fuerte. Aunque pienses que huiste de tu ciudad, eres muy fuerte, lo demostraste presentándote sola a la cita con ese malnacido y, después de que te llamara y te anunciara que te había violado, seguiste siendo fuerte. Creo que eso es algo que te caracteriza, aunque hay muchos más adjetivos con los que te podría definir.

—¿Cómo cuáles?

—Pues, eres buena, amable, risueña, amiga de tus amigos, no eres vengativa... La verdad es que todavía no he sido capaz de ver un solo defecto en ti. —Siento que mis mejillas se sonrojan. «¿De verdad piensa todo eso de mí?»—. Ahora, sigue abriendo los paquetes, que si no van a llegar los demás y aún estás así —dice señalando mi pijama de oso polar.

Río ante su comentario y continúo con el más grande que hay bajo el árbol; no pesa mucho si lo comparamos con su tamaño. Al abrirlo me encuentro una caja y, dentro de esta, un álbum de fotos de color negro en el que se puede leer “Alma de cristal”. Al abrirlo me quedo alucinada pues, en

la primera página, hay una ilustración de una chica muy parecida a mí, vestida con un vestido roto y con una sonrisa en el rostro. En su mano lleva una lanza similar a la que hace unos meses Sebas me tatuó y, debajo del dibujo, una frase: «Levantándome de mis caídas fue como demostré mi fuerza». Sigo pasando las páginas y veo fotos de estos meses aquí, fotos que ni sabía que existían. La primera, una foto de mi tatuaje recién hecho que hizo Sebas para subir a redes sociales. Después, una foto de los dos viendo los fuegos artificiales en Santa Cruz, parece ser que teníamos un *paparazzi*. Las fotos del álbum terminan con algunas de las que tomamos el otro día con las luces de Navidad. Quedan muchas hojas por rellenar en el álbum y entre ellas encuentro un pequeño sobre, miro a Sebas que me invita a que lo abra con un gesto. Dentro una nota escrita de su puño y letra me pregunta: «¿Y si lo rellenamos juntos?». Lo miro y no puedo evitar que las lágrimas que estaban acumuladas en mis ojos caigan por mis mejillas. «¿Es aquello lo que creo que es?». Sebas se asusta ante mis lágrimas y corre a abrazarme.

—Lo siento, no quería ponerte así. —Me suelto de su abrazo y lo miro, está desconcertado.

—Es lo más bonito que han hecho por mí en mi vida.

—¿Te gusta entonces?

—Me encanta, no sabes lo feliz que me has hecho. Sebas, quiero rellenar ese álbum contigo y mil más. —Veo como, ante esta noticia, se acerca a mí sin miedo, coge mi barbilla con dos dedos y me besa. Es un beso dulce, pausado, lleno de amor.

—Tú sí que me haces feliz, pequeña.

Después de un momento así, no tengo ganas de abrir más regalos, solo de estar abrazada a él, pero él me invita a abrir los otros dos paquetes. Como yo también tengo dos regalos para él, le sugiero que los abramos a la vez y él acepta.

Me mira sorprendido cuando abre uno de los regalos y se encuentra con vinilos. Son la discografía completa de su banda favorita de todos los tiempos, *Queen*. Le sonrío y le digo que abra el otro regalo con cuidado, sus ojos parecen salirse de sus órbitas cuando ve la imagen de un reproductor de vinilos en la caja que sostiene.

—Te has pasado.

—¿Yo? ¿Pero tú has visto todo lo que me has regalado? Ojalá, yo hubiera cuidado tanto los detalles como tú —digo, señalándole todo lo que hay sobre la mesa: la pulsera, el álbum y los otros dos paquetes aún sin desenvolver.

—Aún tienes que abrir eso. Pero de verdad, esto es increíble, llevo toda mi vida queriendo algo así, no sé cómo has podido acertar tan de pleno. Y ahora sigue abriendo lo tuyo, anda.

La verdad es que no tengo ganas de abrir los regalos, si no que de lo que tengo ganas es de abrazarlo muy fuerte y llenarlo de besos, pero ya que ha hecho el esfuerzo de regalarme cosas tan bonitas, tendré que mirar que hay en los dos paquetes que me quedan sin abrir. El primero que cojo es blando, como si fuera ropa o algo por el estilo; lo abro y me encuentro con una manta enorme, de estas que son como de borreguito por un lado y de color por otro, solo con tocarla ya se nota que es súper calentita.

—Me encanta —digo abrazándola—. Es achuchable.

—Como siempre te quejas del frío —dice sacándome la lengua.

—Eso es para tener una excusa para acercarme a ti. —Ante mis palabras, me la quita de las manos.

—Pues entonces la devolvemos —dice riendo.

—No, que me encanta. Bajo ella también podemos estar acurrucaditos. —Esta vez soy yo la que le saca la lengua.

—Me parece bien, pero venga, que aún te queda un regalo.

—Ya voy...

Cojo el último paquete y miro a Sebas, que está ansioso porque lo abra, por lo que debe ser el plato fuerte de estas Navidades. Lo abro y me quedo en shock, no me lo puedo creer. Sebas me mira y sonríe.

—¿Te gusta? Pensé que sería perfecto para todas esas aventuras que te quedan por vivir.

—Me encanta, es increíble —digo, abriendo la caja donde viene una Instax mini de color azul hielo, es preciosa.

Sebas se levanta y va a su habitación, no tarda ni un minuto en salir con unos cuatro paquetes en la mano, me los tiende y me dice:

—Aquí tienes papel para unas cuantas fotos.

Sigo en shock, no entiendo cómo puede conocerme tanto en tan poco tiempo, y es verdad que nunca he sido una chica que le dé mucha importancia a los regalos, pero siento que estos están llenos de detalles y significado.

—Gracias, de verdad —digo, acercándome a él y dándole un beso suave en los labios.

Él posa sus manos en mi cintura y me acerca un poco más, haciendo del siguiente beso algo más íntimo, algo más nuestro. La naturalidad que siento al besarlo es increíble. Me siento tan a gusto así que desearía quedarme en este momento para siempre, pero el sonido del telefonillo me hace volver a la realidad.

—¿Pero qué hora es? —digo, maldiciendo para mis adentros a quien sea que haya timbrado.

—Temprano, es imposible que ya sean ellos —dice Sebas mirando la hora en el reloj que tiene en la muñeca.

Se separa de mí y descuelga el telefonillo.

—Hola. —Un silencio, debe estar escuchando lo que dicen al otro lado—. Sí, es aquí, un momento. —Tapa el telefonillo—. ¿Estás esperando algún paquete?

—¿El día de Navidad? No.

—No esperábamos nada hoy, ¿puede decirme el remitente? ¿Que no tiene? ¿Y de dónde viene? ¿De Madrid? Vale, súbalo —dice pulsando el botón, permitiéndole la entrada al repartidor.

Abre la puerta, coge el paquete y me lo pasa antes de firmar. Le da las gracias al repartidor y cierra la puerta.

—¿Qué será?

—No sé, habrá que abrirlo —digo emocionada.



Tengo un mal presentimiento con el paquete que le acaba de llegar a Alma, que venga sin remitente no me parece seguro. Y no me equivoco, pues cuando lo abre y lee la nota que hay dentro, y mira lo que hay, empieza a llorar desconsolada. Yo no sé qué hacer, no entiendo qué pasa.

—¿Qué pasa?

No es capaz de hablar y me pasa la nota que todavía tiene en la mano. La leo: «Feliz Navidad, zorra. Me he cansado de tus tonterías, si no vuelves este enero, difundiré estas fotos que tengo

tuyas». No quiero ver de qué fotos está hablando, ahora que todo estaba bien, ocurre esto.

—Maldito desgraciado, tienes que denunciarlo, Alma. —Ella no para de llorar, por lo que decido callarme y abrazarla hasta que se calme—. ¿Quieres que llame a los chicos y les diga que al final no podemos hacer la comida?

Me mira, se seca los ojos y contesta:

—No, no pienso dejar que nos estropee la Navidad.

—¿Estás segura?

—Sí, no quiero darle una importancia que no merece.

—Bueno, te ha amenazado con difundir fotografías tuyas desnuda, en las que estás inconsciente, drogada... creo que es algo bastante importante.

—Da igual, no quiero hablar de ello, vamos a preparar la comida, que van a llegar y no vamos a tener las cosas preparadas.

Me asusta la frialdad con la que está tratando el tema, pero creo que no es más que una coraza que se ha puesto para superar el momento. Preparamos todo y, sobre las dos de la tarde, suena por primera vez el timbre. Los primeros en llegar son los gemelos, Marcos y Adrián; el timbre suena tres veces más y esta vez son mis amigos, David, Hugo y Ale, los que llegan. Les agradezco que este año hayan cancelado sus planes familiares para estar con nosotros.

—No podíamos perdernos tu primera Navidad —dice David, dándome una palmada en la pierna al sentarse a mi lado en el sofá—. Además, con mi familia tengo que hacerme el formal y no beber mucho, por si mi abuela se escandaliza, aquí soy libre de hacer lo que quiera.

—Tanto como lo que quieras... Yo no pienso aguantarte borracho.

—Venga, Ale, si sabes que soy un amor cuando estoy borracho.

—Eres un pesado, más bien. —Todos nos reímos ante ese comentario y David hace oídos sordos.

—La comida está lista, así que, si queréis sentaros en la mesa, podemos empezar a comer.

Se sientan todos a la mesa y entre Alma y yo colocamos la comida. Todo tiene una pinta deliciosa, la verdad es que ni ella ni yo somos grandes cocineros, por lo que nos decantamos por algo sencillo. Después de la comida, nos animamos jugando al Trivial. Entre unas cosas y otras dan las once de la noche y nuestros amigos se quieren ir, pero Alma parece que no quiere que se acabe esta noche, más bien, sé que no quiere quedarse sola y volver a la realidad, donde un malnacido la ha amenazado con difundir fotos suyas.

—Quedaros un poco más.

—Nos encantaría, preciosa, pero mañana es día de trabajo.

—David, ¿de verdad no te quieres tomar otra?

—Nunca le digo no a una chica guapa, pero Hugo tiene razón, mañana toca trabajar.

—Alma, ha sido un placer estar el día de hoy aquí, y seguro que lo repetiremos un montón de veces, pero mañana tengo un cliente temprano y, por el diseño que me ha propuesto, va a llevarme toda la mañana. Sebas, ¿mañana vas a pasarte por el estudio? —Miro a Alma y la tristeza que vislumbro en sus ojos me deja clara la respuesta.

—No, mañana me quedaré en casa.

—Vale, pues yo me voy, chicos. De verdad, gracias por todo, estaba todo muy rico.

Los chicos se van yendo y Alma y yo nos quedamos solos. «Me voy a dormir» dice, metiéndose en su cuarto, pero soy consciente que esa noche ni ella ni yo vamos a dormir.

31 Diciembre 2018



Pasado el día de Navidad Sebas me acompañó a la policía a hacer la denuncia. Después de mi declaración me dijeron que lo lamentaban pero que no tenían ninguna prueba con la que pudieran acusar a mi ex, ya que la llamada no había sido grabada y la caja que había recibido en mi casa no tenía un remitente, y solo porque en el sello pusiera que venía de Madrid, no podían hacer nada. Nos fuimos a casa como si nada y la cosa quedó ahí. Sebas intentó acercarse a mí en varias ocasiones para hablar, no sé si para consolarme por lo de Ricardo, hablar de lo nuestro, o quizás ambas cosas, pero yo lo alejaba de mí, no estaba preparada para ello, solo quería aprovechar estos días en los que no tenía nada que hacer para estar encerrada en mi habitación y no salir de mi cama.

Pese a mi negativa, Sebas sigue estando a mi lado y, aunque yo esté cerrada a él, mi corazón sigue latiendo y mis sentimientos por él no cesan. Una parte de mí está agradecida de que, pese a mi comportamiento, él no se aleje de mí. Hoy es el último día del año y Sebas viene a mi habitación con la intención de hablar conmigo:

—Hoy es la última noche del año, ¿sigues queriendo salir o le digo a los chicos que nosotros no vamos?

—¿Nosotros? Porque yo me quede aquí no tienes que desperdiciar tu noche.

—No es desperdiciarla, es lo que quiero hacer, estar contigo al empezar el año.

—Vale, pues salgamos, igual me viene bien.

—¿Estás segura?

—Sí.

Sebas se queda callado, pero no se va de mi habitación, siento que quiere decirme algo más.

—Creo que deberíamos hablar. —Por fin se atreve a decir.

—Lo sé, pero no estoy preparada.

—No quiero agobiarte, pero me encantaría saber qué pasa, quiero ayudarte.

—¿Puedo pedirte algo?

—Lo que quieras.

—Abrazame, de verdad, no necesito más.

Él se acerca más a mí y abre sus brazos a la espera de que yo haga lo mismo, me da un abrazo fuerte, de esos que recomponen el alma, y en esos segundos que dura el abrazo siento que quiero que se pare el tiempo, que nos quedemos así para siempre, no quiero saber que pasará mañana, ni siquiera que llegue esta noche. Quiero quedarme en este abrazo.

—Lo siento —digo, mientras me cae una lágrima que no he podido aguantar.

—No hay nada que debas sentir.

—Sí, lo hay, todo esto es culpa mía, si te hubiera dejado acompañarme ese día, si no me hubiera hecho la valiente, nada de esto habría ocurrido.

—No, no te voy a permitir que te echas la culpa porque aquí toda la culpa la tiene él. Él fue el que te drogó. Él que te violó. —Ante estas palabras no lo puedo evitar y me pongo a llorar más fuerte—. Tú no tienes culpa de nada, Alma, él tenía claro lo que quería y no hubiera parado hasta

conseguirlo, puede que ni yo ni nadie te hubiéramos podido proteger de ese monstruo.

Quiero decirle muchas cosas, pero me quedo callada. Siento que puedo cometer el error más grande de mi vida si sigo adelante con mis pensamientos, si le dejo ver todos mis miedos, por eso decido no quitarme la coraza, no estoy preparada para hacerlo, ni siquiera con él, que puede que sea el hombre más fantástico que he conocido en mi vida. Pero, estuve enamorada y lo di todo en el pasado, me abrí sin miedo y me lastimaron como nunca pensé que podrían hacerlo, y menos él, por eso, con Sebas, aun sabiendo que es un chico fantástico, no soy capaz de abrirme del todo.

—¿Quieres que hagamos algo?

—Quiero estar sola.

—Vale —dice acercándose a mí y dándome un beso en la frente—, cualquier cosa que necesites, estoy en la sala.



No me gusta verla así y no sé qué hacer. Me gustaría tanto dar marcha atrás en el tiempo y haber evitado que saliera de casa aquel fatídico día, haberla tenido entre mis brazos mientras veíamos cualquier película o, si lo que ocurrió fue inevitable, me hubiera gustado partirle la cara a ese malnacido cuando tuve la oportunidad, igual eso no hubiera cambiado las cosas, pero yo me sentiría más a gusto. Nunca he sido una persona violenta, pero ese tipo saca lo peor de mí, verla tan dolida, tan rota, no entiendo cómo él pudo hacer algo así. «¿Para qué? ¿para recuperarla? ¿Cómo vas a recuperar a alguien haciéndole daño o con chantajes?».

La puerta de su habitación se abre, veo cómo Arya se levanta de su cojín y corre a su encuentro maullando, Alma la coge y mi corazón se acelera, por un momento tengo la esperanza de que venga a mi lado, pero no, sale de su cuarto y se mete en el baño. Al salir, me giro y la miro, tiene los ojos rojos, parece que no ha dejado de llorar desde que salí de su habitación, quiero abrazarla y me da igual si ella me aparta, así que me levanto y voy hacia ella. Ella se queda inmóvil, a la espera de saber cuál será mi próximo paso, y cuando la recojo entre mis brazos siento que se relaja en ellos. Estoy así por un tiempo, no quiero soltarla y, cuando nos separamos, la miro a los ojos, apartándole el pelo que pretende tapar esa preciosa cara, porque, aunque es posible que ahora mismo ella se vea horrible, yo la veo preciosa. Ella, como si fuera capaz de leer mis pensamientos, me mira con ternura, con seguridad, y acerca sus labios a los míos. Primero es un beso breve, inocente, pero cuando vamos a separarnos, agarro su cintura y la acerco a mí de nuevo. En ese momento el beso es más largo, pero sigue teniendo esa inocencia que solo se ve en los primeros besos. Seguimos besándonos, el ritmo se va acelerando y siento que ella en cada beso está más segura conmigo. Justo cuando la cosa se empieza a caldear, ella se aparta de mí, me mira a los ojos y sonrío. No tengo muy claro el significado de esa sonrisa, pero cuando coge mi mano y abre la puerta de su cuarto, lo veo claro.



Hace unas horas no me creía capaz de hacer lo que estoy a punto de hacer, pero me siento

segura. Sé que yo soy la que lleva el ritmo y quiero hacerlo, no puedo dejar que la sombra de lo que me hizo Ricardo esté siempre ahí. Hace unos meses que estoy segura de lo que siento por Sebas y, aparentemente, él siente lo mismo. Cuando las chicas estuvieron aquí, Luna sacó su tema favorito, el sexo, y me preguntó si me veía con Sebas en ese ámbito, aunque hasta ese momento no me lo había llegado a plantear, pues yo soy de esas niñas Disney que ve el amor como un casto beso y no como lo que en realidad es, entregarse a una persona en cuerpo y alma. Tenía claro, desde ese día, que quería hacer el amor con él, porque estando enamorada de una persona como yo lo estoy de él, no se puede hacer otra cosa que hacer el amor, pero... ¿y si para él solo era sexo sin más? A estas alturas de la historia, ya no tengo dudas. Hoy soy yo la que quiere dejarse llevar.

Vuelvo a besar sus labios caminando lentamente y marcha atrás hacia la cama, no quiero detener los besos ni acelerar el ritmo. Estamos junto a la cama y estoy deseando estar sobre ella con él, en este momento no tengo ninguna duda, igual que no las tuve cuando le conté a mis amigas lo que sentía por él. Nos acostamos en la cama uno junto al otro y no dejamos de besarnos, lentamente, con ternura. Seguimos besándonos y siento que estoy preparada para dar un paso más, por lo que meto mi mano por dentro de su camiseta, tocando sus abdominales. Voy subiendo la mano hacia su pectoral y levanta un poco el torso para que le quite la camiseta. Cuando lo hago puedo ver los tatuajes que decoran su piel, me fijo en ellos, aunque no es la primera vez que los veo, me llama la atención una calavera rodeada de flores, me parece preciosa. Se da cuenta de que estoy mirando cada uno de ellos intentando analizarlos y me dice:

—Llevo muchos años tatuándome, unos me los he hecho yo mismo, otros, claramente no. Son todos muy especiales para mí, sobre todo este —dice señalando la calavera—. Me lo hice a los 16 años, llevaba pensando en hacerlo desde los doce, quería algo en mi piel que simbolizase la muerte y la vida. La calavera representa la muerte y las flores que lo rodean, la vida. Son tres flores, esta —dice, señalando la que hay sobre la calavera—, la puse más tarde, cuando murió mi abuela quise tenerla aquí, junto a las flores que representan a mis padres. También tengo este —dice señalando una cruz de estilo gótico—, que representa también a mi abuela, es la misma cruz que hay en su tumba. A los meses de que mi abuela murió esta cruz empezó a aparecer noche sí noche también en mis sueños y, desde el momento que me la tatué, dejó de aparecer. Sé que puede parecer una tontería, pero yo creo en esas cosas.

—Gracias por abrirte así conmigo —digo cogiéndole la mano.

—Eres la persona con la que más seguro me siento, Alma, nunca pensé que esto me volvería a ocurrir.

Por miedo a lo que vaya a decir, lo beso de nuevo. Él procede a quitarme la camiseta y, en ese momento, me maldigo por llevar uno de los sujetadores más viejos que tengo, pero llevaba desde Navidad encerrada en esta habitación, ¿para qué me iba a arreglar? Pero él parece que no se da cuenta y me sigue besando. Mete su mano por debajo del sujetador y me acaricia el pecho. Besa mi cuello y baja poco a poco hacia mi pecho, besa mi escote y, tras esto, me desabrocha el sujetador con una sola mano para pasar su lengua por mis pezones. Comienza con uno mientras manosea con su mano el otro pecho, y vuelve a mis labios. Siento que estoy ardiendo y entonces empiezan a pasar mil imágenes por mi mente de Ricardo, una y otra vez, agarrándome del cuello, mordiéndome los pezones, haciéndome daño. Aparto a Sebas de mí y abro los ojos, su mirada lo dice todo, está asustado, no entiende qué está pasando.

—Lo siento.

—No tienes nada que sentir.

—Quiero hacerlo, pero no puedo.

—No tienes que justificarte, de verdad.

—No me estoy justificando, quiero estar contigo, de verdad. —Cojo aire—. Tengo malos recuerdos en mi mente y no soy capaz de borrarlos ni estando aquí contigo.

—No pasa nada, ¿quieres comer algo? —dice levantándose de la cama y poniéndose la camiseta—. Voy a prepararme algo, ¿qué te apetece?

—Lo que quieras.

Me quedo en la habitación y me pongo la camiseta sin preocuparme por el sujetador. No tarda mucho en llegar Sebas con dos platos de tortilla francesa con queso y jamón.

—Que aproveche —dice tendiéndome mi plato.

Comemos en silencio, pero no me siento incómoda, es como si en este momento no tenemos nada más que decir. Cuando terminamos de comer vamos al sofá y nos ponemos una película *random*, por tener algo de fondo, mientras llega la hora de arreglarse para la última noche del año. Hemos quedado para cenar en un restaurante con los chicos y tomarnos las uvas juntos. Estamos en el sofá, Sebas está sentado y yo apoyada en él, con las piernas sobre el mismo, medio acostada. Siento su corazón en mi oreja y eso me tranquiliza porque, por primera vez en esa posición, siento que su corazón late por mí, porque hoy, aunque el miedo me haya hecho frenar, sé que me quiere y yo también a él, y puede que por eso lo único que deseo ahora sea besarlo.

Me incorporo en el sofá y lo hago, con un deseo desconocido para mí. Él responde a mis besos y termino sobre él, con sus piernas entre las mías. Mi mano se desliza sin poder evitarlo hasta el botón de su pantalón y lo desabrocho; sé lo que estoy haciendo, porque sé muy bien lo que quiero hacer. Acaricio su miembro con mi mano y siento cómo se estremece bajo mi cuerpo y una sonrisa aparece en su boca. Lo sigo besando mientras juego con mi mano por debajo de su pantalón. De repente, nuestros ojos se cruzan y veo en sus ojos lo que está a punto de hacer, me tumba en el sofá y se pone sobre mí, no tarda mucho en quitarme la camiseta y se alegra al ver mis pechos al aire. Comienza a besarlos con deseo, muerde con cuidado mis pezones y siento la humedad entre mis piernas, lo sé, estoy preparada. Volvemos a besarnos y tiro de su pantalón hacia abajo, dejando unos calzoncillos azules a la vista. Después de mi acción, él también me quita los pantalones; llevo puestas unas bragas viejas, por lo que siento un poco de vergüenza en ese momento, pero sus besos por mi cuello hacen que me olvide de todo. Sé que, si no le digo nada, terminaremos haciéndolo en el sofá y, aunque no me disgusta la idea, creo que lo mejor esta vez será dirigirnos a la cama. ¿A la suya o a la mía?

—Deberíamos ir a la habitación.

—Sí, tendremos que tomar precauciones. —Es cierto, ante tal excitación, ni me había acordado de los preservativos.

Nos levantamos del sofá y me da la mano para llevarme con él a su habitación, coge una caja de preservativos de su mesilla y me alegra verla aún con el embalaje. Abre la caja y coge un condón que pone encima del mueble. Comienza a besarme con suavidad, como si tuviésemos todo el tiempo del mundo. Me lleva hacia su cama y nos acostamos uno al lado del otro, mientras no dejamos de besarnos. Su mano va directa a mis bragas y con solo su contacto me hace estremecerme, hacía muchísimo tiempo que nadie me tocaba. Comienza a jugar con mi clítoris y no tardo mucho en comenzar a gritar un «No pares». Sé que estoy a punto de tener un orgasmo y tengo un deseo incontrolable por tenerlo dentro de mí. «Necesito tenerte dentro», digo en un susurro en su oído. Él deja de besarme y coge el condón que tiene sobre la mesilla, se lo pone y, de una sola estocada, entra dentro de mí. No puedo evitar gritar y soy consciente de que no tardaré mucho en llegar. Puedo ver en sus ojos que él también está lleno de ganas de correrse conmigo, por lo que me dejo hacer. Solo quiero disfrutar y así, en un breve encuentro, nos fundimos los dos en un sonoro orgasmo. Al terminar siento que me tiemblan las piernas, mi cuerpo llevaba

demasiado tiempo sin sentir algo tan profundo.

Estoy medio somnolienta cuando la voz de Sebas me asusta:

—Deberíamos prepararnos, no nos queda mucho tiempo para la cena —dice medio adormilado.

—No me apetece salir de esta cama, no quiero separarme de ti. —Siento cómo sonrío.

—Yo tampoco quiero, pero hemos quedado para cenar, es la última noche del año.

—Y mañana será el primer día de un año nuevo, ¿y qué más da? ¿Eso cambiará algo en nuestras vidas? Quiero quedarme aquí contigo, no necesito ni comer, solo te necesito a ti. —Me sorprendo ante mi propia declaración.

—Si es lo que quieres, tendremos que llamarlos.

—Pues hazlo, solo quiero estar contigo.

Tras varias llamadas quedamos libres y me acurruco junto a él en la cama, no tardo mucho en quedarme dormida. Y son cerca de las diez de la noche cuando unos besos suaves me despiertan.

—Creo que deberíamos comer algo.

—Yo solo quiero comerte a ti.

Comienza a besarme y no tardamos mucho en volver a estar a tono y, una vez más, lo siento dentro de mí, pero esta vez soy yo la que me pongo encima. Soy yo la que llevo el ritmo y no dejo de jugar con eso, más lento y más rápido, y puedo ver en la cara de Sebas que le está encantando. Esta vez duramos más que la anterior y, al acabar, me acuesto a su lado. No tarda mucho en levantarse advirtiéndome de que va a hacer algo de cenar y, ya que no tenemos uvas para terminar el año, comeremos gajos de mandarina. Me río ante su propuesta, pero la acepto, no vayamos a empezar mal el año. Mientras él hace la cena yo me doy una ducha rápida, porque en horizontal, también se suda.

—La cena está lista. —Escucho mientras estoy secando un poco la humedad de mi pelo con una toalla.

—Voy —digo mientras ato la bata que me acabo de poner.

Sebas lleva simplemente una camiseta negra y unos calzoncillos diferentes a los que le quité yo hace unas horas, y yo simplemente una bata; este parece que va a ser el *outfit* que nos acompañe esta última noche. Para cenar, ha preparado una ensalada que lleva de todo: piña, lechuga, tomate, nueces... tiene una pinta deliciosa. Terminamos de cenar unos veinte minutos antes de las campanadas, nos ponemos a pelar las mandarinas y separamos los gajos; antes de las campanadas lo tenemos todo listo. Cuando en la televisión anuncian que van a empezar los cuartos, nos miramos a los ojos y, ante la primera campanada, comemos un gajo y así con todos.

Terminan las campanadas y, con la boca aún llena de mandarina, nos damos un pico para celebrar el nuevo año, y yo no puedo evitar pensar: «¿Qué nos traerá el nuevo?».

Enero

“La memoria es el diario que llevamos con nosotros a todas partes.” Óscar Wilde.

1 Enero 2019



Me despierto y la veo durmiendo a mi lado, desnuda, y siento que todavía estoy soñando, pero no, estoy despierto, y la chica a la que llevo meses amando en silencio duerme plácidamente a mi lado. Ayer, con las doce campanadas y nuestros doce gajos de mandarina, no pedí ningún deseo, pues apenas unas horas antes de que dieran las doce todos mis deseos ya se habían hecho realidad, porque la tenía a ella.

Miro el reloj y son las ocho de la mañana, la hora a la que otros años estaba esperando que abriera el *Bonilla* para comerme unos churros con mis amigos tras una noche de juerga. Esta vez, estoy acostado junto a la chica a la que hace unas horas le estaba haciendo el amor, y siento que este año no podía haber empezado mejor. Tras las campanadas nos fuimos pronto a la cama y nos acurrucamos en cucharita; sentir su culo respingón contra mi pene hizo que algo en mi se accionara y no pude evitar besarle el cuello. Ella, ante mis besos, reaccionó girándose y comenzó a besarme con suavidad los labios. Lo que comenzó como unos besos suaves terminó en unos besos hambrientos. Se puso sobre mí y, como nos habíamos acostado solo con la ropa interior, pese a ser invierno, solo hizo falta ponerse una gomita para que ella me dejara sumergirme en su humedad. Y así fue como, por primera vez en el año, nos fundimos siendo uno solo, pero no fue solo una vez, si no que después de esa, vino otra y dieron las tres de la mañana cuando ya agotados nos quedamos dormidos. Puede que el deseo que habíamos estado conteniendo todos estos meses hubiera decidido no ocultarse más. Seguía sumergido en mis pensamientos sobre esta maravillosa noche, cuando ella abrió los ojos y me sonrió.

—Buenos días —pronuncio sonriendo.

—Buenos días.

—¿Quieres que vayamos a tomar un chocolate con churros con los chicos?

—Vale —asiente desperezándose.

Llamo a Hugo que me informa que están los tres, él, David y Ale, esperando el autobús para ir a Betanzos a tomar los churros y, de paso, dar una vuelta por la feria. Pienso que puede ser una buena idea y una manera de enseñarle a Alma otra de las tradiciones de año nuevo que hay aquí, pues, ir a la feria de Betanzos a comprar unas zapatillas después de toda una noche en tacones es más que una tradición, quizá, se la podría considerar una rutina de primeros de año. Le digo que esperen en la parada, que en un rato los recogeré yo e iremos todos juntos a Betanzos.

—Tengo un nuevo plan.

—¿Qué vamos a hacer?

—Pues algo muy típico del primer día del año aquí, déjame sorprenderte.

—Vale. ¿Tengo que vestirme de alguna manera especial?

—No, ve como quieras.

—Vale, me pido primera para la ducha. —Y yo pienso, «¿No sería mejor ducharnos juntos? Ahorraríamos agua».

—¿No te apetece una ducha juntos? —Abre los ojos ante mi proposición y, tras la sorpresa inicial, sonrío.

—Hay que ahorrar agua, ¿no?

Así, nos metemos los dos en la ducha y, entre besos, *enjabonamiento* y demás, nos duchamos sin ir a más, pues los chicos nos están esperando. Salimos unos veinte minutos después de casa; debe ser verdad que las duchas en pareja compensan, pues nos ha llevado mucho menos tiempo.

Recojo a Hugo, David y Ale en la parada y nos dirigimos a Betanzos. Terminamos aparcando algo lejos, cerca de donde hace años hubo una sala de fiestas. Ale me maldice un poco por ello, pues es la única que lleva tacones; la verdad es que va impresionante, lleva un vestido largo rojo de escote palabra de honor y con una abertura en la pierna derecha que le llega hasta mitad del muslo y hace que se le vean los tatuajes que tiene en los brazos y también el que tiene en el muslo. Llegamos al campo de la feria que está lleno de puestos con ropa y calzado (predominan las zapatillas), y Ale se acerca a uno de estos puestos para comprar unas zapatillas, necesita quitarse los tacones después de toda la noche. Cuando veo el puesto de churros que siempre me ha gustado, me pongo a la cola y cojo dos docenas de churros y cinco chocolates. Después, buscamos un sitio donde sentarnos y acabamos en un banco, en un parque un poco más allá de la zona de la feria.



Estamos tomando los churros sentados en un parque, son cerca de las diez de la mañana y apenas hay niños por la zona, por lo que no molestamos a nadie. Los amigos de Sebas todavía no saben lo que ha pasado entre nosotros, por lo que nos estamos comportando como si no hubiera pasado nada, aunque me muero de ganas de sentarme en sus piernas y darle a probar uno de mis churros. El sitio sorpresa al que me ha traído Sebas es bonito, se ve un toque medieval en sus casas, muchas de ellas de piedra, y estrechas. No entiendo cómo puede vivir gente en esas casas, pues son de un metro de ancho, pero sí, aquí vive gente. Después de comer los churros volvemos a la plaza donde está lo más gordo de la feria, donde hace un rato Ale se compró unas zapatillas. Vemos todos los puestos y después nos dirigimos a un recinto cerrado donde hay comida. Al pasar por él nos encontramos con otro donde hay animales, la mayoría vacas y caballos, pero también hay cerdos, conejos y gallinas. Me da un poco de pena verlos allí atados, por lo que procuro no estar allí mucho tiempo. Cuando ya hemos visto toda la feria, nos vamos a comer a un restaurante cercano donde me advierten que se come el mejor churrasco y que no puedo irme de allí sin probar la salsa que lo acompaña.

Después de eso nos vamos al *Pasatiempos*, un parque en el que se nota el paso del tiempo, y no solo porque en una pared tenga relojes con todas las horas del mundo, sino porque hay zonas que están destrozadas, donde se ve que los años han pasado sin que nadie se preocupase de mantenerlo. Sebas y yo entramos en unas cuevas y no tardamos mucho en irnos a la zona más oscura y besarnos, llevaba todo el día deseando hacerlo.

—No te imaginas las ganas que tenía de besarte.

—Me lo imagino perfectamente, seguramente sean las mismas que tenía yo.

Seguimos besándonos y, aunque no me apetece separarme de él, soy consciente de que tenemos que volver a la realidad, esa en la que Sebas y yo no somos más que compañeros de piso. Justo antes de salir, Sebas me da la mano y me arrastra hacia él.

—¿Y si se lo decimos?

—¿No será pronto?

—Somos nosotros los que decidimos cuando es pronto o tarde.

Salimos de la cueva de la mano. Cuando nos miran, se quedan con los ojos muy abiertos y, para quitar todas sus dudas, Sebas se gira hacia mí y coge mi rostro entre sus manos y me da un beso suave al que respondo con la misma suavidad. Y así fue como se enteraron sus amigos de que estábamos juntos. «¿Y las mías? Pues con un WhatsApp, es lo que pasa cuando tus amigas están a cientos de kilómetros de ti».

Alma:

Sebas y yo estamos juntos.

16:45

4 Enero 2019



Desde esa noche, Sebas y yo dormimos siempre juntos, puede que necesitemos el roce de nuestros cuerpos para dormir bien, pero hoy, eso se va a acabar, al menos por un tiempo. Hoy tengo que coger un vuelo a Madrid donde mis amigas me esperarán en el aeropuerto para acompañarme a darles una sorpresa a mis padres, porque no lo saben, pero su niña vuelve a casa por Reyes.

Me giro en la cama y lo veo a él, está mirando el móvil y al sentirse observado sonríe.

—Buenos días.

—Echaré de menos tus buenos días en Madrid —digo acercándome a él para darle un leve beso en los labios.

—Solo serán unos días.

—Lo sé, y necesito ver a mis padres y a mi abuela. Deben pensar que me he olvidado de ellos después de todo este tiempo.

—No creo que piensen eso, pero, por si acaso, estos días no te olvides de mí, ¿vale? —Me río ante su petición.

—No sé, la distancia... Me lo estás poniendo difícil.

—¿Yo? Pero si eres tú la que se va —dice mientras agarra mi cintura y comienza a hacerme cosquillas. No puedo evitar retorcerme entre sus brazos.

—No te olvidaré, pero para —digo sin poder parar de reír.

Él cesa en su ataque y nos levantamos para desayunar, pues a la una sale mi vuelo a Madrid. Desayunamos tranquilos y, cómo no voy a llevar una maleta para ir a casa de mis padres, ya que dejé allí bastante ropa, no nos preocupamos mucho por las colas y decidimos disfrutar de estas horas que nos quedan juntos.

—¿Qué te apetece hacer?

—No sé, sorpréndeme.

—Vale, dame un momento, que ya sé a dónde te puedo llevar.

Una media hora después estamos saliendo de casa, vamos al coche y nos dirigimos hacia Los Rosales, una zona de A Coruña en la que sé que hay unos cines, los más antiguos de la ciudad, creo. «¿Vamos a ir ahora al cine?». Veo que va hacia la entrada del aparcamiento, pero sigue hacia arriba, no tengo ni idea de a dónde nos dirigimos. Hoy hace algo de frío, no mucho si pensamos que estamos en pleno enero, pero llevo una chaqueta gorda, de estas que llevan pelo como decoración en la capucha, por lo que no noto el frío y doy gracias, pues cuando Sebas aparca en lo alto de un monte, me quedo en shock.

—Ya hemos llegado.

—¿Dónde estamos?

—En el monte de San Pedro, el mirador más bonito de toda A Coruña. Venga, salgamos —dice abriendo su puerta—, estoy seguro de que te encantarán las vistas.

Salgo del coche y entramos por una puerta, tras la que me encuentro con un parque de hierba inmenso. Todavía no puedo ver esas vistas de las que me acaba de hablar Sebas, pero, aun así, me

parece un sitio precioso. Nos ponemos a andar por un camino y llegamos a una especie de charca con rocas. Sebas me invita a subirme a ellas y saca su móvil para sacarme unas pocas fotos. «Para el álbum», me dice, y yo sonrío, diciéndole que venga conmigo a la roca, pues ese álbum es para tener fotos de los dos. Después de sacarnos unas pocas fotos seguimos caminando y veo que el lugar está lleno de construcciones extrañas y también hay algún cañón; no entiendo muy bien qué hacen esas cosas ahí, y debo poner una cara extraña porque Sebas empieza a explicarme que es todo aquello.

—Estos cañones llevan aquí desde el periodo entreguerras. Llegaron por mar desde Inglaterra al puerto de A Coruña y los subieron hasta aquí en raíles desmontables. Tardaron muchísimo en llegar hasta aquí y, después de montarlos, solo realizaron 19 disparos, y creo recordar que ninguno fue para defender A Coruña, que se supone que es para lo que los pusieron aquí.

Seguimos caminando y llegamos al borde. Desde el acantilado puedo observar el mar, la verdad es que las vistas desde aquí son una auténtica maravilla.

—Es precioso.

—Te lo dije, pero esto no es todo.

Me coge de la mano y me lleva por el camino al otro extremo del monte y, desde allí, puedo contemplar toda la ciudad. Las vistas son exactamente las contrarias a las que vimos hace unos meses desde la torre de Hércules; es maravilloso, siento que estas son las vistas que necesito en un día como hoy para tener A Coruña en mi retina antes de volver a la contaminación de Madrid.

—Es bonito, ¿verdad?

—Increíble.

Después de estar en este precioso lugar durante cerca de una hora, volvemos al coche, hora de ir al aeropuerto. Suena en la radio el nuevo *single* de Aitana.

Vas a quedarte

Porque te juro que esta vez voy a cuidarte

A nuestra historia le hace falta una segunda parte

Aunque nos digan que eso nunca sale bien

Tras algo más de una hora estoy en el aeropuerto Adolfo Suárez. Como no tengo ninguna maleta voy directa a la salida de la terminal y me sorprende al encontrarme allí con mis amigas con una pancarta gigante en la que se puede leer: «ALMA VUELVE A CASA POR NAVIDAD». Voy corriendo hacia ellas y tiran la pancarta al suelo para darnos un abrazo colectivo. Hasta este momento no me había dado cuenta de lo muchísimo que las echaba de menos.

—Vamos a comer por ahí.

—Pero yo quiero ir a ver a mis padres.

—Venga, come con nosotras, ponnos al día de tu relación con Sebas y luego te llevamos a casa para que disfrutes de ellos.

—Vale, pero solo porque tengo hambre —digo entre risas.

Vamos a comer al Goiko y me alegro, porque el de A Coruña abrió hace unos meses, pero todavía no he ido allí. A la vuelta iré con Sebas y seguro que le encanta como a mí. Pedimos y mientras comemos les cuento como van las cosas con Sebas. Les hablo de lo enamorada que estoy de él y que en Navidad nos dimos nuestro primer beso y que terminamos el año entre las sábanas. Cuando terminamos la comida, a mis amigas se les ocurre la maravillosa idea de ir ellas primero a casa de mis padres y presentarse en la puerta con el mismo cartel que me recibieron en el aeropuerto y, tras shock inicial, yo debo aparecer. Y así es como mis padres se enteran de que estoy en la ciudad. Los abrazos son inevitables y, después de un ratito, mis amigas ponen cualquier excusa para dejarme a solas con mis padres y mi abuela.

Estoy sentada con mi abuela en el sofá, hablando de cualquier cosa, cuando noto algo extraño; su mano derecha no deja de temblar. Le digo a mi abuela que voy a por algo de beber a la cocina y así aprovecho para hablar con mi madre. «¿Qué le está pasando a mi abuela?».

—Mamá, ¿qué le pasa a la abuela? —pregunto sin miramientos.

—¿Qué quieres decir, Alma?

—Estaba hablando con ella en el sofá y no para de temblarle una mano. —La cara de mi madre cambia, se pone seria.

—Alma, no queríamos decirte nada para que no te preocuparas, pero hace unas semanas a la abuela le dio un ictus y ha estado recuperándose. Como puedes observar, no se ha recuperado del todo, pero los médicos son optimistas.

Me quedo muda, no puedo entender como mis padres me han ocultado algo así.

—El día 10 tenemos consulta con la neuróloga, si aún estás aquí, puedes acompañarnos.

—Estaré aquí, no pienso moverme del lado de la abuela en estos momentos.

—Alma —dice haciendo una pausa—, no queríamos preocuparte, no serviría de nada, no podías hacer nada.

—Me da igual, no pienso moverme de su lado, para lo que necesite, aquí estaré yo.

—¿Y la beca?

—Me da igual todo, no hay nada tan importante como la abuela.

Vuelvo junto a mi abuela y le agarro la mano que le tiembla, la miro a los ojos y susurro un «estoy aquí». Ella asiente con la cabeza y siento que esto acaba de cambiar mi destino completamente; no pienso volver a A Coruña mientras la abuela esté así.

6 Enero 2019



Me despierto temprano, como cuando era una niña; tengo emoción por un día como el de hoy. Aproveché mi día de compras navideñas para hacerme con unos regalos muy especiales para mi familia y, además, tengo las ilustraciones que hizo Sebas para mis amigas. Al levantarme, voy directa al salón donde un árbol gigante preside la estancia, coloco los regalos debajo del árbol y voy a la habitación de mis padres.

—Feliz día de Reyes —digo al entrar—. Creo que los Reyes os han dejado varios regalos bajo el árbol, venga, levantaos.

Mis padres me miran extrañados y no tiene pinta de que se vayan a levantar, por lo que vuelvo al salón y cojo todos los regalos entre mis brazos, vuelvo y los tiro todos sobre su cama.

—¿Y todo esto? —pregunta mi madre sorprendida.

—Los Reyes han llegado. —Recojo uno de los regalos, el que es para mi madre, y se lo doy—. Espero que te guste.

Lo abre y veo que se le iluminan los ojos.

—Es preciosa —dice mientras cada detalle de la figura que tiene entre las manos es una obra de arte, la verdad. Lo vi en una tienda de la plaza de Lugo, es la torre de Hércules hecha de cerámica. Por lo que tengo entendido la marca *Sarga delos* es una conocida marca gallega—. Me encanta, gracias hija —dice abriendo los brazos para darme un abrazo.

—También hay algo para ti —digo mirando a mi padre.

Coge el regalo que le tiendo y lo abre ante mi atenta mirada.

—No me esperaba algo así —dice cogiendo la mochila entre sus manos—. Pero esto no tiene cremallera —dice sorprendido.

—Es una mochila antirrobo, la cremallera no está a la vista de cualquiera. Creo que es perfecta para cuando vas a trabajar andando desde casa.

—Me encanta la idea —pronuncia mi padre con una sonrisa.

—Voy junto a la abuela, ella también tiene que abrir su regalo.

—¿Y tú no vas a abrir los tuyos?

—Los abriré luego —digo mientras salgo de la habitación con un paquete entre las manos para mi abuela.

Entro en su habitación y ella todavía duerme, por lo que me acerco sin hacer ruido y la muevo un poco con mi mano. Abre los ojos y se asusta un poco ante mi presencia, pero rápido se tranquiliza.

—Buenos días, abuela.

—Buenos días, cariño, ¿qué haces aquí?

—Hoy es Reyes, vengo a traerte tu regalo.

—Pero yo no tengo nada para ti.

—No necesito nada. Ábrelo, anda.

Coge el regalo entre sus manos y, pese al temblor de su mano derecha, consigue abrirlo. En su interior hay un jersey de tonos malvas, que va desde un malva oscuro hasta uno claro, casi

llegando al blanco, es de cuello de cisne.

—Es precioso, Alma.

Llega la hora de abrir mis regalos y, aunque siempre me ha gustado más regalar a que me regalen, me hace ilusión que, aun llegando por sorpresa, haya un detalle para mí.

—Te pedimos eso por Papá Noel con la esperanza de que vinieras a casa por Navidad y, aunque ya esté acabando, has venido.

Me emocionan y entristecen a partes iguales esas palabras, pues quise estar ahí para Sebas olvidándome de lo más importante de mi vida, mi familia. Mis regalos estas Navidades son todas cosas necesarias para mis supuestas prácticas como profesora: una agenda, un bolígrafo y una taza que pone "esta profê mola". Siento un poco de rabia porque esto me recuerda la mentira que le he estado contando a mis padres desde hace meses. Pasa la mañana y llega la hora de comer, mi madre prepara croquetas caseras de pollo y espinacas, ya que son mi comida favorita. Cuando terminamos y me pongo a recoger la mesa, mi abuela quiere ayudarme y, justo cuando se va a levantar para llevar los vasos a la cocina, las fuerzas le fallan y cae desplomada sobre la silla. Empiezo a gritar desesperada su nombre, pero no reacciona. «No, abuela, por favor», pienso para mí, y rezo todas las oraciones que se me pasan por la cabeza con tal de que se ponga bien.

—Abuela, abuela, por favor —digo, dándole pequeños golpes en el hombro—. Abuela, despierta. —Justo en ese momento abre los ojos despacio y los vuelve a cerrar—. Abuela, no te vayas.

Mientras yo intento hacer que mi abuela reaccione mis padres han llamado a una ambulancia y todo lo que deseo es que lleguen los paramédicos lo más pronto posible, no puede ser que esto esté ocurriendo justo ahora, cuando parecía que todo iba bien, pero claro, siempre que todo está bien, ocurre algo.

La ambulancia se lleva a la abuela. Mientras, mis padres y yo nos vamos en el coche directos al hospital y, una vez allí, esperamos cerca de una hora hasta que un médico sale a hablar con nosotros y nos dice que a mi abuela le ha dado otro ictus, y que, al estar tan cerca un episodio de otro, lo mejor es que se quede la noche en observación y que si lo deseamos, podemos irnos a casa. Mi madre y yo nos miramos y lo tenemos claro, no nos moveremos de su lado.



11 Enero 2019



Llevo todos los días centrada en mi abuela, apenas he tenido tiempo para pensar en Sebas y eso me asusta... ¿Será que no lo quiero lo suficiente? Vaya tontería, si llevo meses enamorada de él, si lo conozco mejor de lo que había conocido a Ricardo antes de estar juntos y por eso sé que él no me fallaría, ¿y si la que falla soy yo?

Hoy vamos al neurólogo con mi abuela, tenemos que ir al privado, porque la cita por la seguridad social nos la dan para mediados de año y, según nos informaron en urgencias, lo que le ocurre es bastante importante, pues no es habitual que dos ictus ocurran tan seguidos. En la consulta todo es demasiado neutro, predomina el blanco con algún toque metálico. Me parece un lugar frío, puede que sea porque, por suerte, nunca he tenido que pasar muchas horas en un lugar así. Tengo claro que, diga lo que diga el neurólogo, me voy a quedar en Madrid con ella, al menos hasta que todo esté más claro. Puede ser que se vaya recuperando, pero ya nos ha anunciado el doctor el día anterior que la cercanía entre los dos episodios de ictus les hacía temer lo peor. Pero, aun así, soy positiva, no puedo dejarme vencer por el negativismo, sé de sobra que, a la hora de una enfermedad, el optimismo es fundamental, y yo voy a ser positiva para que mi abuela también lo sea.

El doctor habla con mi madre, preguntándole cómo se comporta mi abuela en casa, si se olvida de las cosas, y una serie de preguntas más a las que yo no puedo responder porque no he estado aquí con ella. Me siento culpable, y más porque no hay una razón real para haberme ido, solo que yo quise huir. Tengo ganas de gritar y confesar todas las mentiras que le he dicho a mi familia en este tiempo. No reconozco a la persona que soy con ellos desde lo de Ricardo, siento que la Alma que vivía en Madrid, la que huyó, poco tiene que ver con la Alma del pasado y mucho menos con la Alma que soy ahora. Yo siempre he sido una persona sincera con mis padres, quizás el ser hija única ha hecho que para mí sean más que mis padres, también mis amigos. Después de que el neurólogo nos dé unas pastillas para el temblor de la mano de mi abuela, nos dice que para cualquier cosa acudamos a él, aunque sea sin pedir cita.

Estamos en el metro y yo no dejo de darle vueltas todo el rato al tema de las mentiras que les he estado contando a mis padres, por lo que ya, harta de mentir, pronuncio:

—Mamá, te he mentado. —La cara de mi madre es un poema ante mi confesión, pues nunca antes he tenido que decirle algo así.

—¿De qué hablas, cariño?

—No hay ninguna beca. —Cojo aire, siento que quiero llorar, pero no puedo hacerlo allí—. Os mentí, me fui a A Coruña por huir, no había ningún trabajo allí para mí. —Mi madre me mira y no soy capaz de descifrar lo que sus ojos me quieren decir.

—¿Y qué estuviste haciendo todos estos meses?

—Estuve trabajando en un restaurante, de camarera.

—Entiendo, pero ¿por qué quisiste huir de aquí?

—Por Ricardo, mamá. —Quizás es hora de contarle a mi madre toda la verdad sobre él.

—Alma, hija, nunca quisiste decirnos qué pasó con él, pero creo que deberías hacerlo para que

te entendamos. —Coge aire y continúa—: Pero aquí no, es mejor que nos lo cuentes todo cuando lleguemos a casa, así también estará tu padre.

Seguimos el camino en silencio y yo no dejo de darle vueltas a todo lo que ha pasado en estos meses, desde la noche que me encontré a Ricardo con otra en el baño hasta nochevieja, cuando empecé algo que no sé muy bien cómo definir, con Sebas. Llegamos a casa y mi madre me dice que vaya a la sala y que en un momento irán ella y mi padre. Yo sigo intentando darle forma a todo en mi cabeza, que contar y que no, pues tengo claro que hay cosas que quiero suprimir, porque también quiero que se borren de mi recuerdo. Estamos sentados los tres en el salón, mis padres en el sofá de tres plazas y yo en el individual, así que giro para estar cara a ellos en lugar de mirando al televisor.

—No sé por dónde empezar, pero si no os lo he contado hasta el momento es porque tenía miedo. Miedo por todo lo que queráis a Ricardo, yo también lo quise, pero me traicionó y no hubiera soportado que vosotros lo hubieseis defendido.

—Alma, tu padre y yo siempre vamos a estar de tu lado, eso es algo que tienes que entender.

—Lo sé, pero cuando la persona que amas te falla, llegas a pensar que todo el mundo puede hacerlo.

—Alma, dinos qué pasó —pregunta mi padre.

—Ricardo me engañó. Luna se lo encontró con las manos en la masa, por eso nos separamos y, aunque yo tenía claro que no quería volver con él, él no dejaba de insistir. —Cojo aire—. Me llamaba, aparecía en mi casa, no me dejaba en paz, y por eso me fui. Se me ocurrió un día que las chicas me convencieron para salir a tomar algo con ellas, decidí irme a A Coruña, porque ya lo conocía de veranear algún año con Iria. Cuando llegué allí fui a tatuarme. —Me remango el jersey y les muestro el tatuaje que hasta el momento no han visto—. Conocí al tatuador y, como si fuera cosa del destino, días después me lo encontré en una fiesta de un pueblo a la que fui con los primos de Iria, que fueron los que más me ayudaron una vez llegué allí. Desde que me encontré a Sebas, el tatuador, nos hicimos amigos y, en mi búsqueda de lugar donde vivir, terminamos compartiendo piso. Yo empecé a trabajar en una cafetería, aunque actualmente estoy dando clases particulares en casa y preparando las oposiciones.

Tras mi confesión, mis padres se miran entre ellos y vuelven a mirarme a mí, sin saber muy bien qué decir. Mi madre es la primera en hablar.

—¿Y allí eres feliz?

—Sí, lo soy, pero no voy a volver, me quedo aquí, con vosotros y con la abuela.

—¿Estás segura, Alma?

—No lo he estado más en mi vida.

—Hija, nosotros estaremos apoyándote hagas lo que hagas.

Tras la comida, mando un mensaje al grupo de las "Aliadas" para quedar; con lo que pasó en Reyes todavía no he podido darles el regalo que hizo Sebas para ellas. No tardan mucho en responderme todas y quedamos en el mismo sitio al que habíamos ido cuando todo esto empezó, el día que decidí huir. Estoy deseando que vean las ilustraciones que ha dibujado Sebas para ellas, sé que les va a encantar pues se refleja la personalidad de cada una.

Cuando llego a la cafetería me siento en "nuestra mesa" y no tardan mucho en llegar las demás.

—Chicas, tengo algo para vosotras.

—¿Qué? No jodas, que yo no os he comprado nada —dice Luna.

—Yo tampoco —añade Iria.

—Yo creo que ninguna tenemos nada, solo Alma —sentencia Adela.

—Digamos que he querido hacer algo especial por todo el apoyo que he recibido estos meses

por vuestra parte.

—Pero eso es lo que hacen las amigas —comunica Iria.

—Lo sé, pero he querido hacerlo igual. El primero es para ti, Luna.

Esta coge el sobre que le doy y lo abre, sacando con cuidado la lámina que hay en su interior, en ella se puede ver a dos chicas abrazándose, una pelirroja y otra rubia, de fondo, la torre de Hércules, bajo esto: «Gracias por ser mi eterno apoyo».

—Me encanta —dice Luna sin poder evitarlo—, pero esto es hecho a mano.

—Sí, lo ha hecho Sebas —digo sonrojada—. Venga continuemos. Iria, ahora tú.

Esta lo abre con el mismo cuidado que la anterior y en su ilustración se puede ver medio retrato de mi amiga con sus característicos coloretos y en la otra mitad el rostro de María Pita, bajo este la frase: «¡*Quen teña honra que me siga!*», escrito en gallego.

—Me encanta, no le falta detalle —dice, al ver que tiene hasta dibujados los cinco pendientes que siempre lleva.

—Siguiendo, Daniela.

Esta también lo abre con cuidado y en su ilustración se ve una chica morena sonriente, rodeada de personas sin rostro, pues lo importante, es ella. «Siempre serás el alma de la fiesta».

—El *alma* de la fiesta eres tú —dice, haciendo el chiste con mi nombre—. Me encanta.

—Venga, Adela —digo, entregándole su sobre.

Al abrirlo, una chica morena de ojos color miel, muestra sus dedos simbolizando la paz. «Contigo todo es calma».

—Es una pasada, si alguna vez me tatúo, quiero que lo haga Sebas.

—Seguro que a Alma no le importa siempre que no sea en zonas íntimas —dice Luna haciéndose la graciosa.

—Qué graciosa eres, Luna —digo poniéndome seria—. Sebas es un profesional y...

—No se líe con clientas, pero contigo —dice, señalándome a la vez que se me forma una sonrisa—, hizo la excepción.

—Sí... —Pienso en que Sebas ha dejado a un lado sus principios por estar conmigo y yo, sin embargo, voy a dejarlo sin ninguna explicación porque no quiero que se preocupe por lo de mi abuela.

—Alma, ¿pasa algo? —dice Iria agarrándome la mano.

—No, nada. Venga, que Azul aún tiene que abrir el suyo.

Esta coge el sobre que le tiendo y lo abre. En su interior hay una lámina de una chica con una camiseta que pone "GRL PWR" y, bajo ella, la frase: «No me gusta cuando callas».

—Es una pasada —dice con los ojos abiertos como platos.

—Alma, ¿cuándo te vuelves? —pregunta Iria curiosa.

—No voy a volver.

—¿Cómo? ¿Ha pasado algo? —pregunta sorprendida Adela.

—Mi abuela está mal, no puedo irme.

—¿Y Sebas? —pregunta de nuevo Adela—. Ahora que por fin estabas feliz.

—Sebas no puede saber nada, tengo que hablar con él y decirle que he decidido quedarme aquí, no hay más que hablar.

—Alma, no puedes hacerlo así —añade Luna—. Sebas tiene que saber qué pasa.

—No, no quiero que sufra más, no quiero que esto le recuerde a su familia.

—Cariño, si no le explicas por qué te quedas, también va a sufrir —comenta Iria.

—Puede, pero igual me odia y le es más fácil superar esta situación. Yo lo quiero, pero no puedo volver.



Estoy deseando que Alma vuelva. La verdad es que pilló un viaje solo de ida porque no sabía muy bien que día iba a volver, pero el tenerla tan lejos me está matando. Pensé que no sería difícil, pues tampoco es que llevemos mucho tiempo juntos, pero se me está haciendo insoportable el llegar cada día a casa y que ella no esté. Además, estos días apenas hablamos, yo no quiero molestarla mientras esté con su familia, así que nuestras conversaciones no han sido más que unos mensajes breves cada día. Estoy pensando en ella cuando justo me llega un *WhatsApp*; sonrío al ver que es suyo.

A las chicas les han encantado las ilustraciones. 20:45

Parece que por fin han podido quedar, puede que aún esté con ellas, pero las ganas que tengo de escuchar su voz, de que me cuente cosas, de saber cuándo va a volver, hacen que mi dedo se deslice por la pantalla hasta pulsar «Llamar».

—Hola, Sebas.

—Hola, cariño, no te imaginas cuánto te echo de menos.

—Ya, lo siento, es que estos días he estado muy ocupada.

—No pasa nada. Me alegra un montón que a tus amigas les gustaran las ilustraciones.

—Sí, tanto que creo que ya tienes clientas nuevas.

—¿Sí? Qué bien. Alma, una cosa... —Hago una pausa—. ¿Cuándo vas a volver? Arya y yo te echamos de menos.

—Mira, Sebas, de eso quería hablar contigo. —Una pausa al otro lado de la línea hace que mi corazón se acelere sin poder evitarlo—. No voy a volver. —«¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?». Un millón de preguntas se agolpan en mi cabeza, pero ninguna es capaz de salir por mis labios—. Lo siento, cuida a Arya, ¿sí? Tengo que colgar.

Siento como las lágrimas se agolpan en mis ojos, no lo puedo evitar y lloro. «No entiendo qué ha pasado, si estábamos bien, y ahora que todo estaba a punto de empezar, se acaba, sin un motivo, sin una razón. Necesito saber qué pasa».

Le escribo un mensaje con la esperanza de que me llame cuando pueda, de que me conteste, de que dé alguna señal que explique qué es lo que ha pasado. «¿Habrá vuelto con Ricardo? No, no puede ser, ella nunca haría eso, por mucho que la chantajee, porque Alma me quiere a mí, porque me quiere, ¿no?»». Ella no responde y yo no puedo ni levantarme del sofá donde me senté para hablar con ella. Tengo a Arya en mis piernas y siento que ella es lo más cerca que voy a volver a estar de Alma. No entiendo su decisión, pero debo aceptarla, estoy seguro de que tendrá un motivo para quedarse en Madrid, solo tengo miedo de que esa razón sea que yo no le he demostrado suficiente que la quería y, con ese miedo, le escribo un mensaje:

Alma, no sé por qué no vuelves a A Coruña, pero no necesito que me expliques qué ocurre, solo quiero que sepas que estoy enamorado de ti, puede que lo estuviera incluso antes de conocerte, pues desde la primera vez que te vi apareces en mis sueños. Sé que es muy loco esto que voy a decirte, pero... Sea lo que sea que ocurra, yo estaré aquí. Te amo. 21:05

La tristeza se apodera de mí y se va toda esperanza cuando veo que se conecta, lee el mensaje,

y se vuelve a desconectar, dejando así un doble tick azul como única respuesta.

Agradecimientos

Y ahora que la primera parte de esta historia, y mi primera novela, han terminado, quiero dar las gracias a mucha gente.

Quiero empezar por mis padres, a los cuales les agradezco lo mucho que han soportado verme escribir en el ordenador sin interrumpirme.

Dar las gracias también a la comunidad de *Bookstagram*, por apoyarme en los *stories* que iba publicando sobre la novela, por haber sido tantos los que se apuntaron a ser mis lectores cero, aunque eso me hiciese más duro el trabajo de lo que me esperaba en un principio. De verdad, gracias por todo el apoyo que me dais. En especial, gracias a Laura, Juliet, Diana, Laura F., las Beas, Udane, Naomi, Jecca, Lorena, Fer, María, Sheila, Belén, Yoli, Tamy, Noelia, Bego, Sandra, Esther, Marbi, Janet, Sheila y todas las que me dejó sin nombrar.

Gracias a las escritoras que he conocido estos dos últimos años, que han sido un apoyo incondicional y que han estado siempre ahí para ayudarme en cada duda que me ha ido surgiendo. Nombraros a todas sería no terminar nunca este libro.

Gracias, en especial, a Montse RD por las correcciones y, sobre todo, por hacer todo lo posible porque “Alma de Cristal” saliese a la luz en la fecha que yo deseaba.

Para terminar, pero para nada menos importante, quiero dar las gracias a mis lectoras cero: María (@por_puro_vicio), Vero (@vero_malaga), Ángeles (@vivo_por_leer) y mi lectora cero en la sombra, Roma (@roma_garcia).

Quiero comenzar con María, que hizo un exhaustivo trabajo como lectora cero, marcando cada vez que repetía “dijo” en los diálogos o cuando usaba palabras gallegas, entre otras muchísimas cosas. De verdad, ha sido increíble tenerte como Lectora cero.

Vero, darte gracias por pararte en cada párrafo, por buscarle un sentido a todo y por decirme tanto lo positivo como los errores que encontrabas, me alegra un montón haber contado contigo.

Ángeles, gracias por fijarte en los pequeños detalles de la historia y por haber sido la primera en pronunciarse cuando buscaba lectores cero.

Cómo no, darle las gracias a Roma, que plasmó la portada como estaba en mi mente, hizo una maquetación perfecta y estuvo siempre ahí para todas mis dudas de novata en esto de las novelas. Ha sido magnífico compartir este proyecto contigo y nuestros audios, sin duda, han sido lo mejor. Sé que tengo una amiga en el sur para lo que necesite, como tú sabes que la tienes en el norte.

Y cómo no, gracias a ti que me has leído, espero que hayas podido disfrutar de la historia de Sebas y Alma, espero volver a verte en la segunda parte.